

Rodolfo Gómez Cerda

BAILANDO
CON EL
PASADO

NOVELA

RODOLFO GÓMEZ CERDA

BAILANDO CON
EL PASADO

NOVELA

2016

Registro de Propiedad Intelectual N° 265.674

© Rodolfo Gómez Cerda, 2016

I.S.B.N. 978-956-362-625-4

Diseño de portada: Carlos Cancino Rojas.

“Lo que yo quería escribir era otra cosa, otra cosa más larga y para más de una persona”, no fueron exactamente las palabras de Proust. Pero me apropio de ellas para dedicarte este libro, que era la deuda que tenía contigo.

ÍNDICE

El origen del mal	6
¿Bailamos?	11
Despiertan los viejos dolores	25
Los futuros inasibles	47
Reconstruir vidas inconclusas	61
Juntando trozos del pasado	73
Los caminos del encuentro	82

EL ORIGEN DEL DOLOR

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?
(Espronceda)

-¡Todos a La Moneda. Intento de golpe militar! ¡Rápido! –el grito del joven acompañó el estruendo de la puerta al abrirse violentamente, lo que se estaba repitiendo en todos los pabellones de la facultad.

Las salas quedaron vacías al igual que las oficinas y laboratorios. En los patios que rodeaban los edificios se agrupaban quienes no iban corriendo hacia la salida, que a medida que llegaban a la avenida iban llenando las calzadas, iniciando una marcha hacia el centro de la ciudad. Primero fue un rumor y luego la certeza de lo que estaba aconteciendo lo que motivó el avance de la presurosa marcha de cientos de estudiantes, funcionarios y académicos, con sus consignas y cánticos, hacia el palacio presidencial. A medida que la columna bajaba por la avenida la gente se sumaba a ella y se hacía más fuerte el ánimo de quienes aseguraban que con la unidad de todos sería derrotado el golpismo. En la marcha comenzaron a aparecer banderas partidarias y chilenas y escasas pancartas, mostrando que a pesar de lo que se temía el hecho era sorprendente. Circulaba entre la gente que avanzaba con premura y decisión la noticia de la sublevación de un regimiento de blindados cuyos tanques rodeaban La Moneda y que al parecer había muertos. Quienes oían las noticias en sus radios a pilas pedían silencio y así fueron reproduciéndose las novedades, que al transmitirse a viva voz se transformaban y se hacían contradictorias.

Derrotado el alzamiento, al llegar se encontraron con otras columnas y con los camiones que los trabajadores municipales estacionaron rodeando la casa de gobierno como barrera defensiva, que era más simbólica que efectiva, pero parte del fervor volcado por la gente en apoyo al Presidente. Era la esperanza en que a partir de ese momento se avanzaría en el proceso político encabezado por el mandatario y una demostración de fuerza que parara los intentos golpistas. Todos creían que la salida del duro momento que se vivía estaba en el fortalecimiento popular y de sus organizaciones, pero la discusión política demostraba que había poca claridad en el camino que se debía tomar para lograrlo. A pesar de todo, quienes estaban desde temprano esperando las palabras que señalarían el rumbo fueron enardeciendo las consignas que ni siquiera el frío y la llovizna que comenzó a caer lograban atenuar. Eran protagonistas del momento y sabían que todos tenían un papel en la defensa del gobierno, pensando en la situación política y en su propio

compromiso con el proceso más que en sus vidas personales. Pero en cuatro de ellos los hechos que se desencadenaron a partir de ese día fueron entrelazándose en sus existencias, sin saber que en algún momento sus vidas regresarían al remoto punto de partida.

Fue en el mes de junio y el país estaba tensionado por la escalada cada vez más violenta contra del gobierno constitucional, desatada por los promotores del golpe de estado, En las poblaciones populares sus habitantes entraron en una agitación que los llevó a prepararse para el momento en que se desatara el alzamiento militar y en las fábricas y empresas en manos de sus trabajadores reforzaron las medidas de seguridad contra los sabotajes. La vida diaria era de una real incertidumbre, porque día a día había que ver dónde habría pan, azúcar o los artículos mínimos necesarios para alimentarse. No llegaba leche a las ciudades porque los latifundistas y dueños de las lecherías preferían botar la producción antes de entregarla a las empresas que la procesaban; se terminaba el combustible porque los camiones no circulaban desde las refinerías a las bombas expendedoras. Y en los comercios sus dueños acaparaban los productos que obtenían de la distribuidora estatal para venderlos en el mercado negro a precios superiores, logrando con ello aumentar el malestar de toda la gente y provocar reacciones violentas que ayudaban al crecimiento de la oposición al gobierno. Sin embargo, la marcha en defensa del proceso que encabezaba el presidente dejaba la esperanza de una respuesta que detuviera el golpismo e iniciara una etapa de mayores definiciones políticas.

La masa que había llegado a La Moneda pedía decisiones que obligaran a la oposición golpista a responder por los intentos desestabilizadores y, especialmente, a denunciar la intromisión norteamericana en todos ellos. Y se podían ver y oír claramente las diferencias entre los grupos políticos que expresaban sus consignas intentando apagar las de los otros o demostrando con gestos y acciones con sus brazos que la lucha debía ser frontal y armada. Sin embargo, tres jóvenes de barba espesa y pelo largo permanecían quietos y silenciosos, en actitud vigilante en la parte externa de la plaza, formando un triángulo que indicaba claramente que quien estaba adelante era acompañado por otros dos que se ubicaban a un paso más atrás de él, a cada lado. No llamaban mayormente la atención de quienes estaban a su alrededor porque su apariencia era la misma de muchos otros que estaban en medio de la concentración. El de adelante era el que más se esforzaba por mirar hacia la gente que se encontraba en las primeras filas, al parecer esperando que alguien al girar la cabeza lo viera, porque hacía intentos de levantar un brazo cada vez que se daba la posibilidad de encontrarse con las miradas. Por su manera de actuar se hacía visible que participaban en alguno de los grupos cercanos, identificados por la cantidad de banderas que enarbolaban. El que intentaba hacerse notar alzando el brazo, hacía tres años que se había incorporado a esa organización y participaba en su coordinación zonal sin dejar de lado su participación en las actividades de agitación en la universidad. Se había ido a vivir a un campamento en el

sector alto de la capital, abandonando la casa familiar después de una discusión con sus padres que le reprochaban lo que hacía, ya que ellos eran abiertos opositores y estaban de acuerdo en que había que derrocar al gobierno. Y cuando le echaron en cara el bienestar que le daban y lo que le significaría el irse, les dijo que esa era la despedida y el precio que había que pagar porque -como se los gritó antes de salir- “El llamado de la revolución es superior a cualquier interés personal e individual porque lo importante es el pueblo y su liberación”.

No podía saber que ello cambiaría su vida de manera absoluta.

Las responsabilidades políticas no le impidieron hacerse cargo del embarazo de su compañera, una estudiante de bibliotecología que conoció en una reunión y que comenzó a compartir la vida con él. No vivían juntos pero a diario se veían en la sede universitaria y la acompañaba a sus controles en el servicio médico de estudiantes donde era atendida gratuitamente. Cuando podían pasaban todo el día sin separarse y muchas veces participaban en las mismas reuniones, hasta que llegados los últimos meses del embarazo ella dejó de asistir porque se le dificultaba llegar a lugares que no siempre conocía, pero por sobre todo, le era imposible soportar la humareda en esas piezas no siempre bien ventiladas y que tenían como sello el ser espacios al que accedían solo algunos.

Una vez confirmado el embarazo ninguno de los dos pensó en ponerle fin y sabiendo los problemas que les significaría la llegada de un hijo o hija, comenzaron a planear sus vidas considerando que ambos aún eran estudiantes y dependían de la ayuda de sus casas, complicándose la situación al haberse ido él de la suya. Lo que en un comienzo se les hizo posible, dado que ella tenía asegurada la residencia, la alimentación y su atención médica, a medida que avanzaba el embarazo las cosas se fueron dando de otra manera y las ilusiones de la joven chocaron contra la realidad y el compromiso político de Julián, que aunque compartido por ella, resintió haber estado en el parto acompañada solo por su hermana mayor que trabajaba en Santiago. Y así como vivió ese momento sin su compañero, debió enfrentar todo lo que significó congelar sus estudios en la universidad y comenzar a criar al niño recién nacido con la ayuda de la hermana. Las primeras semanas después del alta se quedó en su casa hasta que partió al sur para permanecer el resto del año en la de sus padres, porque no podía permanecer en la residencia universitaria y no tenía cómo vivir con el niño en otra parte. Comenzó paulatinamente el alejamiento del amado que terminaría en un quiebre definitivo para quedar sola con su hijo, que hubo de dejar con su madre para poder finalizar sus estudios y así lograr un trabajo que permitiera tenerlo a su lado definitivamente.

A la mañana siguiente de ese día de fin de junio recordó lo sucedido después de la marcha, creyendo ver que se abría una puerta para mirar las cosas de otra manera y salir del estado en que había quedado después de terminar con el padre de su hijo. Con la repentina salida de la facultad olvidó tomar el abrigo que se

había sacado y que colgara en el respaldo de la silla, quedando solo con la chaquetilla que llevaba debajo. La fina llovizna que caía le tenía su pelo totalmente mojado y a pesar de intentar cubrirse con ella, se le veía su cara descompuesta por el frío e intentando combatirlo con saltos. A su lado había un hombre joven mayor que ella, vestido con impermeable y con paraguas, que le dijo que se protegiera junto a él. Cuando se le acercó la vio tiritar y se dio cuenta que debajo de la chaqueta tenía solo una blusa y sin nada de lana que la abrigara. Estaba entumida y su palidez llevó al hombre a preguntarle cómo se sentía. Su gesto de respuesta hizo que le propusiera llevarla al ministerio donde él trabajaba, ubicado a la vuelta de La Moneda y ahí podría tomarse un café y pasar el frío antes de irse a su casa. Ya había hablado el Presidente y la concentración terminaría pronto, lo que hacía innecesario permanecer más tiempo mojándose. Ella aceptó y fue con él. En las ventanillas de las oficinas muchos de los funcionarios miraban lo que sucedía abajo mientras otros permanecían sentados frente a sus escritorios. El joven le indicó dónde estaba el baño de mujeres y pidió a una compañera que la ayudara a secarse, mientras él le preparaba un café.

El término de la jornada laboral se adelantó porque casi nadie regresó después de la concentración, de tal manera que esperó que ella se sirviera el café y se repusiera para salir de la oficina. En el ascensor le preguntó hacia dónde iba y como era en su misma dirección le ofreció irse con él en el auto hasta el lugar que a ella le acomodara. Y como aceptó se fueron conversando de lo que estaba aconteciendo y él le preguntó qué hacía, a lo que respondió que era estudiante en práctica, esperando poder titularse a pesar de cómo estaban las cosas. La dejó a la entrada de la residencia estudiantil donde vivía y al bajarse le preguntó si al día siguiente la podía llamar al trabajo para saber de su salud. Ella le dijo que sí, y le dictó el número telefónico de la institución donde estaba haciendo la práctica remunerada. Antes de cerrar la puerta le dijo su nombre.

Al ingresar al pabellón en que residía se encontró con una carta del departamento de bienestar estudiantil que la citaba a una reunión para ser informada de la resolución adoptada a raíz de una solicitud que había hecho y que estaba relacionada con su hijo. La firmaba una asistente social y le solicitaba que acudiera lo más pronto posible. Decidió que iría a primera hora de la mañana.

No pasó buena noche y al levantarse se sintió mal y comprobó que le estaba comenzando la gripe, por lo que se arropó mejor que el día anterior y fue a las oficinas del servicio que la citó. La asistente social la recibió de manera muy amable y de inmediato se dio cuenta de su estado y le dijo que pidiera hora al médico del servicio estudiantil desde esa oficina, facilitándole el teléfono y dándole el número que sacó de un impreso. Con cierto humor le preguntó qué desarreglo había hecho, pero al enterarse que el frío era producto de la marcha del día anterior, le dijo que ella también había marchado con su marido que trabajaba en uno de los departamentos universitarios y permanecido hasta después del discurso del Presidente,

pero que andaba abrigada y con botas, por lo que se salvó de la gripe. A pesar del entusiasmo con que comentaba la cantidad de gente que estaba dispuesta a defender al gobierno y especialmente la juventud, que con su idealismo podía ser la fuerza que ayudaría a vencer a quienes estaban dispuestos a derrocarlo, no ocultaba la preocupación de lo que podía acontecer con la oposición. En la conversación le comentó haber conocido en la marcha a académicos y docentes colegas de su marido que no pensaba que podían participar en un acto de esa naturaleza. Le habló de la necesidad de respaldar al gobierno y de luchar para impedir el golpe de estado. Después, disculpándose, le informó que considerando que tenía un hijo y era sola le habían aprobado una beca mensual para el segundo semestre, condicionada a su egreso ese mismo año y, por lo tanto, a cumplir con todas las obligaciones académicas, especialmente con la práctica profesional. La interrumpió para decirle que ya la estaba haciendo, sin mencionar que era mínimamente remunerada, esperando concluirla antes de terminar el año para así titularse y poder estar con su hijo. La profesional le pidió que le contara cuál era su situación y ella le informó acerca de todo respecto a su hijo, haciendo hincapié en que lo veía cuando podía viajar, ahorrando dinero para los pasajes siempre que le era posible y como a veces no le alcanzaba para estos, había pedido la ayuda económica.

La mujer se conmovió y le dijo que acudiera a ella si tenía alguna necesidad imperiosa y que además pediría que la liberaran del pago de la mensualidad en la residencia estudiantil o, al menos, se le rebajara a la mitad.

Cuando salió se fue directo hacia la biblioteca donde estaba realizando la práctica y por primera vez desde hacía mucho tiempo sintió que se iba arreglando su existencia. Más allá de la preocupación política quedó aliviada porque podría ir a su casa más seguido y ver al niño, que cada vez que regresaba lo encontraba más crecido y le apenaba no estar a diario, oyéndolo hablar y verlo correr.

Los gritos destemplados y las discusiones en el microbús que la transportaba al centro no disiparon su alegría, y pensaba en lo difícil que estaba siendo vivir en el país sin tomar parte en lo que sucedía en todos los lugares; en los enfrentamientos verbales con los enemigos del gobierno y en cada una de las acciones de apoyo que demostraban el avance hacia una sociedad más justa y democrática, pero también sabía de mujeres y hombres que a diario reclamaban por la falta de comida sin entender las razones de ello. Pero, a pesar de todo, ese día se sentía más optimista respecto a su futuro, lo que se completó con la llamada telefónica de quien la había atendido el día anterior, que le preguntaba cómo había amanecido y le deseaba un buen viaje.

¿BAILAMOS?

Me cogiste el corazón,
y hoy precipitas su vuelo
con un abril de pasión
y con un mayo de celo.
(Miguel Hernández)

Lafont llegaba al lugar con reticencia más que curiosidad, cumpliendo con la palabra dada a un matrimonio amigo. Habían acordado que con otra pareja, también amiga, irían a comer y bailar a propósito del cumpleaños de una de las mujeres. Habría preferido ir a una parrillada o a un buen restaurante y no a ese lugar del cual no tenía ninguna referencia, que por el solo hecho de leer en el anuncio que era un local de diversión y de esparcimiento para adultos ya le generaba extrañeza. De hecho no era una discoteca juvenil porque ofrecía clases de tango y de otros ritmos que no eran, justamente, propios de adolescentes ni de gustos juveniles. La palabra adulto estaba acompañada por el adjetivo joven, lo que podría ser interpretado que no era para viejos. Su imaginación lo llevaba a escenas de distintas películas que narraban historias de personas maduras que concurrían a salones de baile como una manera de combatir su soledad y encontrar la pareja que las sacara de ella. Por eso cuando ingresaron y vio el mostrador del bar, la caja y hacia la derecha una masa de personas bailando mientras una orquesta tocaba música tropical, fue grande su sorpresa. Una pista de baile llena y rodeada de mesas era el ambiente que no esperaba encontrar en ese lugar que veía a diario cuando pasaba camino a su trabajo o de regreso a su casa. Pero al preguntarle las amistades que lo habían llevado qué le parecía el lugar, debió reconocer para sí que aquello que se imaginaba era un prejuicio producto de su propia imaginación, pues a quienes veía en ese momento no eran los personajes de filmes amargos que trataban lastimeramente la soledad de las personas mayores.

Luego de ser acomodados en la mesa previamente reservada miró con atención a las parejas de distintas edades que llenaban la pista con un frenesí carnavalesco. Y al recorrer con los ojos todo el lugar pudo darse cuenta que en las mesas había grupos, parejas y que eran numerosas las ocupadas por mujeres solas que aceptaban la invitación a bailar de quien las hacía. Y le impresionó esa especie de comunión en el baile que se veía especialmente entre personas que compartiendo distintos ritmos, al parecer no se conocían.

Lo vio como un espacio para él desconocido, con sus códigos sociales establecidos, hombres y mujeres disfrutando bailar y que con el correr de las horas se integraban en un mundo común en el cual lo principal era la diversión. Y así lo entendió él porque cuando las amistades fueron a la pista y quedó solo en la mesa, con un gesto como de saludo le indicó a una mujer que estaba en la mesa contigua

que la estaba invitando a bailar. Ella asintió y salieron a la pista sin hablar y sonriéndose porque aunque lo hubiesen querido habría sido imposible oírse con el sonido que venía de la orquesta. Transcurrió la noche, de baile en baile con distintas mujeres a las cuales solo les preguntaba con el gesto si querían bailar y al final la palabra de agradecimiento por haberlo aceptado, que le era devuelta con la misma cortesía que él empleaba.

Después de esa noche comenzó a frecuentar el lugar, lo que sorprendió a sus amistades a quienes les preguntaba casi con insistencia si el fin de semana irían a bailar, porque solo no lo hacía. Por eso ir a bailar los fines de semana más que romper una rutina fue una novedosa manera de continuar con su vida, además de permitirle beber sin preocuparse por conducir, ya que sus amistades lo pasaban a dejar a donde vivía. Al poco tiempo era parte del ambiente habitual, reconocido por quienes eran ya antiguos parroquianos que lo saludaban como si ya fuera uno de ellos, lo que acontecía también con las sonrisas de las mujeres con quienes bailaba alternadamente. Pero a pesar de participar en esa cofradía nadie le había preguntado su nombre y, por lo mismo, él no conocía el de nadie, salvo, por supuesto, el de sus amistades. Se dio cuenta que tal anonimato impedía una comunicación real con la persona con quien bailaba, y no había manera de romperlo a menos que preguntara directamente “¿cómo te llamas?”, implicando un tuteo que podía ser mal entendido y obtener una mala respuesta. Estaba la alternativa del “¿cómo se llama usted?”, que mostraría un formalismo absurdo y fuera de ambiente. Varias veces estuvo a punto de preguntárselo a la mujer delgada, de pelo rubio rizado y cuerpo atractivo que sentada cerca de su mesa, bailaba con él frecuentemente, pero una extraña timidez se lo impedía. No quería perderla como compañera de baile, mas la curiosidad y el interés en saber bien quién era se fueron acentuando hasta que decidió, antes de levantarse e ir hacia ella, preguntarle directamente por su nombre. Pero el intento se frustró porque otro varón se le había anticipado y tuvo que permanecer en su sitio mirando a las parejas.

En su recorrido visual hizo memoria especialmente de una que desde el comienzo le llamó la atención por dos hechos. Uno, que la mujer se veía más joven que el hombre; de piernas muy torneadas; un bello rostro y un cuerpo de lindas formas que al bailar marcaba el compás con movimientos sinuosos evidentemente dirigidos a su pareja. El otro, que a pesar de ello en el juego del baile procuraba tenerlo separado y que él, de una u otra manera intentaba acercarse o tocarle el rostro con el suyo, pero ella sonriente algo le decía que lo detenía y alejaba. Sin embargo, una o dos semanas después ya bailaban juntos, se miraban a los ojos y ella lo tomaba con sus manos pasadas sobre sus hombros y entrelazados los dedos en la parte posterior del cuello. El hombre irradiaba alegría y ella una juvenil ternura.

Miró disimuladamente los cuerpos de las mujeres y mentalmente opinaba acerca de ellos, así como decidir si bailaban o no con ritmo, descalificándolas en su evaluación si no lo tenían. Apreció cómo había parejas dominadoras de todos los

bailes y ritmos, y una en especial, que se deslizaba por la pista con una armonía perfecta entre la música y sus movimientos, demostrando haber bailado sus propias coreografías durante muchos años.

Terminaba el tiempo de la orquesta y comenzaba el de la música grabada, cuando vio que la mujer se levantaba e iniciaba el camino hacia afuera, donde se dirigían quienes querían fumar. Se levantó y pidió un encendedor. Uno de los amigos se lo pasó y le preguntó para qué lo quería si él no fumaba. No le respondió y salió apresurado tras de la mujer. Llegó justo cuando se llevaba el cigarrillo a la boca y alcanzó a encenderlo para acercárselo, antes que usara el suyo. Ella se sorprendió y le ofreció la cajetilla.

-No fumo –le dijo.

-Pero tienes encendedor.

Se quedó sin respuesta, pero levantando los hombros le soltó una frase que de inmediato la sintió estúpida: -Siempre listo.

-Pero no estás en edad de ser boy scout –afirmó con una risa.

-En realidad no lo soy y el encendedor no es mío. Lo pedí a un amigo y salí por si no tenías fuego. Se me ocurrió, nada más.

-Qué gentil, pero yo siempre tengo el mío dentro de la cajetilla porque se me pierden si los dejo sobre una mesa. Es una costumbre que a veces se me olvida, pero ahora lo ando trayendo.

El pequeño silencio le dejó claro que ya no podría continuar con la conversación insulsa y sin rumbo, por lo que le hizo la pregunta:

-Disculpa ¿cómo te llamas? Hemos bailado tanto y no nos conocemos.

-Es verdad. En realidad yo vengo a bailar y no a conocer gente, pero tienes razón. Hemos bailado mucho y no sabemos nuestros nombres y si el baile es comunicación, uno no puede bailar con desconocidos. Me llamo Valeria ¿y tú?

-Lafont. Mi nombre es Lafont.

-Qué raro ¿Es francés?

-Pudiera ser, pero es complicado explicarlo. Ese es su origen. Y como dice la sabiduría popular, al nacer no elegimos los nombres ni los padres aunque terminamos por aceptarlos de cualquier manera.

-¿A los nombres o a los padres? Porque hay cada caso.

- Me refiero a los nombres, porque de madres y padres es difícil cambiar.

-No estaría tan segura de eso, mira que en mi trabajo he visto cada cosa que llega a dar susto. Pero eso es harina de otro costal y no se trata de ponernos serios sino que de alegrarnos, aunque sea los fines de semana.

A continuación le dijo cortando la conversación:

-Bueno Lafont. Entremos a bailar, que a eso vinimos.

-Por cierto. A eso.

Caminaba delante de él y al llegar a las mesas iba a desviarse hacia la suya, pero él la asió del brazo y la guio hacia la pista. Hizo que le entregara la cajetilla, la

puso en su bolsillo y cruzándole la mano derecha por la cintura comenzó a moverse. Ella siguió el ritmo y sin palabras, como todos los bailes, se dejaron llevar por la música hasta que finalizó la serie de canciones. La acompañó hasta su mesa y al entregarle los cigarrillos además de darle las gracias Lafont le dijo:

-Ya no será un baile entre anónimos, aunque sí de conocidos.

Valeria se limitó a sonreírle.

Él estaba en la pista cuando ella se fue. No la volvió a ver durante todo el verano, asumiendo que sus periodos de vacaciones no habían coincidido y que se encontrarían nuevamente al término de la temporada estival. A comienzos de marzo, a raíz de una consulta médica a la que debió concurrir en el hospital en que se atendía, la creyó ver por un pasillo vistiendo un uniforme rojo. Terminada la atención fue a buscar a su hermana enfermera que trabajaba en el mismo hospital y que era quien le calendarizaba sus visitas al médico y le imponía el rigor que requería su enfermedad crónica. Le dijo que le parecía haber visto a una amiga con quien no se encontraba desde hacía un tiempo y que había pasado por uno de los pabellones.

-¿Cómo se llama? –pregunto la hermana.

-Valeria –le respondió Lafont.

-Ah, sí. Es una de las asistentes sociales del hospital. No sabía que era amiga tuya.

-Bueno. Amiga no. Conocida, no más. Nos hemos encontrado en un lugar que frecuento con mis amistades y ahí nos hemos visto varias veces.

-Vamos. Te llevo a su oficina.

Cuando la hermana golpeó la puerta y escuchó que dijeron “¡Adelante!”, la entreabrió y asomándose le dijo:

-Hola, Valeria. Te traigo una sorpresa. –Y abriendo la puerta continuó:- Mi hermano Lafont quería saludarte.

Valeria permaneció sentada y una expresión de sorpresa acompañó a las preguntas:

-¿Él es hermano tuyo? ¡Qué casualidad! Mira dónde nos vinimos a encontrar.

Él se adelantó y cuando se levantó para saludarlo estirando su mano, él junto con estrechársela avanzó para besarle la mejilla.

-Los dejo –indicó la hermana-. Tengo que ver a unos pacientes y te avisaré cuando estén los exámenes, hermano. Que estés bien.

Le dio un beso en la mejilla y salió, haciendo una seña con la mano a Valeria.

-En verdad. Es una coincidencia notable que nos encontráramos aquí –dijo Lafont-. Cuando llegué te divisé en un pasillo pero como tenía hora esperé a que me atendiera el médico para ver a mi hermana y preguntarle por ti. No estaba seguro que lo fueras, pero al mencionarle tu nombre de inmediato supe que no estaba equivocado.

Ella lo miraba sonriente y le respondió:

-Realmente es curioso que fuera aquí, en el hospital y no allá, donde nos conocimos. Porque no nos veíamos desde hace mucho. De hecho creí que no irías más, porque vi a las personas con las que llegabas pero tú no ibas. Después salí de vacaciones y me fui de Santiago.

-Pero lo bueno es que te volví a ver y este fin de semana ¿nos encontramos? –le preguntó Lafont-. Tengo que irme rápido, porque dejé trabajo en la oficina y tú sabes, uno no puede desaparecer por mucho tiempo.

-Por supuesto que nos veremos. Y ahora no como desconocidos. Adiós.

Nuevamente estiró su mano y él se la tomó y le besó la mejilla.

-Hasta el sábado –le dijo.

Al irse tuvo la intención de pasar donde su hermana a inquirir información acerca de Valeria, pero no le pareció oportuno y pensó que, además, se demoraría mucho. Ya tendría tiempo de conocer más de ella.

Ese sábado no esperó ponerse de acuerdo con sus amistades y fue solo. No pidió una mesa y se quedó en la barra, esperando el momento para buscar a Valeria y sacarla a bailar. Pero ella no estaba. Recorrió las mesas con su vista sin encontrarla. Se sintió desalentado y por una razón desconocida pensó que ella no iría porque no quería encontrarse con él. De pronto la vio entrar acompañada con unas amigas. Al verlo se limitó a saludarlo sin mayor efusión y con la misma sonrisa y movimiento de la mano como lo hizo con otras personas que encontraba a su paso. Se dio cuenta que ya no le era extraño, pero tampoco más que un simple conocido con quien bailaba, al que le sabía el nombre y que tenía una hermana que trabajaba en el mismo hospital y, por lo mismo, hasta su apellido. Pero él no sabía nada más que su nombre.

No fue desconsuelo lo que sintió, sino una frustración que lo desanimó al punto de decidir tomar rápidamente el resto de lo que bebía, llevándoselo a la boca y tragando sin pausa para regresar a su departamento. Tenía el vaso casi vacío cuando a través del vidrio vio que Valeria caminaba hacia él.

-Viniste solo hoy –le dijo estirando su brazo-. Pero no estés en la barra. Ven a nuestra mesa y acompáñanos, que al final igual cada quien cancela lo que consume.

-Excelente. Estoy con ustedes hasta que lleguen mis amigos. Te agradezco. Así bailamos más los dos.

No obtuvo respuesta de ella, pero los bailes los fue alternando con las amigas y como transcurrió el tiempo sin que llegaran las amistades, permaneció toda la noche en la misma mesa con Valeria.

En tres ocasiones la acompañó a fumar y pudo enterarse de algunas cosas de su trabajo y él contarle acerca del suyo, sin ahondar en lo más mínimo en otras informaciones personales. Fue en la última salida que Lafont, envalentonado por los tragos tomados lanzó la propuesta que iba acompañada por el temor a una negativa:

-Tú terminas de trabajar a las cinco de la tarde y yo a las seis. Creo que antes de ir a descansar bien podríamos darnos un asueto y, a lo mejor, tomarnos un café o comer en algún restorán cercano al hospital o dónde a ti te convenga más.

Ella no pareció sorprenderse por la invitación y le respondió suavemente mientras movía su mano con el cigarrillo encendido:

-Es una buena idea, pero difícil de ponerla en práctica porque yo tengo que hacer mis tareas domésticas cuando llego y aunque no vivo lejos del hospital, con el tránsito a la hora de la salida me demoraría mucho más del tiempo que uso normalmente.

-¿Y si te voy a buscar al hospital y vamos a un lugar cercano de dónde vives?

-Eres insistente y haces las cosas fáciles. Pero tú sales más tarde que yo y no podríamos hacer coincidir las horas.

-No importa. Dime un lugar de encuentro, una hora y yo llego, así tenga que cruzar Santiago.

-No se trata de distancia sino de tiempo. Y además para qué si nos vamos a encontrar el sábado.

-Pero sólo podemos conversar cuando sales a fumar, en cambio yo quiero conocerte más allá del baile. Qué te parece que el viernes nos encontremos donde tú me digas. No necesariamente después del trabajo, puede ser más tarde, pero donde a ti te sea fácil. Me das tu teléfono, te llamo y nos ponemos de acuerdo ese mismo día.

-Bueno. Pero con la condición que me llamarás solo el viernes y para ello. Ni otro día como tampoco llamadas para saludarme. Si lo haces no nos veremos el viernes y a lo mejor ni siquiera bailamos el sábado. Y te lo digo en serio.

-De acuerdo. Acepto todas las condiciones con tal de que nos veamos.

Valeria apagó el cigarrillo en un cenicero que estaba a su alcance y caminó delante de él. Durante el resto de la noche bailaron casi sin hablar y en los momentos en que se detenía la música no hicieron mención alguna de lo que habían acordado, como tampoco cuando se despidieron.

Durante la semana Lafont pensó en llamar a su hermana pero desistió, porque ella comenzaría a preguntarle cosas y a meterse en su vida, lo que evitaba desde hacía mucho tiempo, sabiendo, además, que iría a hablar con Valeria para averiguar por qué se conocían, optando por esperar hasta el viernes para averiguar por él mismo quién era ella.

Pero Valeria sí lo hizo y buscando un pretexto para encontrarse con la enfermera llegó al sector en el cual trabajaba. Nada le costó hacer que le preguntara dónde había conocido a su hermano y ella, fingiendo indiferencia, le respondió:

-Nos conocimos bailando, cuando estábamos con unos amigos. Pero no tenía idea que viniera al hospital y que aquí tenía una hermana. En realidad no somos amigos y de él no sé nada.

-Por lo menos sabes que tiene una hermana, en realidad dos, pero no creo poder decirte más de su vida, salvo que es solo, está separado hace mucho tiempo y tiene un hijo grande que no vive con él. Trabaja en un ministerio y no quiere jubilar. Más de él no puedo contarte, pero si te interesa pregúntaselo, porque creo que a él le gustaría.

-¿Te dijo algo o te ha llamado? -preguntó Valeria.

-No. No lo ha hecho. Llama solo cuando quiere ver los resultados de los exámenes y como aún no es tiempo, no lo hace. Pero soy yo quien lo llama, porque sé cuándo están listos y le digo como salieron.

-¿Qué tiene? ¿Está enfermo?

-Es el control que se hace por la diabetes. Pero entiendo que se cuida porque no tiene problemas y sabe bien de qué se trata su condición. A veces nos encontramos porque va a mi casa y estamos con mi familia, pero hay que invitarlo porque es reacio a ir sin avisar. No sé más de su vida porque desde hace mucho que no me cuenta nada. Puede ser que no haya nada de importancia o que no quiera preocuparme, pero así está desde hace tiempo.

-En realidad yo no sé nada de él porque nos conocemos debido a que vamos al mismo lugar, pero más allá de eso...

No alcanzó a continuar porque la hermana la interrumpió: -¿Y dónde es eso?

-Una especie de discoteca para adultos, un restaurante donde se baila y va todo tipo de gente, especialmente mayores, como nosotros. Ahí nos conocimos y los fines de semana nos encontramos con amigas y amigos con quienes vamos. Hasta hace poco no sabíamos ni siquiera cómo nos llamábamos y resulta que ahora te estoy preguntando por él.

-Esto sí que es extraño para mí. Mi hermano yendo a bailar los fines de semana cuando pensaba que llevaba una vida aburrida. En realidad como él no cuenta no tengo cómo enterarme de lo que hace. Lo que importa es que está saludable y, al parecer, pasándolo bien.

Hasta ahí llegó la conversación y Valeria quedó intrigada por la manera que la hermana se refirió a Lafont, en circunstancias que ella lo veía de manera diferente. Y se hizo la idea de que el viernes sería un buen día para comenzar a conocerlo.

A media mañana Lafont llamó al número del teléfono que le había dado. Preguntó por Valeria y volvió a pensar que no conocía su apellido. Pero al parecer era la única con ese nombre porque de inmediato lo comunicaron. La conversación fue breve y quedaron en que él la esperaría en una estación del metro cercano a donde ella vivía, para después ir a comer a algún lugar.

Pasados unos minutos de las nueve de la noche la vio aparecer desde el andén, terminando con la aprehensión que lo consumía desde su llegada al lugar del encuentro, un cuarto de hora antes. El nerviosismo le impidió hacer un análisis detallado de cómo vestía, pero sí que se veía diferente a las noches de sábado. Le

pareció más hermosa y llamativa, porque al punto notó cómo la miraban hombres y mujeres cuando subía por la escalera mecánica. Ahora el saludo no fue de mano, sino que ella directamente puso su cara para que le besara la mejilla. Él le señaló una dirección, salieron de la estación y caminaron hasta donde había estacionado el auto.

-Estás hermosa -fueron sus primeras palabras. -Disculpa si te digo que te ves diferente a los sábados.

-Gracias. Pero también al resto de los días -respondió-. Comprenderás que tenía que impresionarte en la primera cita, que eso es este encuentro ¿o no?

Lo directo de la afirmación sorprendió a Lafont, que no supo qué decir. Pero la miró frunciendo el ceño y sonriendo, como si quisiera crear complicidad entre ambos. En seguida reaccionó y sin apartar la vista de los vehículos que le antecedían y como hablando para sí dijo:

-En realidad no había pensado en este encuentro como una cita, aunque lo sea. Hacía tiempo que no me ponía de acuerdo para encontrarme con una mujer de quien ni siquiera sé cuál es su apellido. Y lo digo porque podría habérselo preguntado a mi hermana, pero no lo quise hacer porque quería escucharlo de ti.

-Tienes razón, porque yo no te lo pregunté y lo supe porque conocía el de tu hermana. En realidad continuamos siendo dos desconocidos que bailan los sábados y que en común tienen el no haberse presentado. Discúlpame si no te lo pregunté, pero los míos son García Matus, y me llamo, por lo tanto, Valeria García Matus.

-Y yo Lafont Valdés Sierra. Mucho gusto.

Ambos soltaron la risa casi al mismo tiempo y sin decir nada más llegaron al lugar que él había elegido. Después de hacer el pedido y antes que llegaran los platos, Valeria le preguntó con cierta reticencia y con reiteradas peticiones de disculpas por su curiosidad, el origen de su nombre.

-Es la primera vez que lo oigo y es raro -le dijo.

-Bueno, siempre he tenido que hacerlo porque en verdad es extraño, pero la explicación es simple: mi bisabuelo era francés y su familia se vino antes de la guerra, huyendo de lo que se les venía. Aquí tradujeron el apellido como "de la Fuente". Al casarse no tuvo hijos sino que dos mujeres y cuando ellas se casaron y tuvieron descendencia pasaron con el apellido en español. Pero mi padre creyó que era justo rescatar el apellido francés que debía tener mi abuela así que convenció a mi madre para que me pusieran "Lafont", como "la Fuente". Porque como yo no tendría ese apellido, lo mejor era conservarlo como nombre. Raro, pero nosotros no tenemos cómo decidir nuestros nombres y no me interesa cambiarlo, y como es extraño pero no ridículo, lo mantengo. Además me gusta. Eso es todo.

Después la conversación giró en torno a banalidades y casi todas referidas a lo que se ve en la discoteca, hasta que Lafont le preguntó acerca de su vida a lo que ella respondió sin reticencias:

-La privacidad es algo que resguardo y no me gusta hablar de ella, pero te diré que estoy separada de una segunda relación desde hace muchos años. Tengo dos hijos grandes, de los cuales uno es mío y el otro de mi exmarido. Las razones por las cuales me quedé con él son muy personales. Han formado sus familias y son felices. Me volví a casar después de enviudar, que es un capítulo de mi vida del cual no me gusta hablar ni recordar, pero que está ahí aunque no quiera. Trabajo desde hace años en el hospital, al que llegué después que tu hermana y que, dicho sea de paso, nunca he tenido una relación de amistad con ella, aunque nos vemos casi todos los días en que tiene turno. Es simpática y comúnmente conversamos acerca del sistema y los reclamos que hacemos. Eso es todo. Y claro que tú sabes lo principal: me gusta bailar y me entretengo mucho.

-Por lo que veo estás sola, es decir, no tienes compromiso con nadie ¿o me equivoco?

-No. Estás en lo cierto. Después de mi separación me dediqué a dos cosas: al trabajo y a educar a mis dos hijos. No tuve tiempo ni me interesó buscar compañía ni pareja alguna. Las dos experiencias me dejaron marcada y si bien es cierto en algún momento podría haberme atraído alguien, mi negación a establecer compromisos ahuyentó al pretendiente, lo que no me causó problema alguno. Y así me he mantenido y espero seguir independiente, porque ya no estoy para tener pareja o vivir con alguien.

Lafont escuchó con atención y después de un espeso silencio le preguntó:

-¿Hablaste con mi hermana, por casualidad? Es decir ¿le preguntaste acerca de mí?

-No. Cómo se te ocurre ¿Por qué habría de hacerlo?

-Es que me llama la atención que me digas cosas que yo le he respondido a ella cuando me pregunta el porqué de no buscarme compañía. Pero es el temor a una situación de emergencia sin ayuda de nadie, a una enfermedad sin atención, como si requiriera una enfermera en vez de una compañera. Parece que piensa que vivir solo más que ser una decisión vital es un error que tiene que ver con el carácter y con la incapacidad de compartir la vida con alguien. No creo en eso, por cierto, pero es posible que el estar solo tenga que ver con ciertos rasgos de personalidad propios, pero por lo visto no soy el único.

Valeria le respondió: -Eso me lo han dicho mis hijos y durante un tiempo mi familia, pero se han dado cuenta de lo innecesario de sus aprensiones, pues les he demostrado no necesitar de nadie y ser verdaderamente independiente. Mis hijos se preocupan pero también dejaron de decirme que buscara pareja para no estar sola. Lo increíble fue una vez que comencé a salir con alguien se pusieron a cuidarme y a vigilarme, con evidentes muestras de celos. Los tuve que retar y ponerme firme respecto a mi autonomía y libertad, pero en realidad me gustó que se preocuparan aunque terminé con mi amigo porque me fui percatando de la distancia entre

sus expectativas y las mías acerca de la relación. Es decir, no era para mí, como dicen. Pero yo te he hablado solo de lo mío ¿Y qué pasa contigo?

-Algo parecido. Separado, un hijo, empleado en el Ministerio de Obras Públicas, últimamente asiduo parroquiano de una discoteca para adultos jóvenes y maduros, ahora dudando si la elección de la soledad es un buen camino. Mi familia originaria es de San Antonio, donde me queda una hermana con varios hijos a quien visito raramente aunque me llama por teléfono seguido para avisarme de los cumpleaños de mis sobrinos, a quienes veo casi solo para esas fiestas. En realidad hay una vida un tanto complicada entre hoy y mi salida de San Antonio. He aprendido a vivir más el presente que seguir preocupándome del pasado personal.

-¿Es que hay otro pasado que no sea personal? –le preguntó Valeria.

-Si, por supuesto que lo hay. Pero me refiero al íntimo, a ese que está relacionado con los triunfos y fracasos vitales, a cómo te golpean los recuerdos, las caídas en pozos y las salidas a la superficie. Hay dolores mitigados y alegrías que intentas mantener latentes pero bien sabes que pueden ser ilusiones, remanentes de un ayer, reminiscencias imposibles de repetir. Lo que tiene el tiempo es que termina por tapanlo todo, esconderlo, y cuando lo que se oculta pareciera haber desaparecido, algo lo devela y entiendes que ese aparente olvido es como meter todo debajo de la alfombra: la levantas y sale el polvillo incómodo y desagradable que te impide estar bien.

-Lo que dices tiene que ver con el cómo ser feliz o, al menos, la dificultad de encontrar un estado de tranquilidad más o menos pleno. Porque si me preguntas si yo vivo así, tranquila y sin conflictos vitales intensos, puedo asegurarte que sí. Lo complejo es que cuando me pongo a pensar en aquellas etapas de dolor, y estoy sola, no siento pena o arrepentimiento. Me doy cuenta que fueron las opciones de vida que tomé, sin responsabilizar a nadie. Más bien pienso en que todo se debió a la carencia de experiencia, porque ahora no podría cometer esos errores. Y como no quiero caer en lo mismo, prefiero alejarme de las posibilidades de optar o elegir caminos que tengan que ver con decisiones sentimentales. No quiero volver a complicarme la vida con amores que pueden resultar ilusorios y que terminen en frustración. Por lo tanto, estoy tranquila.

Lafont le habló de su decisión de no insistir en la búsqueda de explicaciones de todo aquello que dejó inconcluso y que el olvido no enterró, pero que tampoco a estas alturas le incomodaba. El tiempo ayudó con su pátina y así transcurrieron los años hasta llegar a este momento en que pocas cosas le hacían sentir alguna nostalgia, como los fados de Amalia Rodrigues. Un trabajo estable que le agradaba, amistades con las cuales se reunía habitualmente y sin problemas sentimentales o de convivencia con una pareja era el estado al que había llegado y del cual se jactaba, lo que no significaba que de tanto en tanto no encontrara compañía eventual con quien compartir momentos sin que constituyeran un compromiso formal ni dudado. Lo que más le importaba era su libertad y la tranquilidad que ella le daba.

Le llamó la atención que Valeria pensara de manera semejante y a medida que avanzó la conversación ambos fueron evitando referirse expresamente a la vida de cada uno, o al menos soslayar los momentos del pasado que no querían tocar por lo que tenían de conflictivos o amargos. Por eso hablaron de los hijos, de la familia, de sus trabajos y de aquellos espacios que les permitía no involucrar los sentimientos del pasado ni, mucho menos, los amores.

Terminaron de cenar y Valeria le pidió que la fuera dejar a su casa. Lo guio por calles que él conocía hasta que la dejó en la puerta de un edificio de departamentos. Le agradeció la invitación y se despidieron hasta el día siguiente.

La noche de ese sábado no fue muy diferente a las anteriores y Lafont hubo de compartir los bailes de Valeria con otros y él alternarse con quienes estaban sin compañía. Sin embargo, cada vez que estaban juntos Valeria permitía que Lafont se le acercara más que los otros bailarines. Había nacido entre ellos una complicidad de la que el resto no se daba cuenta, pero ambos se sentían cómodos y demostraban con efusión la alegría. Valeria fue dejando que Lafont se quedara con su mano al término de los bailes y él vio como ella comenzaba a rechazar a quienes la sacaban a bailar para quedarse sentada a su lado. Por eso no le costó preguntarle si quería encontrarse con él en la semana.

--Esta sí que será una cita entre amigos, -le dijo Lafont-. Y podremos continuar conociéndonos.

Valeria se rio y le dijo que para ella estaba bien el miércoles, pero no tarde. Que como salía antes que él, ganaría tiempo si iba hacia el centro para juntarse en el lugar que él dijera. Así lo hicieron, yendo a un café donde permanecieron un rato y después salieron a caminar por una avenida arbolada.

Los encuentros se repitieron durante otros días y por varios sábados las cosas entre ellos se mantuvieron igual, hasta que un miércoles Lafont le pidió que al viernes siguiente salieran a comer. La esperó en la puerta del edificio donde ella vivía y le dijo que irían a un lugar cercano de su propio departamento, que conocía por la calidad de sus platos. Para ambos la relación ya no era la misma, y aunque no lo dijeran, el acercamiento entre ellos iba más allá de una simple amistad al punto que ella se colgaba de su brazo si se cansaba o él la tomaba por la cintura cuando la hacía pasar por una puerta. Esa noche Valeria se mostraba especialmente alegre, lo que se hizo notorio después de haber tomado un aperitivo, mostrando una locuacidad que él no le había visto, al punto que durante la comida bebía vino levantando su copa haciendo que él se la chocara. El mesero al levantar los platos preguntó si se servirían postre. Lafont la miró y ella le dijo que no, pero al garzón le pidió la carta de las bebidas porque quería un trago.

-Voy a tomar también por ti -le dijo. -Pero antes quiero que me digas derechamente a dónde me quieres llevar.

-A mi departamento -le respondió sin titubear.

-Voy a tomar un trago largo porque estoy tan a gusto que quiero seguir conversando. Me interesa saber más de ti porque sé que me estás acechando, pero yo no quiero ser tu presa. Lo único que te pido es que no eches a perder la noche y si voy a tu departamento será para tomar un café y conversar, pero nada más. Siento que tú no puedas tomar uno porque andas manejando.

-Sí puedo, porque uno nada me va a hacer. Además vivo tan cerca que ni siquiera me llegaría a la sangre antes de estar en el edificio. Pero si bebo uno pediré otro después y ahí sí que se me hará complicado irte a dejar. Así que decide: te acompaño con los tragos, pero te quedas conmigo ¿Qué decides?

-No te lo había dicho, pero me gusta lo mismo que tomas tú los sábados. Un vodka con tónica. Es el único trago que no me hace doler la cabeza ni deja olor. Si ya te conozco hasta los gustos, amigo Lafont y si allá no tomo es porque debo manejar, lo que tú tampoco sabías. Nos conocemos tan poco.

Lanzó una carcajada que lo contagié, para luego llamar al garzón y le pidió los tragos.

-Realmente me sorprendes con estos detalles, porque además de fumar, no me imaginaba que pudieras beber alcohol.

-Pero no te sorprendas porque soy una mujer liberada, pero no libertina, para que no te confundas. Soy seria hasta en mis gustos o vicios, como les llaman. Y por eso he tenido conflictos con quienes he salido, porque malentienden todo e interpretan como que uno da paso libre porque fuma o bebe. Aceptar una invitación pareciera ser el pasaporte a todo. Es una lástima.

-Qué bueno que lo hayas aclarado y me parece bien que seas franca. Porque aunque no te hayas referido a mí, es esa la situación en la cual nos encontramos. Pero si no quieres ir a mi departamento está bien, porque lo entiendo, pero si quieres conocerlo, te llevo con la garantía de haber entendido el mensaje. Incluso te invitaría a un café de grano y a un vodka si quieres seguir con la línea, pero, te repito, entendí claramente lo que has dicho.

-Gracias. Vamos. Pide la cuenta y partimos. Creo que eres una buena persona y no tengo por qué desconfiar de ti. Además, te acusaría a tu hermana si te portas mal, -terminó riéndose.

En el departamento preguntó por las fotografías, los objetos de las vitrinas y los libros. Algunas postales europeas de lugares conocidos, comentando acerca de los que ella también conocía. Le contó de lo que había visto en otras partes mientras tomaba su vodka y Lafont una taza de café. Pero en ningún momento hicieron mención respecto a las razones de sus viajes o con quién los habían hecho, esforzándose en mantener la privacidad y hablando solo de lo anecdótico hasta que Valeria le pidió que la fuera a dejar.

Durante el trayecto poco fue lo que conversaron y al llegar donde vivía fue más cálida que otras veces, porque al poner su cara para que le besara la mejilla le

pasó la mano por detrás de la cabeza y lo atrajo hacia ella. Al oído le dio las buenas noches y le agradeció el encuentro.

-Hasta mañana –dijo Lafont. –Espero que llegue esta noche porque, en verdad, quiero continuar con esta aunque la interrumpamos por unas horas. Fue muy agradable estar contigo.

A la noche siguiente permaneció en la barra hasta que ella llegó. Ahora se dirigió directamente hacia él, le puso su mejilla y le pidió que fuera a la mesa donde estaba con amistades que la habían reservado. Lo presentó con un amigo sin mesa y muy pronto se integró al grupo. Quería bailar con Valeria pero ella lo hacía de manera continua con uno de sus amigos, hasta que la banda dejó de tocar y comenzaron los discos. Fue el momento de salir a fumar y Lafont la acompañó.

-Me estaba desesperando –le dijo. –Lo único que quería era hablarte.

-Es que me llamaron para avisarme que venían y si quería que me pasaron a buscar. Y como no quería manejar les dije que bueno.

-¿Pero podremos bailar?

-Si me lo pides antes que otro, por supuesto. Recuerda que no soy tu exclusividad.

-No me hagas esas bromas porque no lo pienso, pero no sé si tienes otros amigos con los que hablas las cosas como conmigo.

-Te lo he dicho. Mis asuntos íntimos los manejo yo y hablo con todos de lo que es conocido. Pero mi vida privada es eso, y no pública.

-Valeria: ¿te has dado cuenta que después de todo este tiempo que nos conocemos aún no me has dado tu número de teléfono? Las pocas veces que hemos hablado ha sido por el del hospital pero jamás por el tuyo. Y tampoco sabes el mío.

-Lafont. No tenemos que ponernos así cuando estábamos tan bien con esta amistad. Es como si tuvieras celos y eso no está bien, porque no tenemos nada y solo es esta amistad que tiene tan poco tiempo. Es cierto que nos entendemos muy bien, pero para qué echar a perder lo bonito que tiene esta relación.

-Tienes razón. No tiene sentido que te moleste. Desde el inicio de la real amistad, cuando dejamos de ser conocidos, hay cosas que no se pueden hacer o decir, como un piropo, por ejemplo. A veces he querido decirte lo linda que te ves, pero recuerdo que solo en la primera vez que nos encontramos en el metro te dije algo parecido y que por alguna razón no podría decirlo de nuevo. Pero en fin. Son tus condiciones y las respeto. Entremos a bailar, si quieres.

-Por supuesto que sí. No te conocía esta faceta enojona, pero ya te lo he dicho: no quiero compromiso ni atadura, aunque a veces me gustaría amanecer con alguien al lado. Vamos a bailar, que estaremos una semana sin hacerlo.

-Pero anótame tu teléfono para que te llame alguna de las noches.

-Bueno. Pero que no sea tarde porque me acuesto y duermo temprano. Y si me despiertas, te voy a prohibir que me llames –pero de inmediato se le acercó y lo besó la mejilla-. No me podría enojar contigo, hombre de nombre raro.

Desde esa noche de sábado Lafont comenzó a sentir la incomodidad que le significaba echar de menos a una persona, sin poder estar más seguido con ella. Y se dijo que su entusiasmo por Valeria era un sinsentido de adolescente y a estas alturas de su vida le parecía una ridiculez comportarse como tal, si había llegado al extremo de molestarse porque ella bailaba con otros, sintiendo evidentes señales de estar celoso. Con estas reflexiones decidió ponerle fin a su entusiasmo y no ir más a bailar. No podía ser que ello le echara a perder su forma de vida y le produjera tal descalabro en la cotidianidad construida a través de los años. Sin embargo, comenzó a buscar el modo de verla, a inventar pretextos para llamarla, llegando a pensar en ir al hospital a ver a su hermana para estar un rato conversando con la mujer. Pero el viernes en la mañana la llamada de Valeria lo sorprendió y fue mayor su sorpresa cuando ella le dijo que lo invitaba a comer, pero a un lugar donde pudieran bailar. Le dio el nombre de un restaurante que él no conocía y le pidió que la pasara a buscar a su departamento.

Lo que quedaba del día fue demasiado lento para Lafont. A las seis en punto bajó al estacionamiento y partió a su departamento. Hizo muchas cosas para apurar las horas. Se bañó, cambió de ropa y cuando calculó el tiempo que demoraría en llegar a donde ella vivía partió a buscarla.

Valeria apareció en la puerta del edificio a los pocos minutos que él le comunicara su llegada. Vestía con falda corta, ajustada, una blusa con botones que mostraba el busto en toda su plenitud. Lafont la miró y no dejó de manifestarle su admiración. Ella le dio las gracias y le puso la cara para que él le besara la mejilla.

-No te beso para no marcarte con la pintura de labios –le dijo.

-Me basta con verte para sentirme gratificado. Estás lindísima.

Conversaron de muchas cosas durante el trayecto y pidieron los platos que eligieron de la carta. Ninguno de los dos mencionaba la invitación, pero luego, antes de comenzar a bailar, Valeria fue quien abrió el tema.

-Quiero que conversemos porque esta no ha sido una semana normal para mí. Hacía mucho tiempo que no me preocupaba tanto una relación que ni siquiera ha comenzado y no sé si tendrá alguna posibilidad de ser. No entiendo la inquietud que me has provocado y por eso tomé la sartén por el mango y te llamé. Quiero que hablemos porque me interesa saber qué piensas y qué quieres.

-Valeria –comenzó Lafont-, te agradezco la invitación y el interés por saber lo que nos pasa. Estoy en las mismas condiciones que tú, pero este no es un lugar para conversar. Qué te parece que bailemos un rato y nos vayamos a mi departamento. Creo que un buen café nos permitirá una conversación tranquila. Si lo quieres, tú me dices cuándo nos vamos.

DESPERTANDO LOS VIEJOS DOLORES

El viento trae arenas, pero en la arena viene
escondida la nueva semilla de la sangre.
El invierno infinito pasó sobre nosotros.
(Miguel Arteché)

Bajo la ducha Valeria empezó a aquilatar el paso que había dado. El despertar y no sentir al hombre a su lado la hizo levantarse rápidamente y tomando parte de su ropa entró al baño. El agua la ayudó a reaccionar y comenzó a buscar explicación de lo sucedido y cómo se enfrentaría a ello hacia adelante. Pero ahora saldría del baño envuelta en la toalla húmeda y si él no estaba en el dormitorio tendrían que encontrarse cuando fuera a buscar la ropa que le faltaba, porque con seguridad la estaría esperando en la sala. Su turbación se calmó al no ver a Lafont y que mientras ella se duchaba le había dejado las prendas sobre la cama. Vistiéndose rápidamente volvió al baño para peinarse, lamentando haber dejado su cartera con el maquillaje en la sala. Frente al espejo acomodó su pelo pensando en lo que iba a pasar y nerviosa salió del dormitorio.

Al despertar Lafont la contempló profundamente dormida. Se levantó, entró a la ducha y luego de vestirse fue a la cocina a preparar el desayuno. Mientras tomaba una taza de café repasaba cada momento de la noche, sorprendido por lo acaecido y por sobre todas las cosas, pensaba en Valeria, en su cuerpo, en la delicia como hacía el amor, en cada momento que la sintió llena de placer. Se dio cuenta que el solo recuerdo lo excitaba y estaba por regresar al dormitorio cuando ella apareció en la puerta de la alcoba.

Sentado a la mesa, con el desayuno listo para servirle, al saludarla vio su cara limitándose al “buenos días” y a preguntarle si tomaría té o café no fue capaz de decirle nada, demudado por el rictus de seriedad y la ausencia absoluta de cordialidad en sus gestos, que se quedó en esas pocas palabras. Pero ella al sentarse a beberlo ni siquiera respondió al saludo, sino que de inmediato le manifestó lo que pensaba respecto a lo acontecido después de salir del restaurante.

-Lo de anoche fue una locura. En realidad no me estoy disculpando pero tampoco culpándote de nada. Creo que fue mi error y lo siento, pero no saques conclusiones de ninguna naturaleza de cómo terminó la invitación. Somos adultos y cada cual debe asumir lo que le corresponde y punto. Así continuamos como ayer y nada más. Solo te pido discreción respecto a lo que pasó.

Lafont quiso decir algo pero ella dejó la taza sobre la mesa y caminó hacia la puerta. Hizo el intento de detenerla pero Valeria se lo impidió estirando su brazo. Se limitó a decirle muy seria:

-No te preocupes, puedo irme sola.

El hombre la detuvo suavemente: -Espera. Te voy a dejar.

Tomó las llaves del auto y abriendo la puerta del departamento la hizo avanzar pasando su mano por la cintura. Ella hizo un movimiento para desasirse pero él la retuvo:

-Detente, por favor. Entra y déjame decirte algo porque no quiero que te vayas así, molesta, indignada o no sé cómo te sientes, pero estás mal.

Retrocedió y una vez que Lafont cerró la puerta permaneció de pie sin avanzar. Él, con un movimiento de su brazo y un gesto con su cara, le pidió que fuera hacia el sillón y tomara asiento.

-Comprendo que te sientas mal por lo que pasó anoche, pero yo no me aproveché de ti ni tú estabas tan mal para no saber lo que hacías. Se dio la ocasión, nos entusiasamos y llegamos a mi departamento. Y aunque no te guste lo que pasó, a mi sí y fue una noche como hacía mucho tiempo no tenía, incluyendo, por sobre todo, el que hayamos amanecido juntos. Si esa es la razón de tu molestia creo que no puedes reaccionar así porque te sientas culpable o arrepentida. Es cierto que genera un nivel de compromiso o de complicidad, pero si ninguno de los dos lo quiere, no tenemos por qué darle una trascendencia existencial.

-Sí. Estoy molesta pero no contigo, sino conmigo porque no tenía razón alguna para llegar a tu cama ni menos desfogarme como lo hice. Lo cierto es que me porté de manera irresponsable y no quiero que esto sea interpretado por ti como el inicio de una relación, que no la quiero ni estoy preparada para asumir compromiso alguno. Estoy bien sola y no necesito de un hombre como pareja. Y lo sabes porque en algún momento hemos conversado acerca de ello.

-No quiero ser tu pareja porque yo tampoco la ando buscando. Pero lo de anoche no puedes decir que es nada, pues ambos lo hicimos posible y caer en arrepentimientos no tiene sentido. Podemos buscarle una explicación juntos, si quieres, pero por ningún motivo asumir que ha sido un sinsentido ni, mucho menos, terminar esta amistad por una increíble noche de pasión.

-Sí. Es verdad y concuerdo contigo. Lo hecho, hecho está y punto. Lo que te pido es que las amistades no tienen por qué saber lo que pasó ni tú andar contando nada, que yo guardaré la privacidad de todo.

-¿Y qué podría contar si nadie me lo creería? Porque lo que pasó fue espectacular y, en verdad, hacía mucho tiempo que no estaba tan grato con una mujer. Y déjame decirte que no solo eres bella, sino que tu cuerpo es riquísimo y haces el amor maravillosamente ¿Podría contar algo así? Mirarte a los ojos y verlos encendidos, con ese brillo que hacía más intenso su color de melaza; pegarme a tu piel clara, besar tus hombros sonrosados mientras contaba tus pecas y los pequeños lunares sobre tu piel como un cielo de goce y ternura ¿a quién se lo podría decir?

Valeria respondió moviendo la cabeza rápidamente como negando, pero lo que hacía era intentar borrar las imágenes de distintos momentos de la noche que se le aparecían mientras fijaba la mirada en los cuadros de una de las paredes. Recordó cómo había sido ella quien insistió en quedarse cuando Lafont le propuso

bailar durante un rato y luego irse al departamento para conversar acerca de lo que estaba pasando entre ellos. Y ella pidió un vodka tónica que fue tomando a medida que bailaban, pero ambos se entusiasmaron con la orquesta y bailaron mucho más de lo que hacían los sábados porque no se compartían, a tal punto que llegado el momento de irse ella le pidió continuar bailando. Durante ese tiempo Valeria había tomado tanto vodka como Lafont agua tónica, y ella en su alegría bailaba contagiándolo con sus movimientos hasta que en una vuelta él la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo. Ella se apegó a él y así continuaron, cada vez con mayores juegos, sintiendo él como ella se le apegaba y ella cómo Lafont jugaba con su cintura pasando la mano por sus caderas cada vez que la hacía girar. Después comenzó a la tomarla por el centro de la cintura dejando que la mano descansara bajo el cinturón, haciendo que su pulgar quedara enganchado para que no pudiera desasirse ni separara su cuerpo del de él.

Cuando partieron al departamento Valeria iba cantando y riéndose de la seriedad con que manejaba Lafont, hasta que a mitad de una cuadra llevó el auto hacia la acera y estacionando sin apagar el motor soltó su cinturón de seguridad y acercó su boca a la de Valeria. Ella respondió a sus besos y él no movió el coche hasta que le pidió que siguieran hacia donde la llevaba. Después de eso Valeria se dedicó a acariciarle la cabeza y en cada luz roja acercaba su cara para que Lafont la besara.

Ubicó el auto en su estacionamiento y al entrar al ascensor volvieron a besarse. En el departamento y luego de cerrar la puerta Lafont la aprisionó y ella permitió que las caricias la recorrieran. Dejó que se sentara en el sillón, quedando un poco hundida de tal manera que la falda se le subió dejando sus muslos descubiertos y a pesar de intentar bajarla, le fue imposible hacerlo y con sus brazos y manos quiso cubrirlos a los ojos del hombre, pero este que estaba de pie la miró detenidamente mientras hacía denodados esfuerzos por ocultar lo que ya no era posible tapar.

-Me gusta la ropa interior roja en las mujeres. Es provocadora y me genera sensaciones irresistibles –le dijo sonriendo Lafont.

Ella se sonrojó y trato de levantarse, pero en su intento la falda subió más y mostró la totalidad de sus muslos. La ayudó y al ponerse de pie quedó frente a él, que aprovechó para nuevamente enlazarla por la cintura y con la otra mano acariciarla ahora directamente sobre la piel.

-No podremos conversar –murmuró Valeria, mientras se dejaba llevar hacia el dormitorio.

Se dio cuenta de su abstracción al momento en que Lafont le preguntaba si se sentía bien y si quería tomar otro café. Le dijo que no y que por favor la fuera a dejar, con un tono menor diferente al que había utilizado momentos antes.

Durante todo el día estuvo en su mente lo sucedido y a medida que recordaba los momentos, desde que él la había ido a buscar hasta que despertó en su cama,

intentaba una explicación a su propia decisión y aunque en algún momento quiso achacarla al vodka que había bebido, poco a poco se fue convenciendo que lo único cierto era que se había entusiasmado cuando Lafont la tomó al bailar y abrazó su cuerpo, dejando que primero la estrechara contra él para que después ella se colgara de su cuello al punto de excitarse.

Desde la ruptura con su marido y su posterior fallecimiento, hasta estar nuevamente con un hombre transcurrió un tiempo que no le produjo, al final, ese encantamiento que esperaba la ayudara a borrar la amargura que le había quedado de esa experiencia desastrosa. Fue cuando tomó la decisión de no seguir tratando de espantar el pasado con otras relaciones y se había alejado de fiestas y ocasionalmente había participado en reuniones de amistades del trabajo, pero en ningún momento pensó en buscar otra persona ni recomenzar la construcción del camino que podía acompañarla hasta la vejez, por más que en su círculo cercano le comentaran el hecho de permanecer sola.

Descubrió que pasar la noche con Lafont le había afectado y como si hubiese sido tocada sentimentalmente, reafirmó su decisión de terminar de raíz algo que podría convertirse en una relación seria que buscara asentarse y transformarse en una convivencia de pareja que no quería. Además, no tendría que dar explicaciones porque bastaba dejar de ir a bailar los sábados por un tiempo para no verlo más. Y tampoco dejar que las llamadas telefónicas la importunaran. Tomada la resolución esa noche no salió, permaneciendo en su departamento buscando cosas que hacer, arreglando y ordenando la ropa fuera de temporada, y haciendo lo que menos le gustaba: planchar sábanas, toallas y ropa húmeda. El domingo llamó a su hijo y se hizo la invitada a almorzar diciendo que quería ver a su nieta y a la nuera. Alargó la visita y volvió tarde a su departamento.

El comienzo de la semana fue tan rutinario como de costumbre y enfrascada en el trabajo administrativo y entrevistando parientes de enfermos y a internos pasó los tres primeros días. Desechaba rápidamente los recuerdos de la noche del viernes y volvía al trabajo cotidiano que la ayudaba a superar el cúmulo de contradicciones, pues no tenía claridad si era molestia, agrado por lo que pasó, necesidad de saber de Lafont o, derechamente, entusiasmo por volver a vivir la excitación de estar en la cama con él. Repetía sus propios argumentos acerca de la libertad y la falta de compromiso, pero se retrucaba diciéndose que no tenía por qué perderla en una relación y si tenía la experiencia de sus años bien valía la pena emplearla con un hombre que aunque era unos años menor, también tenía experiencia y compartía con ella el no querer tener compromiso de convivencia. Retomaba la diferencia de edad como argumento, pero se decía que no se notaba, que ella representaba menos años de los que realmente tenía y que en la noche se habían complementado tan bien que no existiría ese problema en una relación permanente. Y así eran sus reflexiones cuando se daba el tiempo para pensar en lo que le estaba pasando y especialmente en las noches, cuando estaba sola en su departamento.

El día jueves sintió la cercanía del fin de semana y empezó a vivir una situación extraña, una presión comenzó a atenazarla y decidió ir a ver a la hermana de Lafont para saber si la había llamado o si sabía algo de él. Con el pretexto de hablarle acerca de unos pacientes le lanzó la pregunta:

-¿Y qué es de tu hermano?

-Si tú no lo sabes, que lo ves seguido, menos sé yo de él. Si no lo llamo para sus controles jamás sabría lo que le pasa y como no me gusta molestarlo, espero que él llame.

Eso le bastó para no insistir ni provocarle mayor curiosidad. Pero le generó una imperiosa necesidad de saber de él a tal punto que estuvo dudando en llamarlo a su oficina o al teléfono personal, aunque eso echara por tierra sus declaraciones de no más compromisos sentimentales ni de relaciones amorosas. Le era difícil reconocer que había algo más complejo en su relación con Lafont, especialmente después de haber pasado la noche con él. No porque creyera que la hubiese utilizado para su disfrute, sino porque a lo mejor mantendría su posición de rechazar todos los posibles compromisos para no romper su libertad y autonomía, las cuales ella también defendería como indispensables para vivir.

Por su parte, Lafont también estaba confuso respecto a la decisión que debía tomar, porque no quería dejar la relación que parecía iniciada después de la noche del viernes, pero no sabía cuál sería la reacción de ella si la llamaba. Temía un rechazo fuerte y perder la amistad que se había afianzado, porque la actitud que había adoptado en la mañana del sábado hacía prever una respuesta dura y, a lo mejor, un violento corte de la conversación. El no haber ido en la noche del sábado al lugar de encuentro semanal le había dejado la duda acerca de si ella habría aparecido, porque de haberlo hecho era una señal de que lo sucedido no tenía relevancia para ella. Tampoco quiso llamar a su hermana al hospital, porque sospecharía que algo existía entre ellos y no se detendría hasta arrancarle algo para después llegar donde Valeria e interrogarla para saber más. Se dedicó a sacar adelante trabajos atrasados con el fin de hacer pasar las horas y en las tardes de esos días, al salir del ministerio, trataba de matar el tiempo pasando con algún compañero de trabajo a tomarse un vino.

Daba vueltas a lo que había acontecido esa noche del viernes, tratando de encontrar lo que pudiera servirle de indicio para saber qué había sucedido con ella, qué hizo mal o que había dicho que hubiera reaccionado así. Pero nada encontraba y sólo tenía las imágenes de su desnudez y de la manera en que hicieron el amor, sin reticencias de ella ni rechazos a lo que él buscaba en su cuerpo, entregada entera al placer. Recordó cuando en la mañana le había dicho “Estoy molesta pero no contigo, sino conmigo porque no tenía razón alguna para llegar a tu cama ni menos desfogarme como lo hice”, agregando que él no lo podía interpretar como el comienzo de una relación sentimental o amorosa. Y eso era lo que le hacía difícil dar el paso de llamarla.

El viernes en la mañana se decidió y la llamó a la oficina. Valeria reconoció de inmediato su voz y le preguntó cómo estaba, usando una forma común de saludo que no decía más que lo formal. Lafont sintió que se había equivocado al llamar y cuando derrotado iba a pedirle disculpas por la molestia que le causaba, ella le dijo:

-Quiero hablar contigo. Pero me parece que podemos juntarnos sin necesidad de ir a algún lugar a comer. Si quieres voy a tu departamento temprano, antes de la noche.

Lafont se sorprendió y de inmediato le recordó que salía a las seis y que podía llegar a las siete, considerando el tránsito. Ella accedió y se despidió con la misma formalidad con que lo había saludado.

Cuando Valeria llegó él tenía listo unos bocadillos dulces y agua caliente para tomar café. Se saludaron con un beso en las mejillas y ella fue de inmediato a sentarse a la mesa. Vestía pantalones y una polera suelta, calzaba sandalias y en nada podía compararse con la Valeria del viernes anterior. Lafont la invitó a servirse y le preguntó que tomaría. Su respuesta rompió la tensa situación:

-Lo que sea, mientras no tenga vodka -y él descargó un suspiro de alivio al servirle una taza de café.

-He pensado mucho en lo que pasó hace una semana –comenzó ella-. No creas que te estoy reclamando algo o que sea una exigencia respecto a ti. Nada de eso. Solo quiero que entiendas mi posición y el porqué de mi reacción. Te había contado de la decisión de hacía tiempo en el sentido de no unirme sentimentalmente a nadie ni requerir de una pareja para vivir como lo hago. Eso no ha cambiado, hasta ahora. Las razones están en las vivencias tenidas a lo largo de los años y en la experiencia acumulada con quienes fueron mis parejas. La ruptura con mi marido me hizo intentar borrar un fracaso con otra relación, y si bien en un comienzo me resulto un buen paliativo, al cabo fue peor, porque me di cuenta que la rabia o el despecho nunca se curan con la búsqueda o aceptación indiscriminada de otro hombre, porque superar el quiebre matrimonial no se logra de la noche a la mañana en otra cama y que es mentira aquello de que un clavo saca otro clavo. Hay heridas que no se restañan rápidamente y permanecen hasta que uno las supera con otras decisiones, pero no necesariamente con otro hombre pues a veces no se acierta con la elección y se complica más la vida. El segundo quiebre en parte se debió a mi propia voluntad, no solo porque mi pareja era casi desconocida al final de la relación, sino también por el hecho de que no podía aceptarle, a pesar de todo lo compartido, su incomprensión acerca de algo tan cabal como que yo no era una persona supeditada a su voluntad ni que por el hecho de estar con él había perdido mi creencia sustancial: mi libertad y el derecho a decidir respecto a mi modo de pensar, a mi cuerpo, a lo que quería de la vida. Lo que en un comienzo fue un constante intercambio de opiniones transformado en una rutina, al final y luego de una discusión, tuve que gritarle que mi cuerpo no era de él y que no podía negarme la posibilidad de tener hijos porque a él no le gustaban los niños. Pero en realidad

lo que destruyó la relación fue descubrir que todos sus argumentos dados para explicar sus razones para no tener hijos se hicieron añicos cuando hube de hacerme cargo de su pasado y asumir la responsabilidad que jamás él había enfrentado. Fue en un momento duro no porque estuviera en un país en el cual tenía escasas posibilidades de realización personal y profesional dadas las diferencia de formación y el poco manejo del idioma, sino porque a pesar de tener todo el bienestar necesario para mi hijo y para mí, la relación estaba quebrada y lo que me había unido a él se había destrozado. Una segunda ruptura conflictiva y no porque en mí hubiera responsabilidad en ellas, sino porque ambos habían ocultado secretos, diferentes uno de otro, pero con ellos a cuestas sabían que si los descubría sería el fin de la relación. Fue el momento en que decidí regresar a Chile, a pesar de los suecos, para quienes era una exiliada política al igual que mi pareja. Entonces comprenderás cuál es mi actitud, ahora, respecto a tener otra relación así, especialmente cuando se ha tenido un hijo, en un país que no es el tuyo y las redes de apoyo, por muy fuertes que sean, te ha tratado como exiliada política. Porque eso fui durante muchos años.

Lafont, que había guardado silencio mientras Valeria le hablaba de su vida, mostró sorpresa cuando ella hizo la última declaración, porque no se la imaginaba como activista política y se lo dijo:

-Me sorprendes de sobremanera con lo que me cuentas, porque entiendo que pudieras tener problemas con tu marido, pero ser exiliada política implica mucho más. Incluso hay ciertos arquetipos que se usan para encasillar a los hombres, pero es difícil imaginarse a una mujer.

Valeria continuó: -Las mujeres que salieron como exiliadas políticas por persecución de la dictadura después del golpe de estado fueron mucho menos que los hombres. Es cierto, también, que muchas fuimos en tal calidad porque acompañamos a nuestros maridos que sí lo eran. Algunos debieron salir por razones de trabajo y otros por seguridad, debido a sus pasados políticos. Entonces la condición de migrante se asoció a la de exiliado debido a la fama criminal que tenía el régimen militar. Pero en mi caso la salida del país estuvo revestida por una situación sumamente oscura que me costó asumir, explicada a estas alturas de mi vida por una ceguera de mujer enamorada y al compromiso que tenía con el gobierno constitucional que terminó siendo derrocado. Es una historia con un final sórdido que me llevó a desconfiar de las promesas de amor y renunciar, por vez primera, al compromiso de pareja. Y es la parte oscura que debes escuchar y te des cuenta de cuán difícil ha sido mi vida sentimental.

Dio paso a los recuerdos de aquel día de junio cuando marchaban hacia La Moneda y se juntaron los grupos que salían desde distintas calles gritando las consignas de apoyo al gobierno y en contra del golpismo de derecha. La casualidad hizo que su marido encontrara que a su lado apareciera un conocido al que reco-

noció y se vio obligado a saludar, notando que inmediatamente la persona desapareció y su marido hizo un gesto de desagrado y lanzó unas groserías en voz baja. Le preguntó qué había pasado y él le hizo un gesto desechando la importancia del encuentro. El episodio quedó como una anécdota sin mayor relevancia porque lo que convocaba era de importancia enorme para ellos, dados los sucesos acaecidos. Los días eran cada vez más duros y difíciles, haciendo de la vida diaria un remolino que los llevaba de sus obligaciones laborales a la lucha contra los enemigos del gobierno, especialmente en los momentos en que arreciaban los ataques y los intentos por derrocarlo. Por eso que la marcha era una demostración de fuerza ante el intento golpista.

-En ese tiempo para mí también, como para tantos otros, las actividades políticas eran nuestras preocupaciones prioritarias, por eso el encuentro callejero pasó casi inadvertido, aunque después sí tendría consecuencias pues se nos atraviesa y mete una cuña en la difícil y casi inexistente rutina de esos días. Las cosas estaban malas y eran comunes los problemas creados por la acción desestabilizadora de la oposición, repercutiendo en las casas y en todas las vidas de las personas. Al desatarse el infortunio final con el golpe de estado comenzaron también a suceder hechos como si un movimiento botara la primera ficha de dominó para desencadenar la caída de las que le seguían. Y eso es lo que me sucedió.

Entonces Valeria le habló de cómo, enamorada, se había casado con un hombre encantador, inteligente y buen mozo, maduro y mayor que ella, que trabajaba en la universidad después de haber sido profesor en la Escuela Normal donde se formaban profesores primarios. Llevaban una vida feliz y fueron creando una relación que parecía perfecta ante las familias y las amistades, pero que no se veía plena porque no había hijos. Sin embargo, habían acordado esperar un tiempo antes de que ella se embarazara, porque si bien eran profesionales y tenían un trabajo estable, primero querían aprovechar la juventud que les quedaba y gozarla juntos, decisión reforzada por las condiciones que se estaban viviendo.

Llevaban ya unos años de casados cuando se conoce el suicidio de dos estudiantes. Se genera un revuelo porque ambos eran compañeros de curso y la investigación policial reconoce la existencia de cartas en las cuales estaban las razones que habían llevado a los jóvenes a matarse. La prensa difunde lo sucedido, un semanario hace un reportaje en el que une las dos muertes, interviene el Ministerio de Educación y la Corte nombra un Ministro en Visita para investigar ambos suicidios. Los estudiantes exigen que se investiguen los hechos al interior del internado y se dé a conocer lo que dejaron escritos los dos muertos. Es tal la conmoción que acuerdan no ingresar a las salas de clases y quedarse en los patios o en los dormitorios. Suspenden las actividades y a pesar de las prohibiciones de salir del recinto, realizan una marcha hacia el Ministerio. Es en el Consejo de Profesores donde se empiezan a develar los hechos y a conocerse algunos antecedentes, pero son los estudiantes quienes hacen público lo que señalan como la causa fundamental de

las muertes: los jóvenes estaban atormentados por la culpa y la vergüenza de sentirse violentados sexualmente por algunos de los profesores, desde su llegada. Y entregan los antecedentes: en una casa muy cercana al edificio del internado se hacían fiestas en que participaban ciertos docentes varones y alumnos de cursos inferiores a quienes emborrachaban para abusar de ellos, asegurándoles un mejor trato y mayores garantías en sus resultados escolares. Pero además de afirmar que esa era la razón de la fatal decisión adoptada por ambos suicidas, aseguraban que en sus cartas decían que ellos habían sido obligados a prácticas homosexuales no siéndolo, dando los nombres de los profesores que participaban de las fiestas.

La investigación realizada por el Ministro en Visita rápidamente dio resultados, porque al tener los nombres de los implicados señalados por los propios estudiantes decretó la detención y ya declarados reos fueron careados entre ellos y los estudiantes que habían concurrido a la casa donde se hacían las fiestas. Los informes hablan de docentes que ya no estaban en la institución y que al parecer, en el cúmulo de antecedentes recogidos por el juez, su participación en las fiestas con estudiantes fueron hechos comprobados, porque a algunos los declararon reos durante la larga y acuciosa investigación y al final fueron condenados a prisión, inhabilitándolos de por vida para trabajar en escuelas y liceos.

Entre ellos estaba el marido de Valeria, y aunque se manifestó inocente de cualquier acto en contra de estudiantes y los otros implicados trataron de exculparlo, igual el juez lo condenó. Durante todo ese período ella intentó comprender lo sucedido y cada visita a la cárcel era una experiencia horrible, en la cual él insistía en su inocencia y ella fue cediendo y aceptando que lo era, a pesar de saber por su declaración que él alguna vez fue a una de esas fiestas pero que jamás tuvo algo que ver con lo denunciado por los estudiantes.

Cuando salió de la cárcel comenzó a recomponer su vida y como la prohibición era solamente para trabajar en la educación escolar, pudo encontrar trabajo en una universidad que no era en la que trabajaba antes de los hechos. Valeria continuaba con el suyo y ambos participaban en las actividades partidarias, que fue donde se habían conocido años antes, aunque ahora lo hacían por separado, cada cual en el frente que les correspondía. La campaña presidencial les llevaba todo el tiempo después de sus trabajos y se veían sólo en las noches, aunque algunos fines de semana salían juntos a las acciones de propaganda. El triunfo del candidato significó aumentar el trabajo, porque cada uno asumió responsabilidades mayores para asegurar el éxito del gobierno, pero a medida que comenzaron a surgir las dificultades los compromisos políticos fueron superiores y si antes se veían poco, el hombre comenzó a llegar tarde o al día siguiente. Las reuniones o actividades, según le explicaba, eran demasiado complejas y absorbentes, a tal punto que se realizaban reuniones en la casa los fines de semana, con personas que ella no conocía.

Entre las participantes había una profesora de la universidad que comenzó a ir a su casa acompañando a un colega de su marido y que Valeria no tenía claro si la llevaba porque pertenecía al partido o porque tenía que ver con alguno de ellos. Cuando quiso saber quién era, él le preguntó si recordaba a una persona que lo había saludado en la marcha, en junio, cuando iban a La Moneda y que él se había molestado a tal punto que ella le preguntó qué había sucedido. Valeria le respondió que algo recordaba aunque eran muchos los compañeros que se saludaban.

-Es la mujer de ese compañero. Y él fue uno de los que declaró en mi contra cuando me mandaron a la cárcel –le dijo.

Valeria se sorprendió y de inmediato le inquirió: -¿Y sabe lo que pasó?

-Sí. Cuando me dijo el nombre de su marido le pregunté por algunos datos y cuando estuve seguro de quien era, le dije :”Él fue uno de los que me mandó a la cárcel hace unos años”. Me miró extrañada y me preguntó por qué. Entonces yo le conté lo que había pasado.

Valeria se molestó con él por tenerla en la casa y decidió encararla cuando la volviera a ver. A la reunión siguiente y al llegar con el amigo de su marido, sin mediar más que el saludo le lanzó la pregunta:

-¿Sabías lo que tu marido le hizo al mío?

La mujer sorprendida por la violencia de la pregunta le respondió que no.

-Si tu marido no me lo cuenta no habría sabido nada. Ni siquiera le he preguntado porque según me dijo tu marido, todo fue injusto y falso, pero el juez lo metió en el mismo saco con los otros que sí tenían que ver con la muerte de los jóvenes.

Valeria la miró con desagrado y le dio la espalda.

La mujer se sintió mal y pretendió irse, pero el marido de Valeria la retuvo y la llevó de nuevo frente a ella:

-No la culpes de algo en que no tiene arte ni parte. Habla con ella y explícale lo que pasó, porque de lo contrario también la estás condenando injustamente –le dijo su marido.

Se sentaron y ella comenzó a hablarle de ese tiempo, del dolor de no saber la verdad acerca de las acusaciones; de la sospecha y de las interpretaciones de los gestos, palabras, hechos, ausencias y retrasos durante el tiempo en que habían estado casados; la ausencia de hijos, en fin, de lo que fue el gran dolor. Y ahora con su aparición traer ese pasado y sentir la indignación de que ella fuera la mujer de uno de los causantes de todo eso, fue un golpe feroz. Pero entendía que ella no era responsable de nada. Que la disculpara.

Cuando al llegar a su casa le contó al marido lo sucedido, él le reprochó no haberle dicho desde un comienzo su amistad con ese hombre y continuar yendo a su casa sabiendo quién era. Ella intentó defenderlo con las palabras de inocencia que Valeria le había expresado, pero él fue mucho más duro:

- No tienes idea del porqué te están usando. Pero hay algo oscuro y capaz que quiera vengarse de mí, y no es delirio de persecución.

Ese fue el fin de la conversación que no se volvió a reanudar y aunque el hombre quiso dilucidar sus dudas respecto a la relación de su mujer con el pedófilo y el hombre que ella había señalado como su amigo, todo quedó inconcluso porque lo que cayó sobre sus vidas hizo que todo se olvidara. Comenzaba ahora la lucha por sobrevivir: el golpe de estado lo destruyó todo. Valeria, el marido y quienes frecuentaban su casa quedaron sin trabajo. De un día para otro muchos dejaron de verse y de otros no supieron sino muchos años después.

Al terminar ella su relato Lafont se levantó y sirvió nuevamente unas tazas de café. Luego le asaltó una sospecha y le hizo la pregunta:

-¿Tu marido fue víctima de la represión militar?

Valeria guardó silencio un momento, movió la cabeza y expresó, con voz extraña:

-Ojalá hubiera sido eso, pero su muerte no tuvo nada de heroica.

Nuevamente se hizo el silencio y una vez que ella bebió todo su café continuó:

-El día del golpe tuvimos que huir porque tropas de la fuerza aérea se tomaron el campus y comenzaron a allanar todo. Buscaban armas y encontraron botellas con bencina y mecha, listas para ser lanzadas, lo que les dio el pretexto para meterse a todas partes y destruir todo lo que estuviera con llave. Interrogaban a quienes encontraban en los lugares y les preguntaban por el armamento escondido, pero ese día no se llevaron a nadie porque desalojaron todas las dependencias. Después nos enteramos que habían matado a unos estudiantes que quisieron enfrentarse a ellos en uno de los pabellones. Cuando abrieron de nuevo tuvimos que presentarnos a nuestros trabajos y fuimos siendo despedidos a medida que nos interrogaban. Llevaban las listas preparadas, por lo que entendimos que las habían confeccionado con las delaciones de los mismos funcionarios de oposición que trabajaban con nosotros. Y así ninguno de los dos pudo seguir trabajando y tuvimos que comenzar a buscar cómo vivir, porque los ahorros eran escasos y sin sueldos no podríamos pagar las deudas ni los gastos de la casa. Primero vendimos mi auto, que era el que estaba en mejor estado, y cuando se terminó esta plata pensamos en deshacernos del otro, que era más grande y tendríamos para más tiempo. En el intertanto buscábamos la posibilidad de salir hacia otro país y a través del compañero que iba a la casa con mi marido, con quien aún manteníamos contacto, nos enteramos que él había ofrecido sus servicios a una universidad de un país centroamericano que estaba recibiendo profesionales chilenos, por lo que partiría dentro de poco. Nos dijo que haría una especie de recomendación para nosotros cuando fuera a buscar la visa y que sería bueno que escribiéramos nuestros currículos y los lleváramos al consulado, y además, sacáramos pasaportes por si él lograba acelerar en algo la tramitación del papeleo. Parece que se había corrido la

voz, porque en esa mañana eran veinte personas, entre hombres y mujeres, esperando su turno para entrevistarse con el cónsul y como nadie tenía trabajo, no importaba la demora. Poco se hablaba entre quienes esperaban en una pequeña sala o en el pasillo del edificio, porque había desconfianza y solo se conversaba entre los conocidos. Cuando después de casi una hora y media de espera logramos hablar con el cónsul, entregarle nuestros documentos y responder algunas preguntas que eran de rigor. Las más claras eran acerca de la militancia, que todos negaban, y la participación en organizaciones promotoras de la violencia o del enfrentamiento con las fuerzas armadas. Al mes obtuvimos respuesta y concurrimos a una nueva entrevista con el cónsul, quien nos informó que mi marido tenía una plaza en una universidad de la capital, pero que lamentablemente no había ahí un cupo para mí, pero sí una vacante en un municipio cercano que estaban esperando que llegara una persona profesional en el área social que atendiera las consultas de toda índole relacionadas con las condiciones de vida de un poblado. No había que pensar ni regodearse, así que aceptamos. Vendimos el auto que nos quedaba y compramos los pasajes. Pagamos lo que pudimos y guardamos para subsistir el primer tiempo en ese país. Nos recibieron muy bien y la gente fue solidaria y gentil con nosotros, como lo era con todos quienes llegaban a trabajar. No nos costó establecernos y al poco tiempo, quince o veinte días, empezamos a relacionarnos con nuestros trabajos. Para mí no fue fácil porque hube de comenzar a aprender cómo era la burocracia, la manera de trabajar de las instituciones públicas, las leyes y todo lo relacionado con el servicio social que era casi inexistente. La universidad donde trabajaba él estaba cercana al departamento que arrendamos, que era cómodo y especial para los dos. Para mí quedaba más retirado porque mi trabajo estaba lejos del centro y la locomoción no era la mejor, así que al poco tiempo compramos un pequeño auto de segunda mano que permitió moverme con facilidad. Llevábamos una existencia tranquila hasta que las reuniones con algunos chilenos empezaron a ser frecuentes, bajo la excusa de trabajar para ampliar la solidaridad con quienes sufrían la dictadura. Paulatinamente comenzaron las llegadas tardes, muchas veces de madrugada y casi siempre con trago. Como el departamento era pequeño y no se podía recibir a muchas personas, la explicación era que se reunían en casas de compañeros y que ahí se alargaban las reuniones porque llegaba el ron y las cervezas y se pasaba la hora. Alguna vez fui a una de esas reuniones en la noche de viernes y algunas tardes de sábado, y en realidad el exceso de alcohol era una cosa seria. Pero lo peor estaba por llegar. Al tiempo me comencé a percatar que su trato hacia mí se fue enfriando y enturbiando, porque me evitaba, ya no me contaba cosas de la universidad ni me preguntaba acerca de lo que hacía en mi trabajo. No me lo explicaba hasta que supe la verdad: tenía una pareja con la que se iba después de las reuniones y que, por lo menos en el grupo que frecuentaba, se sabía de la relación. Y fue en una de esas actividades que en un momento desapareció de mi vista y con la sospecha viva comencé a buscarlo por la casa y al acercarme al baño lo

sorprendí en su interior discutiendo con alguien. Y claro, era acerca de mi presencia en la reunión, pero el lenguaje de los celos y las explicaciones eran para un compañero del partido, no para una mujer, como lo había imaginado. Abrí la puerta y simplemente los miré y espantada me fui sola en el auto, sin decir nada ni menos despedirme de nadie. En el departamento se me desencadenó todo y, lo que es peor, se me vino encima el pasado de la cárcel, de las acusaciones, de los niños muertos y de todo lo que se dijo en ese tiempo. Me cayó el odio con todo su peso y sin tener a nadie con quien compartir lo que me pasaba, me encerré con llave y bloqueé con ellas la chapa para que no pudiera entrar. Escuché el timbre y los golpes en la puerta, pero me quedé encerrada hasta que al día siguiente en la tarde salí del marasmo en que había caído. Me bañé y fui a un comercio cercano. Compré lo necesario para comer y llamé a una amiga chilena y le pregunté si podía ir a conversar con ella. Nos encontramos en un café. Al cabo de un momento directamente le pregunté si sabía lo que pasaba con mi marido. Lo que me dijo fue que sí, que todos los compañeros lo sabían, porque bastaba que se tomara un trago para que comenzara con actitudes poco varoniles y cuando ya estaba pasado de copas, era abiertamente gay. Solo se refrenaba cuando estaba con el compañero que era su pareja, pero que él no se manifestaba como lo hacía mi marido. Se extrañó que le preguntara eso, pero lo duro y cruel fue lo que me dijo después: “Algunos pensaban que tú lo sabías, porque en la universidad los compañeros no hacen cuestión de ella, aunque, por cierto, actúan con mucha discreción. Pero esto no es nuevo, y aquí me dio el golpe de gracia: por lo que sabemos, esta relación ya existía en Chile”.

Valeria, entonces, le soltó lo que era fruto de su rencor, nuevo y violento: lo de la cárcel y de su sufrimiento creyéndolo inocente y víctima de la injusticia y de la maldad. Le contó que llevaba a su casa en Santiago a la esposa de uno de sus acusadores y no entendía la razón de ello hasta ahora, porque la hacía pasar como amante de su amigo para que ella no sospechara, y este amigo era el mismo que había posibilitado que ambos se vinieran para que ellos volvieran a encontrarse:

-La dispersión de quienes iban a reunirse a nuestra casa fue inmediata y con la única persona del partido con quien manteníamos contacto era el compañero de trabajo de mi marido en la facultad, que aparecía con noticias e informaciones respecto a lo que estaba sucediendo y que no se conocía por las noticias. Le preguntamos por la compañera que iba con él a la casa y dijo no saber nada de ella, lo que era extraño si parecía que entre ambos había una relación más allá de la política. Tampoco mi marido fue explícito, pero con lo que estábamos viviendo eso pasó a un segundo plano y lo olvidé por completo, hasta ahora, que entiendo que ambos llevaban a esa compañera y andaban con ella para disimular su relación y ocultarla tanto en la facultad como a mí. Y eso unido a la “ayuda” que nos prestó en el consulado para conseguir trabajo en este país, no me cabe duda que la relación que ya tenían era fuerte.

Ahora podía comprender la distancia que ponía entre ella y el sexo, a tal punto que lo tenía que obligar a que la tocara. En un principio lo achacó a las tensiones que se vivían en esos días producto de la convulsión política y pudo comprenderlo porque no era muy constante en las relaciones sexuales y no la buscaba como ella a él. Pero llegado un momento él le certificó una disfunción eréctil que le habían diagnosticado después de unos exámenes urológicos y neurológicos en una clínica. Una mentira que, con seguridad, había urdido con médicos que eran igual que él. Entendía ahora que todo ello había sido una manera de ocultarle su condición, renegando del amor y comprensión que le había entregado por años; arrepentida de su credibilidad y de haberlo apoyado cuando fue acusado por ser también responsable de las muertes de esos estudiantes, lo que ahora aparecía como cierto. No sabía lo que haría en adelante, aunque volver a Chile era lo más indicado. Esperaría un tiempo y consultaría con su familia para saber a qué atenerse, pero por lo pronto, no quería que él entrara a la casa ni quería verlo jamás, ni siquiera para reprocharle lo que le había hecho.

Trabó la chapa con la llave para impedir que entrara cuando ella estuviera y comenzó a arreglar sus cosas, ordenó la ropa con que iría a trabajar al día siguiente y en medio de su ir y venir por las piezas se hizo el propósito de salir adelante y superar el sentimiento de vergüenza que comenzaba a embargarla, porque no había sido ingenua ni bondadosa, sino estúpida y necia. Con su formación no ver que algo pasaba con su marido, creer que el diagnóstico no podía ser revertido con un tratamiento ni obligarlo a buscar otras opiniones médicas, que seguramente él no aceptaba porque sabía que no estaba enfermo. Trataba de entender por qué en un comienzo no fue así y que ella llegaba a sentir celos al ver cómo las mujeres jóvenes le coqueteaban, porque era buen mozo y simpático, siempre rodeado de estudiantes hermosas a las que piropeaba y halagaba. Cómo llegar a este momento no se lo explicaba y las contradicciones le llenaban sus pensamientos.

Cuando regresó esa tarde la ropa del marido no estaba y unas cajas con apuntes y libros se encontraban listas para llevarlas. Trabó la puerta para que no entrara en su presencia y escuchó el sonido de la chapa cuando la intentaron abrir, pero ella no hizo nada para hacerlo. Los días siguientes continuaron de la misma manera y como entendió que ya no quedaba nada de él que le fuera necesario, hizo un recorrido por el departamento y botó lo que no era de ella. Y para que no quedara vestigio de su presencia, se deshizo de todas las fotografías en que él aparecía; así, con una mezcla de despecho, rencor, rabia y desprecio, comenzó a luchar para que desapareciera de su vida.

Lafont estaba conmovido por el relato de Valeria y ella, extenuada por los recuerdos, le pidió que salieran a caminar. La llevaba a una plaza cercana y ella se tomó de su brazo y sin decir palabra hizo un movimiento apretándoselo para atraerlo hacia sí. Lafont suavemente se desprendió y extendió su brazo por los hombros. Ella se acurrucó y el hombre notó que esa cercanía requería un gesto de ternura

por su parte y le besó la cabeza. Al cabo de un rato se sentaron en un banco y le preguntó si quería ir a tomar una bebida a un local que estaba frente a la plaza y ella aceptó. Lafont comprendió que era innecesario hablar y esperó que ella lo hiciera, lo que sucedió después del primer sorbo. Un suspiro dio paso a las palabras:

-No hablaba de esto hace muchos años. Cuando regresé a Chile tuve que contar a mi familia lo que sucedió con él, porque no era cosa de llegar así como llegué. Viuda, vuelta a casar y con hijo. Explicar eso con pocas palabras era imposible y tuve que contar la historia, como lo hago contigo. Creo que esa fue la apertura mía hacia las personas que me querían y mi descanso de tanto secreto, que en realidad para mucha gente no lo era, pero no lo habían sabido por mí.

-¿Qué sucedió que enviudaste?

-Eso es otra de las tantas cosas de las que sí me pude liberar y aunque me llevó algo de tiempo darme cuenta de que no debí tomar decisiones apresuradas, pude enmendar los errores y quedarme con lo mayor: con mi hijo. Bueno. Con dos. Pero eso es otra cosa.

Valeria se apartó de los chilenos y mantuvo las relaciones con sus compañeras de trabajo haciéndolas más estrechas y participando con ellas en las actividades a que la invitaban. Fueron pasando los meses y al acercarse las fiestas de fin de año la llamó la amiga a quien le había contado lo acontecido con su marido. La invitó a que las pasara en su casa, con su familia y no sola, que eso le afectaría. Ella se había hecho la idea de aceptar alguna invitación que le pudiera hacer alguien del trabajo, pero casi nadie sabía de su nueva situación y era difícil que sucediera, agradeciendo la posibilidad de compartir los momentos afectivos le dijo que iría. La víspera del día de navidad llegó temprano a la casa de su amiga y se alegró de encontrarse con gente conocida, haciendo un esfuerzo para evitar que el pasado le arruinara la noche. Entre los presentes estaba Julián, el hermano que había llegado de Suecia a pasar las fiestas, así como parte de la familia de Chile, lo que dio el ambiente que ella necesitaba. Nadie hizo referencia a su soledad y pudo pasar una cena agradable, llevándose un pequeño regalo que su amiga le tenía. Al día siguiente recibió la llamada telefónica de Julián, avisándole que la estaban esperando para tomar onces. Ella accedió. Llegada la noche comenzó una fiesta y a medida que pasaban las horas entre Valeria y Julián se comenzó a generar un acercamiento que no dejó de llamar la atención a la familia. Llegado el momento de irse Valeria agradeció los dos días de alegría y en la puerta Julián le preguntó si se podían ver al día siguiente, que era domingo. Ella se rio y le hizo un gesto de extrañeza, a lo que él le acotó:

-Tú conoces la ciudad y podrías mostrarme los lugares que sería bueno que yo conociera. Si salgo con la familia tendré que ir dónde quieran los niños y mi interés es aprovechar las semanas que tengo y ver lo más posible.

Le respondió que la llamara al mediodía porque tenía mucho que hacer. Él la llamó pero le agregó que la invitaba a almorzar. La sorpresa hizo que le dijera

que eso le ahorra el trabajo de cocinar y aceptó. Al colgar el teléfono se arrepintió pero ya estaba hecho, así que se arregló y salió a encontrarse con Julián.

Después del domingo volvieron a encontrarse y comenzaron a salir a diario, luego que ella llegaba del trabajo. Se cambiaba de ropa y partía a buscarlo para recorrer la ciudad, lo que empezó a ser la rutina después de la primera semana hasta que Julián le preguntó cuáles eran sus planes para el futuro. Ella le dijo que no tenía ninguno y que solo le bastaba trabajar y estar tranquila hasta cuando llegara la hora de regresar a Chile, porque había preguntado a su familia y le habían dicho que no había trabajo para nadie y que era mejor que se quedara donde estaba. Que, además, la represión estaba en su grado mayor y era peligroso para la gente de izquierda y militantes estar en el país después de haber salido por causa del golpe de estado. Todos eran sospechosos y peligraban. Así que se quedaría en su trabajo hasta que fuera posible regresar y que por ahora no tenía urgencia de hacerlo. Fue tan clara la respuesta que él no supo qué retrucar, hasta que le dijo que le quedaba una semana de vacaciones y debía regresar a Suecia. Valeria le dijo que sentía que se fuera, pero que esperaba que volviera el próximo año, y que lo invitaba a comer en su departamento a él y a su hermana con el marido el último viernes que estuviera en el país.

Durante la semana compró lo que requería para la cena y cuando llegaron esa noche les sirvió vainas preparadas con un vino dulce que encontró en un almacén del centro de la ciudad y luego los llamó a la mesa. Dijo esa frase ritual aprendida de su madre, "Disculpen lo pobre y perdonen la mano", para luego servir la cazuela de vacuno que había cocinado con esmero. Se alegraron y alabaron el sabor nacional del plato; cuando terminaron el postre de mango, papaya y crema les preguntó si tomarían café, pero Julián les propuso que se lo fueran a tomar al centro, a una cafetería que daba a un parque y donde habían estado con Valeria. Después de lavar la loza, trabajo que compartió con su amiga, partieron en los dos autos porque ella dijo que era mejor y así no tendrían que volver a dejarla. Lo cierto que a poco llegar la amiga dijo que con su marido se irían porque algo tenían que hacer con sus hijos y quedaron los dos conversando acerca del posible regreso a Chile. Pero Julián fue más allá:

-Si no tienes nada que te amarre aquí ¿por qué no te vas conmigo? -le preguntó sin preámbulo alguno.

Valeria se sorprendió porque junto con decirlo le tomaba la mano. Quiso retirarla pero él continuó:

-Tendrías todo lo que necesites y quieras sin necesidad de trabajar. Con el idioma no hay problema porque hacen cursos para extranjeros y no tendrías problemas de visa. En realidad, sería todo muy bueno para ti.

La sorpresa dio paso a la extrañeza y se lo dijo:

-No entiendo cómo me propones esto si recién nos conocemos y nada sabemos de cada uno. En realidad es una locura -y acto seguido se levantó e hizo intento de marcharse. Julián la tomó del brazo con suavidad y le pidió que no se fuera y que caminaran un momento.

-Escúchame -le dijo- porque no es tan descabellado lo que te estoy proponiendo. Mi hermana me dijo que estabas sola y que hacía unos meses te habías separado. No me dio razones ni ahondó en ello, pero me dijo que habías sufrido. No quiero que me cuentes ahora nada de eso, sino que pienses en que tú, salvo las amistades, no tienes a nadie que llegado el momento te tienda una mano cuando lo requieras.

Valeria no controlaba su tensión y sus pasos eran dudosos, no sabiendo si avanzar rápido o quedarse en el lugar, sin continuar escuchando lo que Julián le seguía hablando.

-Por otra parte yo también estoy solo y aunque nunca me he casado, creo que ha llegado el momento de encontrar una pareja que me ayude a construir algo cercano, como una familia. Es cierto que no nos conocemos pero démonos un tiempo para ello y una vez convencidos de que es posible y conveniente para ambos, tomamos la decisión final.

Valeria estaba tan confundida que no sabía que decir y decidió irse. Caminó hacia su auto y le dijo a Julián que subiera para irlo a dejar. Continuó en silencio hasta que llegaron y al despedirse volvió a decirle: -Es una locura.

Durante el regreso y al estar a solas en su departamento comenzó a imaginarse la situación y nada le calzaba, más aún al saber que sin conocer el idioma difícilmente podría acostumbrarse. Salir del calor tropical al invierno nevado de un país tan lejano era otro inconveniente, que sumado a lo del idioma le parecía impracticable, pero, por sobre todo, que era un extraño por el cual no sentía ni siquiera amistad. Al día siguiente el trabajo no logró apartar de su cabeza la propuesta de Julián y aunque la pensaba, no lograba buscar la manera de superar los inconvenientes del lenguaje y el clima. Porque no conocer a Julián era una cuestión que se superaba con el tiempo y que si bien no había sentido la necesidad de una pareja durante el tiempo de su separación, era aún joven y quería retomar el gusto por vivir y en ello estaba el volver a sentir algo por un hombre. Decidió conversar con la hermana de Julián y cuando se encontraron le contó lo que le había propuesto. Ella le dijo que se lo había dicho y que también lo encontró un tanto fuera de lugar, porque no se conocían y aparecía tan extraño que se fuera con él sin tener idea de quienes eran ambos. Valeria también le expuso sus objeciones y le dijo que definitivamente rechazaría su propuesta, pero su amiga creía que todo pasaba por el tiempo y que a lo mejor era bueno que cuando él estuviera allá se escribieran y establecieran una relación más firme aunque fuera por correspondencia. Le pareció bien y le pidió que le dijera a su hermano que se encontraran en la misma cafetería para conversar, pero que ella no le dijera nada.

Julián entendió sus aprensiones y aunque intentó ahuyentarlas Valeria fue irreductible y le propuso que se escribieran durante un tiempo. Que dependería de ello la decisión que podía adoptar más adelante. Así lo hicieron hasta que un suceso que coincidió con el inicio de la primavera europea la hizo aceptar viajar a Suecia: le comunicaron que su marido había fallecido. Lamentablemente para ella hubo de hacerse cargo de los trámites legales de su sepultura porque el compañero con quien vivía no apareció mientras ella estuvo en esos menesteres. No se quedó con nada de él, salvo con el dinero que tenía en el banco que le fue entregado cuando presentó una certificación legalizada otorgada por el consulado chileno. Luego vendió su automóvil y lo que pudo de los muebles y de las cosas domésticas. Seleccionó las ropas que le podrían servir y regaló el resto. Se deshizo de todo lo que era el pequeño mundo doméstico, logró que le dieran una visa de turista con todas las reticencias que se tenían con quienes habían salido de Chile después del golpe de estado, compró el pasaje de ida y vuelta que era imprescindible mostrar y partió.

Todas las reflexiones hechas en un comienzo y repetidas con todas las variantes que se le ocurrían la fueron tranquilizando a medida que la relación epistolar se hacía más constante, al punto que entre carta y carta y una vez adoptada la decisión de viajar fueron las llamadas telefónicas el mejor apoyo para la seguridad que requería. Pero en el vuelo tuvo que hacerse cargo de lo que había soslayado, y era lo que acontecería inmediatamente a su llegada porque sin lugar a dudas él la llevaría a su residencia y no a un hotel, y no sabía cómo reaccionar si Julián pretendía que durmieran juntos esa noche. El nerviosismo que la invadía mientras esperaba la aparición de sus maletas la hizo dudar de lo que había hecho, pero se dijo que tenía el pasaje de regreso por si era necesario volver y que, de una u otra manera, el dinero que tenía pagaría unos días de hotel y el tiempo le serviría de vacaciones. Ya con el equipaje en un carro se dirigió a la salida dispuesta a enfrentar lo que vendría.

Julián la recibió con un abrazo y la besó cálidamente en la mejilla. Le hizo las preguntas de rigor acerca del viaje, de su salud y estado de ánimo. Le comentó acerca del clima que la recibía y durante el traslado hasta donde vivía le fue mostrando la ciudad. Llegaron a un edificio alto y ascendieron hasta el piso en que él vivía. El departamento era amplio, con los muebles necesarios que parecían nuevos y una vez que ella dejó su cartera y el bolso de mano le pidió que la acompañara a recorrerlo. Desde el balcón le mostró lo que se veía de la ciudad, luego la llevó a la cocina, le enseñó el baño para después llevarla a una pieza.

-Este es tu dormitorio que tiene todo para tu comodidad y además es el que tiene baño. El que viste recién lo usaré yo –le dijo, para luego ir a buscarle las maletas y dejárselas sobre la cama.

–Me imagino que estás cansada del viaje, por lo que si quieres descansar unas horas y acomodarte, yo te dejo sola y me voy a terminar algo que dejé a medias en mi trabajo. Volveré en dos horas más, así que no te preocupes de nada.

En el refrigerador hay jugos si tienes sed. Por favor, haz cuenta que este será desde hoy el lugar donde vivirás y que lo tienes que ver como tuyo. En este momento creo que es mejor que te apropiés de él y por eso prefiero salir. No te preocupes de nada.

Valeria lo miraba en silencio y cuando él iba a girar para irse, ella se le acercó y le besó la mejilla. -Gracias, muchas gracias –musitó a su oído y al sentir que unas lágrimas estaban a punto de brotar cerró sus ojos para retenerlas y se dio vuelta para que él no lo viera.

Al día siguiente de su llegada, una vez que escuchó a Julián en pie, ella se levantó y fue a la cocina encontrando que el desayuno estaba preparado. Le preguntó qué se servía y echó agua a la taza en la que ella puso un sobre de té. Vio las tostadas en pan de molde, mantequilla, mermelada y un plato de frutas. Julián le preguntó cómo había dormido y si la cama estaba cómoda; le dijo que a la hora de almuerzo traería platos preparados y que ya le hablaría de la rutina laboral, porque a medio día él no volvía sino que continuaba hasta las cinco de la tarde. Sin embargo, podía en un comienzo alterar ese horario, pero no sería por mucho tiempo. Valeria le dijo que no lo hiciera, que ella estaría bien y que sería bueno porque así ella podría salir para conocer, por lo menos, el vecindario. Al irse Julián comenzó a sacar sus cosas de las maletas y ordenarlas en el clóset. Otras las guardó en una cómoda y dejó en el baño sus cosméticos y perfumes. Después se dedicó a recorrer calmadamente el departamento y no encontró vestigio alguno de presencia femenina.

Durante los otros días Valeria permanecía en el departamento solo cuando estaba Julián, porque después de desayunar y poner orden en los dormitorios salía a caminar por el barrio, conociendo el comercio y los lugares donde debía comenzar a comprar lo necesario para el día. Se ejercitaba mentalmente sacando cuentas en dólares para luego hacer la conversión a coronas y se aventuró a caminar hasta encontrar una casa de cambios, lo que le contó a Julián. Le preguntó por qué no le había dicho a él que quería dinero, a lo que ella le respondió con tranquilidad:

-Te agradezco que me tengas contigo, que me des todo lo que necesito para subsistir, pero no te puedo pedir ni recibir dinero. Todavía tengo el mío y trataré de que me dure lo más posible y cuando ya se me termine veremos qué pasa. Pero por ahora no requiero de ese apoyo tuyo.

Julián no dijo nada pero entendió que era una especie de declaración de que ella no quería ser dependiente de él ni mucho menos una carga. A la tarde siguiente llegó con unos impresos en varios idiomas que informaban de cursos de sueco para extranjeros:

-Sé que te interesarán porque necesitas hacer algo más que estar aquí, en el departamento. Cuando quieras te llevo para que te inscribas y conozcas el camino.

El día viernes de la semana siguiente a su llegada Julián la invitó a cenar a un restaurante, tanto para celebrarla como para avanzar en el conocimiento mutuo, aunque gran parte de cada uno fue dicho a través de las cartas. Él ya sabía de su separación y posterior viudez, aunque Valeria no ahondó en ello, asumiendo que la hermana le habría contado lo que le sucedió; pero él quiso saber más y la respuesta que tuvo fue clara:

-Me vine para probar si podía comenzar una nueva vida o, al menos, dejar el pasado atrás. Así que perdóname si no hablo más de todo ello y más bien cuéntame cómo después de los años que has vivido aquí no tienes pareja, porque nunca has hablado de ello, ni siquiera cuando nos conocimos.

Julián hizo un movimiento con su cabeza y le respondió:

-Sí, he estado acompañado durante estos años, pero no una vez, sino varias. Las cosas aquí no son como en nuestro país y nos cuesta mucho comprenderlas, porque la relación entre hombre y mujer no es mirada como si fuera para siempre y el matrimonio como condición esencial para tenerla. Y la maternidad de una soltera no tiene el peso del castigo social a que está acostumbrada la gente de allá, especialmente en el pueblo. No me he casado porque no lo he querido o porque las suecas que he conocido no me han elegido como marido; y no me ha interesado nadie de la colonia chilena. Esa es la verdad. Pero cuando te dije que te vinieras conmigo estaba pensando en que por fin había encontrado una mujer a quien podía ofrecerle compartir mi vida y crear un futuro común. Por eso estamos sentados aquí y esa es la razón de haber insistido tanto en tu venida. Quiero que nos conozcamos para trazar ese camino que podríamos compartir.

La declaración de Julián no la sorprendió porque se había venido convencida que viviría con él, pero no pensaba en el matrimonio como forma de convivencia. Mucho menos en quedarse definitivamente fuera de Chile. Pero no le dijo nada y se limitó a mirarlo y sonreírle. Después continuaron conversando y Valeria le contó de su familia, de lo que hacía antes de salir al exilio y del interés que tenía en volver a trabajar políticamente para apoyar la solidaridad con quienes luchaban por la libertad en Chile. Julián le dijo que esperara unos días porque pronto se haría una reunión del comité que se había organizado, y que ahí la presentaría. Terminada la cena salieron a caminar y ella apretó los brazos contra su cuerpo haciendo un movimiento indicándole que tenía frío. Julián le puso su chaqueta y la tomó por los hombros; ella pasó su brazo por la cintura de él sujetando la prenda con la otra mano. Se detuvieron en un puente y le señaló los lugares que se veían desde ese prometiéndole que cada fin de semana conocería uno y con alegría le dijo que con el tiempo terminaría gustándole el frío. Ella se puso frente a él y lo miró. Julián la besó en la boca abrazándola y la chaqueta cayó al suelo. Valeria se apretó contra él.

En el auto ella puso su cabeza en el hombro del hombre y cuando llegaron al departamento se volvieron a besar y cada uno fue a su dormitorio. A los pocos

minutos Julián golpeó la puerta de ella y cuando escuchó su voz la abrió y entró. Sin decir palabra se acostó junto a Valeria y la besó, para luego abrazarla y recorrer su cuerpo. Ella respondió a las caricias y dejó que le abriera el pijama y luego lo ayudó a que le sacara el pantalón. Quedó quieta cuando comenzó a recorrerla con su boca y sintió un placer que le era desconocido al tener los besos por sus pechos, su vientre y las caderas. Intentó cerrar las piernas cuando llegó a su pelvis pero ya Julián se había apoderado de ella. Lanzó un gemido y se entregó a lo que Julián le hacía, para repetirlo después, cuando su cuerpo la cubrió completamente.

La noche continuó para ellos y Valeria sabía que cada momento con él era el primero que tenía verdaderamente placentero. No había experimentado nada semejante, ni siquiera cuando siendo estudiante en la universidad tuvo su primer amor de mujer. Al día siguiente no se levantaron temprano y Julián preparó el desayuno como lo hacía a diario, pero esta vez en pijama y con una bata, al igual que ella. Cambiaron algunas palabras, hablaron de lo que podrían hacer en el día y cuando Valeria quiso lavar la loza, él la tomó de la mano y la llevó al dormitorio. La desnudó de pie y luego la tendió. Valeria volvió a pensar que esta también era su primera vez.

Entendió que su vida había cambiado en el momento que tomó el rol de mujer de Julián y que el tiempo de ser su visita había concluido de manera distinta a como pensó que sería. Había encontrado su sexualidad y descubierto que en todos los años de casada jamás el placer se le había manifestado como con Julián, pero se le produjo un sobresalto al darse cuenta que jamás se había preocupado de tomar precauciones porque, al menos mientras estuvo casada, no lo necesitaba como cuando era estudiante. Sacó la cuenta de su período anterior y decidió pedirle a Julián que la llevara a un médico. Actuando como traductor en un consultorio público obtuvo la atención y la consiguiente receta para ella. El tiempo comenzó a transcurrir sin problemas hasta que Valeria adopta la decisión de tener un hijo o una hija, según le comentó a Julián. En un comienzo él no le prestó atención a lo que le había insinuado una mañana, pero a medida que ella fue insistente con su idea él comenzó a encontrar argumentos para convencerla de lo contrario, los que eran desacreditados por Valeria porque no les encontraba fundamentos. Cuando él le dice que pensara en su edad, que podía ser peligroso a esa altura de su vida, ella le dice molesta:

-Por lo mismo que quiero una guagua. Porque aún estoy a tiempo de quedar embarazada si mayores riesgos y no quiero dejar pasar mi vida sin saber lo que es criar. Y si bien es cierto que soy mayor que tú, me falta bastante para llegar al límite de mis capacidades de procrear.

Desde ese momento la relación cambió de rumbo porque Julián continuó buscando posibilidades de impedirselo, comprobando que se tomara el anticonceptivo que estaba en el botiquín del baño o preguntándole al momento de acostarse. El primer momento crítico se produjo cuando Valeria le dijo que creía estar embarazada porque le dolían los pechos y sentía náuseas en algunos momentos.

Él preguntó por las pastillas y le respondió que al parecer se había olvidado tomarla una de las noches que habían pasado fuera de la ciudad, en las vacaciones de Julián. Le dijo que fuera al médico para hacerse los exámenes de rigor y que preguntara acerca de suspender el embarazo, lo que no requería más que la decisión de la mujer. La indignación de Valeria significó retomar las discusiones de meses anteriores y le señaló que si lo estaba no abortaría. No le insistió. Cuando ella tuvo la confirmación de su estado Julián decidió, entonces, que para llevar la relación por un camino más estructurado para el hijo o la hija sería mejor que se casaran. Este nuevo tema que le plantea Julián ella nunca lo había considerado y le recordó que en todo el tiempo que llevaban juntos, incluyendo cuando se conocieron y él la invitó para que viniera a Suecia a vivir con él, se había planteado lo del matrimonio. Y había algo que no se podía dejar de lado: que ella aspiraba, algún día, regresar a Chile, lo que él no quería.

Las tensiones fueron cediendo a medida que Valeria avanzaba en su embarazo y ambos comenzaron a vivir en función de la guagua que venía en camino. Habilitaron un dormitorio para ella, arreglaron una hermosa pieza y el tiempo de espera nuevamente retomó las relaciones entre ellos, casi tan tranquilas como lo fueron durante los que mediaron entre su llegada y el embarazo, con la diferencia que ella notaba que a pesar del trato tierno de Julián y la preocupación por su salud y bienestar, evitaba el contacto sexual. En un momento ella se lo comentó y él le dijo que tenía miedo de que le pudiera pasar algo con las contracciones de los orgasmos. Ella se rio de él y le comentó que todo eso lo había hablado con el médico que la controlaba y que no existía peligro alguno, pero que no estaba obligado a nada si sentía que no estaba atractiva o no le provocaba excitación alguna. Le dijo que no era eso, pero que la complacería cómo ella quisiera.

-No se trata solo de mí –le respondió-. También eres tú quien debe disfrutar si quieres hacer el amor. No tienes por qué reprimirte.

Pero Julián continuó distanciando las veces en que la buscaba y ella no le insistió más, aunque a veces le pedía que le acariciara el cuerpo y la recorriera.

Mientras Valeria le contaba su historia Lafont la interrumpía para saber detalles, porque le llamaba la atención la manera cómo había enfrentado la vida y quería saber si la fortaleza que demostraba había nacido cuando se enteró de la realidad con su marido o si había sido así siempre. Quería entender su llegada al matrimonio y como había sido antes de él, pero a ella no le interesaba hablar de ese tiempo ni de nada que tuviera que ver con lo que llamaba “el fracaso de su vida”. Sí le contó en algún momento de su relato lo que había hecho trabajando en los movimientos solidarios para ser consecuente con su militancia en los tiempos universitarios y durante el gobierno derrocado, pero nada de la vida amorosa o sentimental. A lo más hizo referencia a un noviazgo que había terminado por lo que riéndose llamó “incompatibilidad ideológica”, haciendo referencia a la militancia política del novio.

LOS FUTUROS INASIBLES

No volverán aquellos anchos días
Que sostuvieron, al pasar, la dicha.
Un rumor de fermentos
Como sombrío vino en las bodegas
Fue nuestra edad. Adiós...
(Neruda)

Las horas habían transcurrido sin que se dieran cuenta y Lafont le preguntó si quería ir a comer a algún lugar, porque ahí sólo había pasteles y dulces, pero ella le dijo que no, que prefería irse al departamento pero que pasaran a comprar algo para comer. Cuando se dirigían hacia dónde él vivía, Valeria se detuvo y le habló pausadamente señalándole que la fuera a dejar cuando ella se lo pidiera y que accediera sin necesidad de insistirle cuando quisiera irse. No le dio razones pero bien entendió Lafont que se refería a la posibilidad de volver a dormir juntos, por lo que le aseguró que así lo haría. Lafont arregló la mesa para comer las pizzas que compraron, puso vasos y tazas para después tomar té o café si les apetecía.

Valeria, con cierta gracia, le alabó su condición de dueño de casa y él le dijo:

-Cuando has aprendido a vivir solo, te conviertes en esto, en un buen anfitrión.

Pero ella en seguida agregó:

-Debes tener fama, porque veo algunas cosas que no creo que las uses tú, porque son más bien de gusto femenino.

-Es verdad -le respondió de inmediato- pero es ropa de mi hermana que se queda aquí cuando viene de San Antonio. Lo puedes comprobar con la que conoces, si no me crees.

-Por favor, Lafont -le retrucó- no tengo ningún derecho para hacerlo.

Se levantaron de la mesa y riéndose le dijo que se acomodaran en el sofá donde dormía su hermana cuando venía a su departamento. Continuaron conversando de otras cosas y hablaron del lugar donde se habían conocido. Hicieron comentarios acerca de algunas parejas, de cómo se creaban relaciones a partir del solo hecho de ir a bailar y de lo que les estaba sucediendo a ellos. Fue Valeria quien hizo la observación que tomó desprevenido a Lafont:

-Yo te he confiado secretos que tenía guardados y no sé nada de ti. Me asusta haberte hecho estas confidencias porque con eso te he metido en mi vida sin que te percataras. Es como forzarte a algo que no me doy cuenta qué es.

-Te agradezco la preocupación, pero más tu confianza, -respondió Lafont. Porque sé que es difícil desprenderse de cosas íntimas que a veces son golpes y otras nudos que aún no se desatan y que has tenido que aprender a vivir con ellos. Se arrastran como secretos y al final son círculos que no se cierran y los dejas ahí, tratando de recubrirlos con el olvido pero la memoria los saca de vez en cuando

para hacerte ver que todavía no los cierras, aunque no tenga episodios como los que tú has vivido. Todos fuimos marcados por el golpe de estado dejando secuelas o recuerdos que aún no se reparan.

-Ese día martes estaba haciendo los últimos trámites para viajar a Francia, porque me habían becado para hacer un curso de postgrado en administración pública, que es mi profesión. Había pasado a dejar mi pasaporte al consulado francés para lo de la visa cuando se produjo el revuelo con la información del golpe de estado. De inmediato cerraron las puertas y nadie pudo salir hasta que avanzada la mañana se aclaró lo que pasaría al escuchar los bandos de los golpistas. Entonces nos pidieron a quienes no éramos funcionarios que saliéramos con precaución y nos fuéramos a nuestros domicilios y llegado el momento se comunicarían con nosotros para informarnos acerca de los trámites pendientes, porque había personas que estaban tramitando otras cosas y también algunos becarios que eran de otras partes, casi todos universitarios. Pensé que hasta ahí no más llegaba con la ilusión, porque a pesar de estar de planta y no tener un cargo de confianza política, era jefe de una sección y partidario del gobierno. Más aún, políticamente trabajaba en una comisión técnica de la dirección de un partido y participaba en las actividades de apoyo así como en aquellas destinadas a impedir la acción de la oposición. Por eso no me sorprendió quedar sin trabajo ese mismo día y hube de permanecer toda una semana en la casa de mi hermana, porque compañeros me avisaron que tenía que presentarme al trabajo pero que si lo hacía, me tomarían preso y ya sabíamos lo que estaba sucediendo desde el mismo martes con los militantes que eran detenidos por el ejército. El ministerio estaba a un costado de La Moneda y desde ahí se combatió contra los militares y fueron muchos los muertos y funcionarios detenidos para después ser enviados a los campos de concentración o desaparecidos por su militancia. Salía de mi departamento a buscar cosas para comer, que habían aparecido mágicamente en el comercio, pero volvía mucho antes del toque de queda, que en un comienzo era temprano. El viernes de la semana siguiente al golpe y después del feriado de las fiestas salí y fui al Instituto chileno-francés de cultura a consultar qué pasaría con mi beca, porque no había acceso al consulado. Pidieron mis datos y llamaron a un número solicitando información acerca de mi situación. Luego de recibir respuesta me hicieron pasar a otra oficina donde me pidieron que les informara de mi situación personal. Les conté que a raíz del golpe fui despedido, así como de lo informado por personas del ministerio, del peligro de ser detenido si me presentaba solo por ser partidario del gobierno depuesto. Ellos sabían que la beca estaba concedida por mi condición de empleado público y porque mi postulación había sido apoyada por el servicio en el que trabajaba, es decir, por el Estado. Las condiciones en que se había otorgado se mantenían y lo único que no iban a considerar, por razones obvias, era la obligatoriedad de volver a trabajar en el mismo servicio a lo menos por dos años. Me hicieron volver al martes siguiente para

entregarme el pasaporte, los documentos y las certificaciones necesarias para retirar los pasajes, comprar las divisas y salir del país. Que fuera a Air France y que si había algún problema no dudara en comunicarme con ellos. Podría haber salido del país escapando del horror y la muerte, pero algo aconteció en esos días que me cargó con una pesada mochila que tuve llevar durante un tiempo.

Comienza el día de la asonada golpista de fines de junio, cuando la gente marchó por las calles llegando al palacio de gobierno que fue rodeado por cientos de camiones municipales y de partidarios del Presidente, que pedían la disolución del congreso y castigo para los sediciosos. Ya en la tarde comenzó a caer una fina llovizna que no logró cejar el entusiasmo de la gente, hasta que después del discurso presidencial desde el balcón del palacio, lentamente se produjo la disolución de la concentración.

En los años que median entre ese día y mi regreso a Chile pasaron algunas cosas que también me quebraron, pero tenía que superarlas porque de lo contrario me habría sido imposible vivir atormentado en el extranjero. Recién arribado a París busqué un hotel barato para los primeros días e inicié los trámites de lo que me era más urgente: mi ingreso al programa para el cual había ganado la beca e inscribirme en el curso de idioma a que me obligaba el estipendio. Con mi francés elemental aprendido en el liceo pude moverme un poco y busqué la dirección del diario del partido. Solicité conversar con algún responsable político y entregué toda la información que me solicitaron acerca de mí, para después darme las señas y así poder llegar al lugar donde se estaban organizando los chilenos que llegaban al exilio. Ahí me recomendaron un lugar donde vivir, mucho más barato que un hotel, hasta cuando pudiera arrendar un departamento. Fue un tiempo bien especial porque a los lugares que llegaba y decía que era chileno recién llegado tenía que contar lo que estaba sucediendo en el país, pero en realidad me consultaban si era verdad lo que se leía en la prensa y se veía en la televisión. Mi convencimiento inmediato fue que en Chile no se sabía lo que pasaba y que todo estaba siendo escondido a la gente. Pero lo que me produjo impacto fue la situación de quienes estaban antes del golpe y que se reunían en un comité político de todos los partidos que componían el gobierno y de las fuerzas de izquierda que lo apoyaban: en vez de programar o crear un trabajo común para ayudar a quienes estaban en Chile, las discusiones respecto a las culpas y responsabilidades que llevaron al golpe militar eran casi violentas y con los insultos que me recordaban las riñas universitarias al comienzo del gobierno. Daba la impresión que se habían convertido en enemigos porque se veía a las claras que no tenían idea de lo que pasaba en el país y que lo que tenían en mente era solo el discurso ideológico. Eran estudiantes de postgrado de disciplinas relacionadas con las ciencias sociales y que, estaban seguros, tenían la verdad de lo que se debía haber hecho y no se hizo. Afortunadamente con la llegada de exiliados y cuadros el trabajo en el equipo de solidaridad comenzó a las pocas semanas y los análisis políticos fueron quedando relegados a la academia y no se

produjeron más en las reuniones, dedicándonos a planificar el trabajo y las responsabilidades para sacarlo adelante. En un comienzo mi tarea fue la de transcribir, para reproducir en un periódico pequeño, las noticias que oíamos a través de las radios de onda corta de los países que tenían corresponsales en el interior. El primer tiempo viajamos por algunas ciudades y con el apoyo del partido francés paramos varios comités. Pero por muy solidario que fueran los franceses les tenía que cumplir en la universidad porque no me costó mucho ponerme al día en el idioma y poco a poco fui adquiriendo soltura para manejarme bien. Además podía leer sin problemas y con ayuda del Larousse fui avanzando en lo académico, de tal manera que el primer semestre lo aprobé con alguna dificultad pero en el siguiente ya estaba totalmente metido en los estudios y tuve que dejar algunas responsabilidades en el comité de solidaridad que fueron asumidas por los compañeros que en gran cantidad habían llegado a París. Mi dedicación tuvo su recompensa porque al finalizar el tercer semestre, término del programa, la oficina de estudiantes extranjeros comprendió la imposibilidad de retornar al país de origen y extendió el estipendio por el resto del año y me permitió seguir con otro programa dentro del mismo campo de estudios y como en él destaqué por mi conocimiento en cuestiones relacionadas con la administración del Estado, una vez terminado el período de la beca me contrataron para servir un cargo de ayudante académico superior. Ya estaba bien establecido y dejaba de ser estudiante para convertirme en un trabajador universitario, con buen sueldo y, por cierto, con mejores condiciones de vida. Para muchos era el exilio dorado, pero tenía que explicarles que no estaba exiliado ni sobre mí pendía la prohibición de reingresar al país, pero que me quedaba en Francia porque nadie aseguraba lo que podría sucederme al regreso. Y fue una decisión que tomé con acuerdo de mi partido y del comité antifascista. Junto con volver a la acción que en parte había dejado, comencé una vida era intensa en todo sentido, porque reconocí que no tendría otra oportunidad para apropiarme de toda la cultura que me rodeaba. Me nutrí del arte de sus museos, de los teatros y de la música francesa que me causó impacto. Ver a Moustaki, a Jacques Brel, el cine de Jules Dassin, Maxime Le Forestier, desconocido en Chile, Georges Brassens, en fin, llenarme de lo que jamás tuve en mente durante esos años de lucha en Chile. Pero entendíamos que por mucho que estuviéramos en medio de un mundo cultural impresionante no podíamos olvidar lo que pasaba aquí. El trabajo solidario que hacíamos con el apoyo de los franceses era fuerte y sabíamos que lo que reuníamos era enviado a Chile, pero no faltaron aquellos compañeros que nos engañaron y que en algún momento se aprovecharon de la buena fe con que hacíamos las cosas. Era un problema de conciencia que, por cierto, muchos tiraron por la borda al ver que por el hecho de decir que eran chilenos se les abrían algunas puertas. Pero en eso fuimos duros y en algunos casos hicimos públicos los nombres y a más de alguno le dimos de palos, la verdad. Y en el anecdotario quedaron los amores que surgieron en el mundo del exilio, las infidelidades y los conflictos sentimentales que mostraron crisis

que se arrastraban desde aquí pero que estallaron allá. No todos éramos desconocidos, porque en algún momento nos tuvimos que encontrar en las actividades partidarias, especialmente quienes tenían responsabilidades como cuadros políticos y eso facilitó el trabajo desde un comienzo. Pero pasó el tiempo y una vez que se asentaron las vidas se fueron diluyendo los compromisos y quedamos unos pocos que tuvimos que esforzarnos para mantener las actividades. Afortunadamente fueron llegando jóvenes, hombres y mujeres, que se entusiasmaron con el trabajo solidario y en algo renació el comité.

Valeria estaba entretenida con el repaso que hacía Lafont de su vida, y recordando lo que le había contado de su nombre le preguntó si había averiguado algo acerca de su origen. Le respondió que era casi imposible porque el apellido francés era demasiado común y él no tenía idea del lugar originario de sus tatarabuelos, a lo que ella le replicó cambiando el tono de la pregunta:

-¿Y qué hay de las mujeres francesas?

Lafont lanzó una carcajada. -Tú crees que fui tocado por aquella fama que tiene París, que es la ciudad del amor. Pues sí. Es verdad. El amor está por todas partes, pero así como llega se escapa y a veces no te das cuenta de la fragilidad que tienen las relaciones cuando en ellas no existe ese elemento que nos caracteriza. En verdad aprendí mucho de ello porque a casi todos los chilenos las relaciones con francesas les dejaba un sabor efímero y así me pasó, porque como llegué con la noticia fresca todas y todos querían saber cómo había sido el golpe; y en la universidad me aproveché de ello y más de alguna quiso saber exclusividades. Pero al margen de lo eventual, la única relación seria la tuve con una chilena con la que me casé como a los cinco años de estar allá. Nos conocimos en el comité porque nunca me abstuve de ir a las reuniones que me citaban, a pesar de haber dejado responsabilidades y llegar a ser “uno de los antiguos”, como se nos llamaba a los llegados inmediatamente después del golpe, porque ese comité se hizo a partir de una agrupación de chilenos residentes, de la llamada “colonia chilena”, que estaba integrada también por opositores al gobierno.

Después de ir a la cocina y al baño, continuó con su relato: -Llegó a Francia para hacer un doctorado en Educación y la conocí porque estaba inscrita en un seminario relacionado con la administración del sistema francés de educación pública como parte del programa, que estaba a mi cargo porque dependía de la facultad en la cual trabajaba. Me enteré que era Orientadora en el Alianza Francesa y en una de las sesiones le pedí que expusiera cómo era el sistema nacional chileno. Hizo un diseño técnico pero no emitió ningún juicio de valor, por lo que le pregunté su opinión respecto a la eliminación del idioma francés del currículo escolar o de la asignatura de filosofía, que yo conocía por las revistas especializadas que llegaban a nuestra biblioteca. Como era visible su actitud evasiva tuve que señalarle que estaba en un doctorado en una universidad francesa y que podía emitir cualquier opinión, juicio de valor, propuesta, declaración de principios o lo que fuera, que para

eso eran las universidades. Entonces señaló que tendría que hacer un análisis político y detenerse en aspectos extra educativos para dar una real visión de la educación chilena. Al hacerlo expuso la estructura del gobierno, la manera de construir las leyes y la ausencia de participación social en ellas. El análisis crítico terminó con claros planteamientos en contra de la dictadura, pero evitando referirse al gobierno como tal sino como gobierno militar. Me parecieran deslavadas sus críticas y aunque no se declarara abiertamente partidaria de ella, sus críticas no la hacían ver como acérrima opositora, por lo que tuve que completar yo los antecedentes que ella entregó. Coincidimos en un acto en la misma universidad en el cual actuaban los Inti Illimani, organizado por el comité de solidaridad con Chile. Al saludarla e incorporarla al grupo en que me encontraba noté su reticencia al hablar con nosotros. A partir de ese día nos encontramos seguido en otros momentos del trabajo académico y me confesó que no acudía a las invitaciones en que participaban chilenos porque estaba temerosa de que se supiera que estaba metida en política, porque de hacerlo podrían quitarle la beca, que era una de las condiciones que tuvo que firmar cuando le comunicaron que la había ganado. No era partidaria del régimen, pero en un comienzo fue difícil saber lo que pensaba porque muchas de las noticias que llegaban a Chile a través de los medios alternativos las desconocía, y en algún momento dijo que sí sabía de los rumores que se comentaban en su trabajo, pero que a veces parecían exageraciones de la izquierda. Contó que en el colegio recibían los periódicos franceses desfasados en una semana y que así se enteraban de cómo se veía la junta militar en el extranjero y del juicio que se hacía del dictador, pero eran muy pocos quienes opinaban, y lo hacían en voz baja por el temor a ser oídos por los partidarios del régimen, que cada vez que se decía algo reaccionaban con fuerza acusando de ser partidarios del gobierno derrocado y, por lo tanto, materia de denuncia. La fuimos integrando y así perdió el medio de declarar su oposición a la dictadura, pero aunque sin ser de derecha conservaba todavía resabios de los argumentos usados por el golpismo y los enemigos del gobierno constitucional. Le costaba participar en los actos políticos, pero igual ayudaba a repartir los volantes y las hojas que imprimíamos. Para el segundo 18 que pasaba en Francia fue a una fiesta con vino y empanadas, con cuecas y otros bailes, y terminamos pololeando. Después fue un proceso que se dio sin ninguna complejidad, porque dejó el lugar donde vivía y se fue conmigo hasta terminar el doctorado. Había que tomar una decisión radical: si renunciaba a regresar perdía el pasaje y, por cierto, el estipendio y el monto de la mensualidad que le correspondía al obtener el grado. Podía decir que viajaría por el continente durante un mes, pero debía salir por París porque el pasaje de regreso así estaba emitido y de no hacerlo cuando correspondía por el término de la visa, tendría que pagar una multa, a menos que hubiera obtenido una prórroga de ella.

Estaba indecisa y no quería abandonar Francia, mas le pesaban las consecuencias de no hacerlo y para terminar con la tensión la llevé al Puente de las Artes,

sobre el Sena. Cuando íbamos por la mitad una pequeña embarcación cruzó por el río. Nos detuvimos para mirarlo y le dije: "Si ese barquito llegara a Chile te tomaría de la mano y saltaríamos sobre él, sin importar las consecuencias. Pero no es posible. Te ofrezco otra cosa: quédate conmigo y nos casamos. Y cuando estemos listos y podamos regresar, juntos volveremos al país. Te quiero". Declaración cinematográfica, lo reconozco, y el romanticismo del puente lo estudié para que aceptara emocionada y efectivamente lo fue, aunque no la garantía de que duraría para siempre. Esperamos el término del año académico para tener mis vacaciones, hicimos una ceremonia con muy pocos amigos del comité y otros de la universidad y nos fuimos de luna de miel a España y Portugal.

Seguí trabajando en la universidad porque me dieron más responsabilidades académicas y ella habló en el organismo que le había otorgado la beca explicando la situación: que se había casado con un chileno que no podía regresar al país por razones políticas y que iba a solicitar el cambio de la visa como residente permanente y no como estudiante. Pero quería saber si siendo profesora de francés titulada en Chile, podría hacer clases de español en Francia. Le informaron acerca de los trámites que debía hacer y a los dos meses tenía la autorización para trabajar. Fue contratada por un liceo y comenzamos a vivir en plenitud. A los pocos años nació nuestro hijo lo que completó la dicha. Fueron momentos felices.

Pensé que ya era momento de regresar cuando supimos que se convocaría a un plebiscito para decidir la continuidad del dictador. Gabriela creía que era innecesario en ese momento, sino que había que esperar por su resultado. Le argumenté que, justamente, teníamos que participar en él y hacer un aporte al retorno de la democracia, que, por lo menos, para mí era una obligación ya que no había estado presente en todos esos años. Sus argumentos respecto a la obligación familiar, a lo bien que estábamos y el riesgo que podría significar el regreso me demostraron que nunca había creído en lo que nos ayudaba a hacer en esos años y que su compromiso era personal, conmigo y después con la familia, pero su participación en el comité que sirvió de mucho, sin lugar a dudas, lo hacía sin la conciencia política de una militante. Por eso entendía su reticencia, pero al final decidimos que el regreso se haría más adelante, cuando hubiera elecciones presidenciales libres y democráticas.

El niño ya estaba en el colegio por lo que tuvimos que iniciar un proceso para preparar el enorme cambio que le tocaría vivir, pues hablaba francés y español pero bien sabíamos que se enfrentaría a otra realidad escolar y eso sería violento. Afortunadamente tuvimos suerte en su inserción al país, más que la mía, por cierto. Reencontrarnos con las familias fue maravilloso, especialmente para mí que había visto a mis hermanas solo en dos oportunidades cuando con mucho esfuerzo, especialmente por parte de la que vivía en San Antonio, fueron a verme. Intenté averiguar acerca de mis amigos y compañeros de hacía tantos años, pero al cabo de las semanas solo pude contactarme con dos, que me contaron la suerte de muchos

otros que habían estado presos o que habían partido sin saber nada de ellos. También de dos compañeros que habían muerto a manos de militares. Para Gabriela fue casi inmediato el reincorporarse a la Alianza Francesa, porque con los antecedentes que había traído de la universidad, su doctorado y de la institución que le había dado trabajo como profesora de español no tuvo ningún problema, a pesar de no haber nadie del tiempo en que ella había partido.

En un comienzo meterme al trabajo político fue complejo, especialmente por la desconfianza y el veto que en muchas personas había con respecto a “los que habían estado afuera”, haciendo la diferencia entre “los que lucharon” y aquellos. Afortunadamente eso empezó a desaparecer con el paso del tiempo y aunque todavía haya resabios de ello en algunos, podrían justificarse por el oportunismo de los que reclamaron preeminencia en las cúpulas partidarias de partidos que se aliaron para derrotar al dictador. Pero eso es otra cosa. Lo que importa es que logré volver a trabajar al ministerio, aunque sin ninguna responsabilidad de jefatura o algo parecido. Fue mucho más adelante que por concurso gané el cargo que todavía tengo, que es administrativo y relacionado con el personal y no con cuestiones técnicas o políticas. En todo caso, a más de alguno tuve que aclararle que yo me fui de Chile porque tenía una beca y no porque me asilé en una embajada y hubo algunos que pensaron que mentía. Y así, metido de nuevo en el trabajo político comencé a darme cuenta que mientras más participaba mayores eran los reclamos de Gabriela porque, según ella, la dejaba mucho tiempo sola y le dedicaba poco al niño, que requería apoyo porque si bien estudiaba en la Alianza, donde trabajaba su madre, muchas veces lo buscaba para hablarle de Francia. Esta fue la primera discusión seria porque le dije con un tono irónico que yo no era el profesor de la familia ni un especialista en teorías del aprendizaje. Después fueron otros reclamos hasta que el “mejor estábamos en Francia y yo sabía que esto iba a pasar” me hizo responderle, también con ironía, que por qué razón no se devolvía. Las discusiones llegaron a un punto en que me decía cosas que sabía serían conflictivas, riéndose de mi militancia partidaria o denostando las luchas sociales y el apoyo a los movimientos que pedían más justicia y denunciaban la desigualdad que se veía en todas partes producto de la acumulación de riquezas en manos de los poderosos. Porque extrañamente comenzó a actuar de manera diferente, defendiendo los privilegios de quienes tenían a sus hijos e hijas en ese colegio y actuando como si fuera una de ellos. Y se lo dije con claridad: “Te estás volviendo una arribista porque trabajas en un colegio para ricos, como si eso fuera contagioso. Lo único que te falta es exigir que compremos un Mercedes Benz o un BMW y usar carteras de Louis Vuitton”.

Así llegamos al fin y sin más conflictos nos separamos. Sabíamos que quien más sufriría sería el niño, pero no se opuso a que los fines de semana los pasara conmigo o que saliera de vacaciones con él. A veces estábamos juntos para algún cumpleaños familiar y terminamos siendo casi amigos. Un día me dijo que tenía un amigo con quien quería vivir, pero temía que yo reaccionara mal, a lo que respondí

que por ningún motivo me iba a meter en su vida y que esperaba continuar de la misma manera con relación al niño. Ni ella se casó y menos yo. Después tuvo otra relación con la sigue hasta ahora.

Valeria lo miró y le dijo: -Quisiera creer que no tuviste un ataque de celos pero se me hace difícil. No porque le hayas hecho daño, sino que no tengas un rayado en tu vida que te haga mirar hacia atrás y decirte, por ejemplo "Eso no debí haberlo hecho". Porque me dijiste que hay cosas en tu vida que, aunque no te atormentan, están presentes y me da la impresión que tienen que ver con una mujer. Pero bueno. Es tu vida y se ha hecho tarde. Anda a dejarme.

-¿Por qué no te quedas conmigo esta noche? Me gustaría seguir conversando. Y mañana vamos a bailar.

-Lafont. Teníamos un acuerdo y tienes que respetarlo. No puedes insistir ni decirme, nuevamente, lo mismo porque perderé la confianza en ti y saldrás perdiendo. Mañana veremos, porque quiero saber más de ti y sé que te falta algo para contármelo todo. La ruptura matrimonial no te dañó. Más bien te liberó, por lo que he tratado de dilucidar. No te olvides que la experiencia me enseñó a descubrir lo oculto y que en eso, con los años de más que tengo también te llevo ventaja.

-Sí. Es cierto lo que dices. Pero aún tú también ocultas algo, como ese otro hijo al que hiciste referencia. Y por cierto, no te creas eso de que más sabe el diablo por viejo, que tú no eres diablo ni vieja. Estás tan linda que te ves mucho menor que yo.

-¡Ay, Lafont! Pareces adolescente tratando de conquistar a una posible polola. Pero con los halagos no me convencerás a que pase otra noche contigo. Así que vámonos, que mañana será otro día y quizás, sea otra noche.

La dejó a la entrada del edificio y por primera vez no le puso la mejilla para que Lafont se despidiera. Con naturalidad tomó su cara por las mejillas y se acercó con su boca a la de él. Fue un beso suave y cargado de ternura seguido de un "Gracias. Que duermas bien".

A la mañana siguiente él se levantó con una alegría desbordante, pensando en lo hermoso de la despedida, reconociéndola como el inicio de una nueva forma de relación con Valeria. En un momento se sintió extrañamente ridículo porque se vio actuando como adolescente enamorado, pensando en cómo se reirían sus amigos si les contara lo que le estaba sucediendo, pero afirmó su convicción en que todo era momentáneo y parte del proceso de conquista que pasaría a medida que Valeria fuera cediendo. Le asaltó la pregunta de qué pasaría más adelante; se intentó ver compartiendo su vida con ella y la duda acerca de si sería capaz de abandonar su soledad y permitir que se abriera la posibilidad de vivir nuevamente en pareja. Comenzó a pensar en el costo de renunciar a su independencia y el entusiasmo inicial dio paso a reflexiones acerca de si él estaba dispuesto a compartir el espacio que ocupaba su vida, pero pensó que también Valeria tendría que hacerse las mismas preguntas si estaba consciente de que el beso de despedida había sido

la apertura de un nuevo camino. Quería dilucidar lo más pronto posible esa sensación de vértigo emocional, de equilibrio inestable en que había quedado, volviéndose a ver como deseoso de enamoramiento. Resolvió que lo mejor era terminar con el nerviosismo y apaciguar su impaciencia y la llamó por teléfono. En medio del tono de marcar se dio cuenta que no sabía para qué la llamaba pero ya era tarde, porque Valeria le estaba diciendo “-Aló ¿con quién?” “Soy yo, Valeria. Cómo estás”.

Lafont quiso iniciar un diálogo pero la incoherencia de lo que le decía obtuvo por respuesta una carcajada que lo sonrojó y enmudeció. Valeria le preguntó cómo había amanecido, si había desayunado, si saldría en la mañana y otras más relacionadas con su bienestar. Sus respuestas fueron escuetas que no salieron de bien, síes y noes. Ella se dio cuenta y le dijo:

-Yo voy a almorzar donde mi hijo y estaré con ellos en la tarde. Quiero regalar con mis nietos y volveré alrededor de las seis. Qué te parece que después vaya a verte y de ahí nos vamos a bailar. Te llamo cuando salga de mi departamento para que no me esperes con impaciencia.

Lafont se tranquilizó de inmediato estando de acuerdo en todo. Solo se limitó a preguntarle si tomaría onces con él. Al recibir la respuesta afirmativa se despidió con un “Hasta la tarde”.

Valeria lo llamó mucho antes de la hora que le había dicho, porque su hijo saldría con la familia a la casa de su suegra, así que pasaba por su departamento y luego se iba al de él. Que llegaría en una hora, más o menos. Lafont se limitó a decirle que la esperaba, pero al colgar nuevamente sintió esa alegría matutina y partió de inmediato a comprar cosas para atender a Valeria. Al abrirla la puerta se dio cuenta que ella no vestía como el día anterior. No estaba con pantalones de mezclilla ni blusa abotonada, sino que andaba de vestido largo y amplio, con los brazos descubiertos y un escote que dejaba ver el nacimiento de sus senos. Una gargantilla de pedrería hacía resaltar la blancura de su cuello y un par de aros similares enmarcaba su rostro. Lafont asumió que ella se había vestido así para él y se sintió gratificado cuando ella nuevamente le besó los labios al saludarlo.

-Estás hermosa. Si me vieran caminar contigo por la calle me sentiría lleno de vanidad por la envidia que despertaría a los que nos vieran –le dijo con un tono que Valeria sintió que las palabras no eran solo de halago, sino que había en ellas un marcado sentimiento.

-Gracias, amigo. Me dieron ganas de arreglarme así para ir a bailar. Pero antes quiero seguir conociéndote, porque yo soy la que más se ha descubierto a tus ojos –dijo sonriendo y achinando los suyos con un movimiento de cabeza.

Se sentó en el sofá subiéndole los pies descalzos de tal manera que quedaron cubiertos por el vestido y su espalda apoyada en el respaldo y brazo del mueble. Así acomodada le dijo que estaba lista para escucharlo. Al otro lado se ubicó Lafont que le respondió que era ella quien había dejado sin responder lo que él le preguntó,

que era acerca de sus hijos. Se volvió a acomodar y comenzó su relato, bebiendo antes el vaso de bebida que le había servido.

-Sí, mis hijos. O mi hijo y medio, como sería más justo. Pero eso es lo que me hizo volver, porque vislumbré que sería mucho más importante para mi vida que el haberme quedado en Suecia. Yo lo decidí y lo quise así, más allá de lo que Julián me pidió que hiciera o dejara de hacer, porque la sorpresa fue mayúscula y lo peor, tocaba una parte muy sensible de mi pensamiento y sentí que mi formación profesional se veía abiertamente agredida. Fue de mañana e íbamos saliendo cuando al abrir la casilla de la correspondencia entre los impresos de propaganda y otras publicaciones vimos una carta que llegaba desde Chile. Julián la miró y leyó el remitente, pero no la abrió. Me llamó la atención porque siempre estaba pendiente de lo que sucedía en el país y me hablaba de lo que le contaba la gente que le escribía, familiares y amigos. No le pregunté de inmediato pero en la tarde, cuando llegó, lo hice. Como asistente social no podía trabajar, porque mi formación nada tenía que ver con las necesidades de la gente de allá, y para los extranjeros había oficinas y estructuras administrativas que manejaban personas especializadas en políticas específicas, así que trabajaba en una especie de empresa que se dedicaba al aseo de oficinas que habían formado un grupo de exiliados. Después de haber hecho el curso de sueco, Julián me había presentado a quien hacía de gerente o líder del grupo. Trabajé un tiempo hasta que nació el niño y cuando ya tenía edad para estar en un jardín volví a trabajar. Como teníamos toda la previsión y ayuda por parte de Julián, como trabajador y exiliado, lo que ganaba nos permitía un buen pasar y estábamos bien. Él no había alcanzado a titularse de sociólogo por el golpe; llegó a Suecia con otros compañeros y como su formación no le era útil para ganarse la vida aprendió a manejar un tipo de maquinaria en una empresa automotriz. Y ganaba bien. Al preguntarle acerca de la carta y de las novedades no me respondió de inmediato, pero me pidió que lo habláramos más tarde porque tenía que ir a una reunión y cuando volviera lo haríamos. Me llamó la atención pero no dije nada hasta que llegó avanzada la noche.

-Te estaba esperando –fue lo primero que le dijo. -¿A qué reunión fuiste?

Julián pasó al baño, entró luego a la cocina y le preguntó si le hacía un café. A la respuesta afirmativa sirvió las tazas y fue dónde estaba ella.

-La carta era de una persona que no conozco que me da noticias de algo de lo cual nunca te he hablado. No me preguntes por qué no lo hice en un primer momento o cuando llegaste. Lo cierto es que después vinieron todas las cosas que lo fueron haciendo más difícil; nació el niño y creí que ya era imposible. Pero algo ha cambiado y es preciso que sepas lo que pasó, hace ya muchos años, para el golpe. Había pololeado con una compañera del movimiento, estudiante universitaria como él, que quedó embarazada al poco tiempo. Quiso tener la guagua a pesar de no tener las condiciones y al nacer se lo llevó al sur de donde provenía. Yo vi al niño el primer tiempo y nunca más, porque se lo llevó y yo empecé el trabajo político-militar

en la población, dejando la universidad. Vino el golpe de estado y todo se desarticuló y cuando nos quisimos reagrupar para la lucha, no teníamos armas y lo poco que había no ayudó a enfrentar a los militares. En un principio la orden era no abandonar el país y dar la lucha armada, pero no sabíamos cómo. Y algunos tuvimos que salir porque nos estaban cazando por delaciones o informaciones que recogían de los presos que caían en los allanamientos. Por eso no supe nada de ella ni del niño. En la carta me dicen que ella lo abandonó en el sur, en la casa de su madre y que después del golpe volvió un tiempo pero después nunca se hizo cargo de él. Pero lo peor es que la abuela que lo crio ha fallecido y el niño ha quedado solo. Quien me escribe es la tía que me dice que la madre no puede hacerse cargo de él porque está enferma y que tampoco ella, como hermana, tiene los medios económicos para sostenerlo, con tres hijos que a duras penas puede mantener y su marido con un sueldo miserable. Que no tiene a quien recurrir y que me escribió porque obtuvo la dirección a través de un familiar mío. Me pide que vea cómo la puedo ayudar con el niño o si es posible que lo traiga a Suecia. Nada de esto sabía, porque de saberlo el niño estaría desde hace mucho tiempo conmigo.

Valeria estaba muda y no manifestaba ninguna reacción cuando Julián terminó de hablar. Estiró una mano para tomar una de ella, pero la quitó y mirándolo con rabia le espetó:

-¿Cómo es posible que durante todos estos años me hayas ocultado que tienes un hijo? ¿Qué tipo de hombre eres que no te preocupaste de tu hijo en tanto tiempo?

Se levantó y entró al dormitorio. Julián escuchó los sollozos a través de la puerta que luego se transformaron en insultos y recriminaciones hacia ella misma, diciéndose que por segunda vez era engañada por un desgraciado, que volvía a ser burlada por crédula y haber cedido sin pensar en que podía haber vivido sola sin necesidad de nadie. Recordó en un chispazo la noche en que se enteró de la condición de su marido, cuando se había encerrado y jamás lo enfrentó, por lo que nunca supo las causas de su engaño y del horrible ocultamiento de su pasado. Decidió que ahora no haría lo mismo, por lo que se levantó y salió del dormitorio a enfrentarlo.

Julián permanecía sentado en el sofá y al verla ir hacia él con un rostro cargado de rabia quiso decirle algo, pero cayó en cuenta de que cualesquiera fueran sus palabras no tendría oportunidad de ser oído, por lo que prefirió guardar silencio y esperar que ella le hablara, lo que luego de sentarse en una silla frente a la mesa no demoró en hacerlo.

-Explícame por qué nunca te preocupaste de tu hijo ni de su madre. Dame alguna razón que pueda entender y me convenza de que no tienes responsabilidad alguna en haberlos echado de tu vida. Trata de justificar el haber sido tan desgraciado.

-Mira, Valeria. Muchas veces me lo pregunté y en un comienzo quise hacer algo por ellos. Escribí a mi familia pero nada querían conmigo y, lo que es peor, no querían saber de la madre ni menos del niño. Dejaron de responder mis cartas y terminé enviando tarjetas para las fiestas solo para que supieran que estaba vivo. El día del golpe estaba en el campamento y ahí nos organizamos para responder al allanamiento del ejército, lo que significó la caída de algunos compañeros y quienes salimos con vida nos replegamos y buscamos los lugares en que nos reagruparíamos. Pero llegó el momento en que era imposible enfrentarse a los militares, pues fuimos cayendo en cada lugar al que llegaban hasta que decidimos que era imposible continuar y tomamos la decisión, incluso contra la opinión de compañeros de la dirección del movimiento, de salir del país. Los que cayeron detenidos fueron fusilados y los que sobrevivimos salimos. Claro que tuvimos problemas hasta que salimos y una vez aquí se fue haciendo más difícil el retomar el contacto con ella, si lo había perdido tanto tiempo antes. La verdad es que recién ahora vengo a enterarme de lo que les sucede y por cierto que estoy dispuesto a hacer lo necesario para solucionarlo.

Valeria, que había guardado silencio, le dijo con calma:

-Gran parte de lo que hice durante años en mi trabajo fue buscar la manera de ayudar a esas mujeres pobres abandonadas por sus hombres, que las dejaban con criaturas pequeñas porque eran incapaces de asumir la responsabilidad de traerlas al mundo. Y me tenía que enfrentar con ellos para lograr que por lo menos les dieran algo de dinero para subsistir, que aunque los tribunales los obligaran ellos ni siquiera cumplían con la amenaza de ir presos. Trabajadores eventuales o cesantes, obreros calificados, empleados, daba lo mismo. Borrachos, jugadores o simplemente mal nacidos que no les interesaba lo que habían engendrado y que buscaban, siempre, una explicación culpando a la mujer: que por qué no se cuidaron; que querían agarrarlos a la mala; que era posible que el hijo o la hija fuera de otro; que no eran vírgenes cuando se acostaron con ellos; en definitiva, que eran ellas las culpables de embarazarse. Y resulta que tengo un hijo con un padre que había tenido otro antes, es decir, que mi hijo tiene un hermano mayor que su padre dejó botado, que no ayudó a criarlo y, más todavía, jamás le había contado a su madre que ese hermano existía. Claro. La culpa es del golpe de estado y de los fascistas. Pero antes de eso ¿quién era el responsable de no verlo o de ayudar a su madre con él?

Julián hizo el intento de continuar explicando aún más lo que había sucedido, pero Valeria no le dio la posibilidad de hacerlo porque golpeando la mesa le dijo: -Me voy a Chile con el niño. Quiero que me compres los dos pasajes para no más de quince días. Y me darás esa carta o la dirección del remitente. Buscaré a esa mujer y a ese niño, que ya debe ser un adolescente, no sé, porque ni siquiera sabes su edad ni, para que preguntártelo, la fecha de nacimiento. Y no tienes idea de lo que pasó con él. No sabes cómo se crio, si fue o si va a la escuela, a quien se

parece, de qué color tiene los ojos, ni lo que pasó con su madre y si es verdad que lo dejó abandonado, como me dijiste. Así que no tengas la desfachatez de hacer una defensa de lo que no hiciste. Iré para que los hermanos se conozcan y me quedaré allá. No tengo problemas al ingresar porque no salí exiliada ni me buscaban, y por eso tengo mi viejo pasaporte con las renovaciones hechas en los consulados y las visas respectivas. Y como tendrás que preocuparte de ayudar a dos hijos, veré la manera de que me envíes dinero para ellos mientras encuentro trabajo.

Desde ese día hablaban lo necesario porque Valeria evitaba hablarle de otra cosa que no fuera su viaje con el niño, incluso cuando fueron a comprar la ropa fuera de temporada que necesitarían, porque en Chile estaría entrando el invierno. Estaba todo listo para el viaje y Julián le preguntó qué pasaría con ellos. La respuesta fue dura y sonó como una ruptura final:

-No sé qué voy a encontrar allá. Primero me instalaré donde mi madre y luego buscaré a tu hijo. A propósito ¿sabes cómo se llama?

La ironía tocó a Julián que le respondió entre dientes:

-Ernesto.

-Por supuesto. Un nombre revolucionario para el hijo de un revolucionario. Lástima que no supiera la razón de su nombre, aunque a lo mejor la madre se lo dijo en algún momento.

El niño no comprendía la razón por la que iría solo con su madre, pero estaba feliz de viajar en avión a un país desconocido y conocer a su familia. Tenía seis años, iba hacia los siete, hablaba sueco y español y se parecía mucho a su madre. Llegado el momento de partir, antes de pasar a la zona de embarque, Valeria le habló a Julián con mucha calma:

-Jamás te quitaré el derecho a ser padre de nuestro hijo. Alfredito te necesitará tanto como te necesitó Ernesto, con la diferencia que tendrá al lado a su madre y por eso cada vez que sea posible que viaje a estar contigo lo enviaré y, si es posible, vendré con él. Me parece necesario que conozca a su hermano y, por lo tanto, si ha de venir con él para que te conozca, tendrás que mandar los pasajes y estar de acuerdo con que venga, por supuesto. También sería bueno que pensaras en la posibilidad de regresar cuando caiga la dictadura. Espero que te cuides que yo te mandaré noticias para que estés al tanto de todo. Ya hablaremos de lo nuestro con más calma y esperemos que el tiempo nos ayude a nosotros, que por ahora lo único que me importa son mi hijo y su hermano desconocido. Adiós.

Lo abrazó, le dio un beso en la mejilla, esperó que Alfredo besara a su padre, para luego ir de la mano con el niño a la sala de embarque.

RECONSTRUYENDO VIDAS INCONCLUSAS

Ay, mientras tú caías
 en la grieta terrible,
 la boca que buscabas
 para vivir y compartir tus besos
 allí cayó contigo, con tu sombra
 en la abertura destinada a ti.
 (Neruda)

-Eso fue todo -dijo Valeria. -Así terminé mi relación en Suecia y comencé a vivir una nueva etapa. Pero me dio hambre y tomemos onces, que a eso me invitaste.

Se levantó para ir a la mesa y cuando caminaba Lafont la tomó por la espalda y la apretó contra él. Ella aceptó la caricia de sus manos por sobre sus caderas y su vientre, pero le tomó las manos cuando las quiso subir.

-No te apresures, amigo -le dijo-. Todavía eres un semiconocido para mí y una noche de locura no te da permiso para ir más allá. Recuerda que vamos a ir a bailar y se está haciendo tarde.

Mientras se servían ella insistió en que él guardaba mucho de sí y que tenía que contarle esa parte que mantenía silente. -Pero aún tenemos tiempo -le señaló.

Él le preguntó por su familia y ella le habló de sus nietos, de lo contento que se ponían cuando ella iba y de lo agradable que era que estar con su hijo menor y su nuera, porque con Ernesto también se veían seguido, pero sus hijos ya eran grandes y regalinearlos era más complicado, aunque también le dijeran abuela.

Al terminar el café le dijo "Permiso" y haciendo como que corría fue al baño. Luego pasó a la cocina y sacó una botella del refrigerador, para después tomar una de vodka que había en el mueble del comedor. Lafont se sorprendió y le preguntó cómo sabía que él tenía guardadas esas botellas.

-Es que cuando tú entraste al baño yo fui a intrusear -le respondió alegremente.

Volvió al sillón y se sentó de la misma manera en que estaba antes.

-Ahora quiero que me hables de ti. Yo ya no tengo nada más: sabes toda mi vida y debe haber alguna razón que explique por qué lo he hecho.

Lafont se sentó a su lado.

-Es que ya te he contado la parte central de mí. El resto son retazos que pudieron tener importancia hace mucho tiempo, pero que ya pasaron. De mi infancia o adolescencia no sé. Los años de mi relación con la primera mujer que amé ya entrando a la adultez y que fue el primer acercamiento al dolor y a las lágrimas de amor cuando terminamos. En realidad fue una experiencia de vida que es muy común, por lo que se ve en los libros y en las canciones. Pero hay algo que me dejó una marca y que no he podido olvidar a pesar de los años. No es dolor ni nada que

se le parezca. Es la incógnita no despejada durante todos estos años, interrogante sin respuesta que me quedó como remanente de un pasado remoto, permaneciendo estática hasta hoy, con el convencimiento de que jamás encontraré la respuesta real, no la supuesta.

-Fue un pequeño remanso en ese tiempo tan difícil que nos tocó vivir y en el que la existencia, la vida misma, se nos aparecía como una fuente inagotable de anhelos e ilusiones. Éramos jóvenes y estábamos llenos de futuro. Pero aunque lo decíamos a gritos y lo cantábamos el porvenir no estaba en nuestras manos. Y lo que en ese momento me tocó vivir quedó ahí, estancado.

Guardó silencio un momento para después continuar hablando sin apremio, sacando las reminiscencias con un tono cansino, como si el recuerdo le pesara:

- Recuerdo nítidamente esa tarde de junio cuando salí de la oficina del ministerio y me sumé a la gente que estaba frente a La Moneda apoyando al Presidente. Al poco rato me percaté que a mi lado una joven estaba demudada de frío y que parecía desfallecer. Le pregunté si se sentía mal y como me respondiera afirmativamente le dije que si quería acompañarme a mi oficina, a la vuelta de la esquina. Ella accedió y al poco rato estaba tomando un café y recuperándose del frío que la tenía agobiada. Cuando teníamos que irnos me ofrecí llevarla y como estaba en mi trayecto creí que no tendría problemas en llegar, pero la cantidad de gente que había llegado y los desvíos del tránsito nos demoraron mucho más de lo normal.

En el trayecto se dijeron sus nombres y hablaron del frío, de la llovizna y de lo que hacía cada uno, enterándose que él era funcionario del Ministerio de Obras Públicas y que ella trabajaba a media jornada en la Biblioteca Nacional, porque en las mañanas estaba terminando su carrera en la Escuela de Bibliotecología. Cuando llegaron a la residencia y antes de que ella bajara Lafont le preguntó si alguna tarde podía ir a esperarla a la salida de la Biblioteca. Se rio y le dijo que bueno, que salía a las cinco y media, pero que no fuera antes del miércoles de la semana próxima, porque al día siguiente ella salía en el nocturno hacia el sur.

El miércoles la cara de sorpresa de Elvira fue evidente:

-No creía que hablabas en serio –le dijo al saludarlo, mientras le tendía la mano.

-Estaba esperando que llegara el miércoles –le respondió-. Vamos a tomar un café para pasar el frío y me cuentas cómo te fue en el viaje.

Caminaron hasta un local cercano, pidieron café con sándwiches y mientras comían hablaron de lo que sucedía, del peligro de golpe de estado, de la furia con que se atacaba al gobierno, pero no aventuraron preguntas personales íntimas. Después de esa tarde volvieron a encontrarse por un rato a la siguiente y el viernes, cuando la acompañó hasta la residencia, le preguntó a Elvira si lo acompañaría al puerto de San Antonio a la celebración del aniversario de matrimonio de una pareja amiga. Ella, sin aceptar la invitación, manifestó cierta reticencia que él respondió con tranquilidad:

-Somos amigos desde hace mucho tiempo, de cuando yo vivía allá y con quienes me veo muy seguido. En momentos normales iba casi todos los fines de semana y cuando lo hago me quedo alojando en casa de mi hermana. Pero casi siempre me vengo en la noche porque le ocupo la pieza del niño o me duermo en el sillón del living, así que al ir los dos vamos en mi auto y nos regresamos en la noche.

-Bueno. Te acompaño, pero con el compromiso de regresar la misma noche.

Se pusieron de acuerdo para que la pasara a buscar al día siguiente después de almuerzo. Al despedirse le dijo:

-No te preocupes ni tengas prevenciones de ir conmigo. Al contrario. Quiero conocerte más porque me agradas mucho.

Se adelantó para besarle la mejilla pero ella subió su mano y tocando levemente su cara no dejó que lo hiciera.

-Hasta mañana –le dijo suavemente.

La pasó a buscar a la hora que acordaron y durante el camino fueron hablando de sus trabajos, de las opciones políticas de cada uno y solo cuando llegaron al puerto y se detuvieron a tomar una bebida él se atrevió a preguntarle por su viaje al sur.

-Voy a Chillán cada vez que puedo. Casi siempre viajo los viernes en la noche y regreso el domingo, aunque algunas veces alargo mi permanencia por uno o dos días, dependiendo de lo que tenga que hacer en la universidad y si me autorizan en el trabajo. Voy a ver a mi hijo que está al cuidado de mi mamá. Tiene un año y cinco meses y hago lo imposible por estar con él todo el tiempo que pueda. Espero terminar este año para buscar trabajo en alguna biblioteca allá, para así poder criarlo yo.

Lo único que él le preguntó fue por su nombre, ella se lo dijo pero de inmediato le pidió que le hablara algo de él. Le contó que como administrador público había ingresado al ministerio durante el gobierno anterior, pero que ahora tenía una responsabilidad mayor como cuadro político. Trabajaba en el departamento de gestión y personal y que aunque el cargo no era fruto de su pertenencia partidaria, estaba en el equipo de apoyo al ministro. Que, efectivamente, su familia era de San Antonio pero que él se había ido a estudiar a Santiago hacía años.

-Ahora vas a conocer a mi familia, la que vive aquí, porque tengo otra hermana casada que vive en Santiago y que es enfermera.

Se hizo un corto silencio que él aprovechó para preguntarle:

-Disculpa, Elvira, pero ¿qué pasa con el papá del niño?

-Mira, eso es algo de lo que no me gusta hablar. Él no está y yo no tengo ninguna relación con él. Ya pasó todo y no hay nada más que decir.

-Disculpa que te haya preguntado. No quería molestarte.

-No me molesta, de verdad, pero eso es todo. Ya no hay nada entre nosotros y el niño lo crío yo. Quién es, lo que hace, cómo se llama, no tiene importancia. Él hace su vida y yo la mía. Como te digo, es todo.

En el resto de la tarde hablaron de múltiples cosas, algunas de ellas personales pero, por sobre todo, volvieron a conversar de la situación nacional. En broma ella se reía de él, acusándolo de apoyar al gobierno por su trabajo, en tanto que él le decía que ella era una ultra que le tenía miedo a todo y que a pesar de eso creía que la lucha debía ser frontal contra la derecha, incluyendo la acción directa y armada, como afirmaba. Después de caminar por el paseo en el que estaban amarradas las lanchas de turismo, fueron a la casa de la hermana donde Lafont la presentó como amiga, sin agregar nada. La mujer la recibió con amabilidad y le preguntó lo que hacía, contándole ella de sus estudios y del trabajo. No se refirió a nada de lo conversado con el hermano y este tampoco intervino en el diálogo. Se sirvieron las onces en familia para después irse a caminar por el puerto y al oscurecer partieron a la casa donde era la fiesta.

Fue una reunión con amigos y parientes, en la que no faltaron las bromas a Lafont que en algún momento llegaron a Elvira, quien riéndose tuvo que declarar “Sí, somos amigos, no más. Nos conocimos hace una semana, cuando marchamos a La Moneda”, lo que dio lugar a las preguntas más recurrentes por esos días, acerca de la militancia, de las opiniones en torno a lo que acontecía, de lo que debía hacer el Presidente con la oposición.

Hacia la medianoche Lafont le preguntó si ya se quería ir, a lo que respondió que dependía de él, porque ella lo estaba pasando bien y se sentía cómoda con sus amistades. Pero luego comenzaron a marcharse algunas personas que andaban con sus hijos y fueron quedando pocos amigos que también partieron cuando vieron que se había terminado gran parte de lo que había para beber y que aún era posible encontrar abierto locales donde continuar festejando.

Llegada la una y media salieron rumbo a Santiago y Lafont pidió a Elvira que le hablara de lo que fuera y que subiera el volumen de la radio, si iba a dormir, porque él no quería que sus ojos se le cerraran en la carretera. Entre cigarrillos que le encendía para mantenerlo alerta se dedicó a conversarle de sus amistades y de lo bien que lo había pasado. Cuando el tema se agotó le habló de política, de su trabajo, de la universidad y de otras cosas que eran anecdóticas pero que posibilitaron que Lafont pudiera manejar atento y sin problemas hasta la ciudad. Iniciado el trayecto hacia donde vivía Elvira, ella le dice que hay un compromiso con sus compañeras relativo a las horas de llegada, por lo que ya no era oportuno que lo hiciera y que para evitarle problemas lo mejor era que él le diera alojamiento.

No pudo contestarle de inmediato, porque creyó que era una broma, pero ella lo sorprendió con la pregunta:

-¿Hay algún problema para que me lleves o no vives solo, como me dijiste?

-¿Estás hablando en serio?

-Por supuesto. Es cierto que tenemos un compromiso quienes vivimos allí. Somos tres las que compartimos el dormitorio y como residencia estudiantil hay restricciones de horas por respeto a las demás, como comprenderás. Tenemos

acceso a la cocina si queremos hacernos nuestras comidas, pero es sólo en los fines de semana porque los otros días no estamos y en la noche sólo tomamos té o café con pan o algo. Se está muy bien y por eso nadie genera conflictos. Y ninguna de mis compañeras lo hace. Así que si no me puedes alojar, tendré que entrar muy silenciosamente.

-Cómo se te ocurre que no te voy a dar cobijo, pero no tengo un sillón disponible –le dijo en tono de broma. -Y duermo en un colchón que está en el suelo.

-No me importa. Con el frío que hace buscaré una manera de abrigarme. Por lo pronto, me dormiré vestida hasta que sea la hora de volver al pensionado.

-Perfecto. Eso me deja tranquilo-, -continuó con el mismo tono.

Cuando entraron Lafont le mostró la cocina y le pidió que pusiera agua para tomar un café. Entró al baño y luego fue a ordenar el dormitorio y encender la estufa a gas. Cuando volvió la encontró sentada con los codos en la mesa y ambos puños en su cara. Se le acercó por detrás y la tomó por los hombros, intentando un pequeño masaje:

-No te preocupes. Fui a arreglar el dormitorio y a poner unas frazadas para el frío. Pero nada va a pasar si no quieres que pase. En realidad, sí tengo cama y es cómoda.

Elvira se puso de pie y fue a la habitación. Luego pasó al baño y al estar a su lado le dijo:

-Tomemos el café y nos acostamos. Estoy cansada y tengo mucho sueño.

Hasta ese momento entre ellos no se había producido ningún acercamiento más allá de lo que habían conversado o del brazo que él le había pasado por los hombros cuando caminaron por el paseo en San Antonio. La situación ahora les provocaba cierta tensión porque estaban ciertos que al dormir juntos la relación cambiaría y eso les cohibía. Elvira puso los platillos y las tazas sobre la mesa e hizo un comentario que rompió la incomodidad de ambos:

-En verdad trabajas para el gobierno, porque pocos son los que tienen un tarro de Nescafé de este tamaño, -le dijo riéndose.

-Hablas como una momia -le respondió-. Pero siendo miracha hay que esperar cualquier cosa, -le retrucó también con una risa, mientras echaba agua en las tazas.

Cuando terminaron Lafont se levantó y le tendió una mano. Ella la tomó y lo acompañó al dormitorio. Él la abrazó y buscó su boca. Elvira se apartó y se sacó la chomba de lana para después comenzar a desabrocharse la blusa. Lafont fue al baño y cuando regresó la encontró dentro de la cama.

-Apúrate, que las sábanas están muy frías, -dijo Elvira.

Cuando estuvo junto a ella se dio cuenta que estaba con su ropa interior, pero no lo comentó, pasándole la mano por su estómago y la envolvió por la cintura, sintiendo su delgadez y la curvatura de sus caderas. Ella respondió abrazándolo y dejó que intentara desabrocharle el sostén, lo que no pudo hacer. Entonces se sentó

y se desprendió de la prenda mostrando sus pechos redondos coronados por unos pezones endurecidos y prominentes que de inmediato besó. Elvira fue respondiendo a sus caricias y cuando Lafont lo requirió ella se sacó la prenda que le quedaba y se acomodó para él, abrazándolo por los muslos con sus piernas dejando que sus movimientos la llevaran rápidamente al clímax. Se quedó quieta hasta que Lafont hizo intento de ponerse a su lado y ella, doblando las piernas que había estirado por fuera de las de él, levantó sus rodillas y con suaves movimientos lo invitó a que reiniciara los suyos y poco a poco fue creciendo la intensidad hasta que los gemidos de Elvira se juntaron con el jadeo de él, para quedar abrazados hasta que ella se movió para que Lafont pudiera acomodarse a su costado.

Se besaron en silencio y cuando él bajó una mano para acariciarla, ella le pidió que durmieran.

Lafont despertó primero y preparó el desayuno. Cuando Elvira se levantó lo encontró sentado a la mesa, esperándola. La abrazó y le acarició el pelo, a lo que ella respondió acurrucándose en su pecho y estrechándolo murmuró un “Buenos días, cómo amaneciste”. Como respuesta él la miró y la besó. Luego sirvió el café y le dijo:

-Esto es algo nuevo y tenemos que asumirlo. Fue una noche plena y no quiero que la perdamos, a pesar de todo. Eres muy tierna.

Lo miró y mostró la sonrisa que para Lafont ya era una característica muy personal de la joven, diciéndole:

-Qué bueno que no tuve que dormir en el suelo y vestida, porque no habría tenido qué ponerme esta mañana. Pero igual me iré después del desayuno. Me gustó mucho que hubiéramos salido.

Se tomó el café comiendo un trozo de pan, para luego pararse, ponerse la chaqueta que había quedado sobre un sillón y al colgarse el bolso en un hombro caminó hacia Lafont que la miraba silencioso. Lo tomó de las manos y apretándoselas lo miró a los ojos:

-No sé lo que venga ahora porque yo no lo andaba buscando ni creo estar preparada para comenzar otra relación. Pero no es el momento de hablarlo. Hoy tengo que prepararme para mañana, que debo ir a la Escuela porque estoy en las finales del semestre y sólo me queda entregar unos informes y hacer que mi trabajo en la Biblioteca me lo consideren como parte de la práctica profesional. Así avanzo y termino este año para empezar a trabajar todo el día.

-¿Y qué pasa mañana en la tarde? ¿Te voy a esperar?

-Mejor llámame por teléfono y nos ponemos de acuerdo.

Sacó de su bolso un lápiz y de una libreta cortó una hoja en la que le anotó los números de dónde vivía y del trabajo, así como su nombre completo. Al entregárselo le hizo un gesto risueño diciéndole:

-Esos son mis apellidos, que nunca me preguntaste, así como yo no sé los tuyos. Realmente hice el amor con un desconocido y tú no supiste con quién dormías. Es una locura ¿no crees? Ahora tienes que llevarme a la residencia.

Sorprendido, Lafont se los dijo y ella levantó la cara ofreciéndole su boca. La besó suavemente para decirle:

-Sí, te voy a dejar.

El trayecto fue de pocos minutos y en silencio. En la tarde del lunes la llamó y se juntaron un momento a la salida, porque él tenía que volver al Ministerio, pues había una reunión de trabajo fijada de manera urgente. No sabía a qué hora iba a terminar pero que la llamaría si podía pasar a verla.

Elvira se dio cuenta que algo le sucedía a Lafont, pero nada le dijo. Esperó hasta tarde que la llamara, pero fue al día siguiente cuando le avisó que la esperaba a la salida y que se irían juntos.

Lo encontró en el acceso interior de la Biblioteca y le agradó sentir su abrazo, dejando que la besara en los labios. Llegaron al lugar donde se había estacionado y partieron a su departamento. Entrar y dirigirse al dormitorio fue una acción que ambos hicieron en común como si lo hubieran acordado en el auto, pero nada de ello hablaron porque fue Lafont que casi en un monólogo le fue comentando las informaciones que tenían en el Ministerio a propósito de lo que se estaba viviendo. La urgencia con que se desnudaron apenas le dio tiempo a él para encender la estufa y se envolvieron entre las tapas desordenadas de la cama sin hacer, para abrazarse en un frenesí que los agotó.

A Elvira le extrañó que Lafont se levantara y buscara entre sus ropas un paquete de cigarrillos, porque solo lo había visto fumar en el viaje para no dormirse, porque ni siquiera en la fiesta había encendido uno, y se lo dijo.

-En realidad fumo poco y como es difícil encontrar con la escasez, no me hacía problema. Pero ahora me dieron ganas de hacerlo. Es que quiero que hablemos de lo que nos pasa.

-Yo también he pensado mucho en esto, Lafont. Me complica a pesar del agrado que me causa y tenemos que aclararnos mutuamente. Sé que aun siendo tan repentino no es liviano. Creo que es más serio de lo que puede ser y no estoy poniéndome negativa ni trágica, pero tampoco quiero imaginarme que tiene que ver con mi futuro. Yo me quiero titular e irme al sur con mi hijo. Ese es el plan de mi vida que dependerá de lo que pase en el país, por supuesto, pero de eso no tenemos certeza alguna. Lo que sí sé es que mi vida la tengo que manejar yo.

Lafont la escuchó en silencio y después de un momento apagó el cigarrillo y miró a Elvira, hablándole en el mismo tono que ella había usado:

-Hay algo que yo no te he dicho porque no hemos hablado lo suficiente. Es cierto que esta relación surgió de manera repentina y sin ninguna historia anterior, pero ya existe y tenemos que asumirla o dejarla hasta aquí. Tienes que saber que mi próximo futuro es una beca que gané para irme a Francia. Es una especialización

en gestión pública y que se inicia en octubre, con el año académico, y que también está sujeta a lo que pase con el gobierno, pero ya tengo la aceptación de allá y sólo debo irme, porque es completa. Tengo todo listo y solo me queda retirar los pasajes

Al callarse, Elvira giró hacia él y le dijo:

-Hay otra cosa que nos ayudará en esto, porque voy a tener licencia médica toda la próxima semana, aprovechando las vacaciones de invierno, así que me iré al sur. Creo que es bueno para los dos.

La miró con atención y con las yemas de los dedos recorrió su nariz respingada y el labio superior que se levantaba entreabriendo su boca dejando ver los dientes. Acarició sus mejillas pecosas y luego la besó, mordiendo suavemente los labios carnosos. Hicieron el amor sin la premura inicial permaneciendo acostados hasta que ella le pidió que la fuera a dejar.

No se volvieron a ver en esos días y llegado el fin de semana Lafont le explicó que estuvo ocupado hasta tarde en reuniones que trataban de buscar soluciones para mitigar los problemas que en todos los ámbitos creaba la oposición. Se agudizaba el conflicto y los enfrentamientos callejeros en el centro de la ciudad movían a trabajadores y estudiantes contra quienes bajaban desde el barrio alto intentando llegar a La Moneda.

Después de la semana que estuvo en el sur, en los días que quedaban del mes se encontraron muy poco, sólo algunas tardes a la salida de la Biblioteca. La situación política se hacía cada vez más compleja a tal punto que Lafont compartía su tiempo entre su trabajo en el Ministerio y las reuniones en el partido, no dejándole posibilidad alguna de encontrarse con Elvira, comunicándose con ella solo a través del teléfono. La huelga de camioneros, la toma de carreteras y el asesinato del edecán naval del Presidente, sumado a la renuncia del Comandante en Jefe del Ejército, general que había desarticulado el alzamiento de los tanques, hacían temer una situación que se hizo más compleja cuando uno de los partidos de oposición pidió que renunciaran todos los parlamentarios y el Presidente de la República, llamando de manera encubierta a una acción subversiva que derrocaría al gobierno constitucional.

En agosto Elvira se quedó dos noches en sendos fines de semana, en los cuales Lafont le informó de todo lo que estaba sucediendo y de lo difícil que estaba siendo mantener el gobierno; de los temores por un posible golpe de estado y del peligro que significaba para todos si ello ocurría. Fue en una de esas noches que Elvira, sin que él se lo pidiera, le habló de su vida:

-Nos conocimos en uno de los grupos de izquierda en la universidad y comenzamos a salir. Él había egresado de su carrera y no se había titulado, por lo que aún estaba ligado a ella más por razones políticas que académicas y yo en segundo. Conocí a su familia y nos enamoramos hasta que quedé embarazada, porque después él comenzó a tomar más responsabilidades en el movimiento y aunque al comienzo se preocupó de mí, igual que en su casa, poco a poco me fue dejando de

lado. Me decía que la revolución era lo primero, que al gobierno había que apurarlo para que no cayera en el reformismo y que teníamos que prepararnos para enfrentarnos en una lucha que sería difícil, porque venían tiempos duros y al gobierno habría que defenderlo, pero también obligarlo a avanzar. No me contó lo que hacía. Sólo que se iría de Santiago a prepararse. No estuvo conmigo cuando nació el niño, así que me fui a Chillán y no volví a ver a su familia.

Le contó lo que había pasado en su casa en el sur con su embarazo y del distanciamiento del padre del niño, sin decir su nombre ni darle más antecedentes de lo que hacía como trabajador. Lafont se enteró por algunas frases que ella dijo que era un cuadro político dentro de la estructura del MIR y que, a no dudarlo, estaba en aquello de que había que ser y estar en la vanguardia de la revolución.

Pero no le dijo nada más. En el corto tiempo que estuvieron juntos no tuvo una palabra de recriminación ni habló en su contra, salvo en un momento en que Lafont le preguntó si el padre la ayudaba con el niño y ella, irónicamente, le respondió que para él “era incompatible la paternidad con la revolución”.

No hubo otra oportunidad para hablar más de esa relación, porque después los días avanzaron más de prisa y en su celeridad trajo el cambio del Comandante en Jefe del Ejército, el golpe de estado, la muerte del Presidente, el asesinato de sus partidarios, la persecución de los militantes de izquierda, el encarcelamiento y la maldición política que termina con la democracia. Y si se habían visto poco, después de lo acontecido era mucho más difícil pues cerrada la universidad y al solucionar lo de la práctica en la Biblioteca, no tenía sentido quedarse en Santiago pudiendo estar con el niño, así que regresó a su casa.

Lafont esperó que pasaran los días, hizo los trámites en el Instituto Chileno-Francés de Cultura, que llevaba la parte académica de las becas y fue a Air France por su pasaje. Afortunadamente desde la empresa consultaron al Consulado por su situación de tal manera el pasaje y la reserva en el vuelo fueron trámites en los que él no tuvo que exponerse a la inquisición golpista, porque quien se acercaba a la legación o al consulado que estaba custodiada por militares corría el riesgo de ser detenido porque lo acusarían de intentar pedir asilo político, como era la práctica militar común en todas las embajadas acreditadas en el país.

Ahora estaban a fines de septiembre y ya tenía el pasaje y la fecha del viaje: se iba a la siguiente semana, la primera de octubre. El día en que se lo habían entregado se encontró con Elvira que había venido a Santiago a tratar de recoger lo poco de sus cosas que le quedaban en la residencia estudiantil y lo llamó por teléfono para que la esperara. Intentaron hablar del futuro y se dieron cuenta que para ellos no existía nada más allá de esa última tarde, sin buscar las palabras de amor que nunca se dijeron ni promesas de cartas que jamás se escribirían. Envueltos en la ternura y la pena por la despedida hablaron de lo extraño que resultaría para ambos saberse tan distantes y la ausencia de tardes haciendo el amor. Se recorrieron con las bocas y se besaron hasta quedar exhaustos. En silencio vieron

oscurecer y se levantaron con morosidad calculando el tiempo que tenían para llegar a la estación. Antes de que subiera al tren la abrazó y solo fue capaz de decirle “cuida a tu hijo”, sin saber que esa no sería la última vez que la vería.

El día anterior a su partida su hermana lo llamó y le dijo que no se moviera del departamento, que lo iría a buscar en su auto de manera urgente porque tenía que saber algo antes de partir. Inmediatamente arriba del auto le dijo que Elvira se encontraba internada en el hospital de urgencia debido a un accidente. En el trayecto le informó de lo que se sabía:

-La vi recién hoy, cuando en el turno tuve que hacer la ronda con el médico. Me sorprendí mucho cuando vi que la mujer que íbamos a controlar me hizo una seña con su mano vendada para que me acercara y tratando de hablar a pesar de estar herida en su boca, me preguntó a media voz si ya te habías ido. La miré con atención y me di cuenta de quién era, recordando el día que la llevaste a la casa para hablarnos de cómo estabas para que no nos preocupáramos si no sabíamos nada de ti, y decirnos la cercanía de tu partida a Francia. Cuando le dije que todavía estabas en Chile me pidió que no te dijera nada, pero ya ves, no pude dejar de hacerlo. No ha querido decir lo que le sucedió, pero por lo que está escrito en el parte médico con que llegó el accidente se produjo hace cuatro días. No hay nada claro, no se sabe si ella cayó del tren o se lanzó de él. Está con vida porque todo sucedió cerca de la entrada a una estación, hubo gente que vio cuando cayó del vagón y alguien corrió por los vagones para alertar al conductor después que activaron la palanca de alarma. Cuando el tren se detuvo la encontraron inconsciente. De la estación llamaron al hospital regional y a Carabineros, le dieron los primeros auxilios para mantenerla viva, la estabilizaron y en la mañana la trajeron en ambulancia a Santiago. Decían que tuvo suerte porque si hubiera caído más adelante no se habría salvado. Eso es lo que comentaron cuando la dejaron en urgencia y que está escrito en el parte médico-policial. Tiene una pequeña lesión en el cráneo, un brazo y dos costillas quebradas. Pero lo que no se le borrarán son las cicatrices del labio superior y de la herida sobre uno de los ojos. Parece que hicieron lo posible para que en su rostro no quedaran grandes huellas, pero igual se verán las secuelas.

Le preguntó a su hermana si la habían venido a ver, pero ella no supo darle respuesta. Él le escribió en un papel que sacó de la guantera el número de teléfono que tenía en su billetera, que era del pensionado donde vivía y le dijo que con seguridad tendrían datos de su hermana que vivía en Santiago. O que le preguntara a ella la dirección o el teléfono.

-¿Te vas mañana? - le preguntó ella.

-No tengo otra posibilidad. Está todo listo y sólo espero que en Pudahuel me dejen salir. Nadie sabe nada.

-Entonces nos vemos allá. Está claro que de San Antonio no va a venir nadie a despedirte, así que estaremos los dos. Es decir, que si no pasa el accidente no habríamos sabido nada de ti.

-Las cosas están muy duras, hermana. Mientras menos sepan mejor para todos. Yo ni siquiera sé lo que pasa con la gente del Ministerio que alcanzó a salir o que no estaba en el edificio ese día. Para mí fue pura suerte que no estuviera en la oficina, porque de no ser así me habría pasado lo mismo que a quienes sacaron o detuvieron.

Le dio la hora de la salida y el número del vuelo.

-Viajo en Air France -le dijo.

No hubo más palabras, porque directamente lo llevó a la sala de recuperación. Cuando lo vio entrar levantó su brazo vendado para ocultar su cara, pero solo consiguió tapar los ojos dejando al descubierto los puntos de la herida que cruzaba su labio superior y la hinchazón de parte de la cara que quedaba visible. Otro vendaje cubría su cabeza que se notaba sin cabellos. Al bajar el brazo pudo ver sus ojos hinchados y ennegrecidos. Ella intentó esbozar una sonrisa que dadas las circunstancias era un sinsentido, porque musitó "estoy muy fea". Estaba consciente y durante los pocos minutos que él pudo estar en la sala del hospital se dio cuenta del daño en sus manos y por entre el cierre de la bata que la cubría, el de sus hombros y de su pecho cubiertos con la tela de las curaciones.

No hubo otras palabras y en las miradas que cruzaron quiso buscar alguna explicación, pero comprendió que era imposible saberlo por ella, pero recordaría que al tocar su mano en señal de despedida por los párpados entrecerrados salieron lágrimas que le parecieron más que del dolor físico, propias de un sentimiento que nunca se había expresado en palabras. Se quedó de pie con la mano de ella que con suavidad había tomado entre las suyas, hasta que una enfermera entró y le pidió que saliera de la sala porque ella tenía prohibida las visitas y estaba por llegar la ronda médica. No se pudo acercar para besársela ni acariciarle la cara, menos pasarle los dedos por su pelo rizado que tanto le gustaba. Sólo atinó a mover su boca para tirarle un beso y musitar "adiós".

Su hermana lo esperaba en la puerta de la sala. Caminaron en silencio por los pasillos del hospital y al despedirse, la hermana le vio los ojos llorosos y le preguntó:

-¿Qué crees que pasó?

-Ella no se cayó. No fue un accidente -le dijo sin mostrar dudas.

Luego le dio un beso en la mejilla y partió para tomar el microbús y volver a su departamento.

Sintió pena y dolor, tratando de explicarse las causas de todo eso, pero ya era demasiado tarde para buscarlas. Hizo un recuento de lo que había pasado desde cuando se conocieron, aquel día en que las radios y los canales de televisión

comenzaron a transmitir despachos que daban cuenta del alzamiento militar con los tanques de un regimiento de blindados rodeando y disparando contra La Moneda.

Al terminar el relato de Lafont Valeria quedó muda. Impresionada.

JUNTANDO TROZOS DEL PASADO

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
Y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
En los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
Y un ancho resplandor creció sobre mi frente.
(Gabriela Mistral)

Ver Santiago después de tantos años le produjo a Valeria una inesperada sensación de pobreza urbana, porque recordaba otra ciudad. En un comienzo no podía dejar de comparar lo que había dejado en Suecia con lo que encontró a su regreso, y lo peor era que desde su partida hacía ya tantos años, seguían las mismas calles y edificios llenos de polvo y humo en sus fachadas, los colores opacos de las construcciones, la suciedad en las plazas y la mayor pobreza que se respiraba y veía por donde pasaba. Pero quien más resintió el cambio fue el niño, que no encontraba los juegos infantiles ni los jardines a que estaba acostumbrado. Logró matricularlo en un colegio particular a esa altura del año y al comienzo no comprendía lo que otros niños le hablaban y se sentía postergado en los juegos que no entendía, aunque paulatinamente se fue integrando hasta ir con agrado a clases.

Antes de buscar a Ernesto tenía que encontrar trabajo, dedicando parte del día a ubicar antiguas compañeras de universidad que la pudiera orientar. De las que logró contactar algunas le dijeron que no la podían ayudar, lo que ella tradujo como “porque eres de izquierda y estás contra el gobierno”. Una de ellas le dijo que sabía que en una municipalidad necesitaban asistentes sociales para un proyecto, pero ella estaba fuera del circuito desde hacía muchos años y no podía mostrar su currículo. Valeria igual fue a averiguar de qué se trataba y conversando con uno de los encargados vio que había una parte que requería de cierto conocimiento en el trabajo con emigrantes y su adaptación al país. Ella le señaló que en el enunciado del proyecto exigían experiencia y que ella la tenía porque había vivido fuera del país muchos años y conoció los problemas de adaptación y cómo los gobiernos planificaban acciones para enfrentarlos y superarlos. Y le detalló acciones que fácilmente se podían implementar y a bajo costo. El hombre le dijo que esperara porque conversaría con el encargado del proyecto y al regresar le pidió que pasara a llenar un formulario. A la semana siguiente debió presentarse a la oficina a firmar el contrato, no sin antes someterse a una entrevista en que era evidente que querían saber si había estado en el exterior por razones políticas. Ella, haciéndose la compungida, les contó someramente que su marido había sido contratado por una universidad centroamericana antes del pronunciamiento y que había fallecido de un ataque al corazón, lo que podía comprobar con su certificado de defunción visado por el consulado de esos años. No se lo exigieron y fue aceptada. Pero no sabía que el trabajo estaba incorporado al programa de jefas de hogar que trataba de

esconder la enorme cesantía existente y que lo que pagaban era una miseria que no alcanzaba a cubrir los gastos de alimentación de una semana. Valeria sabía que las necesidades mayores estaban en los barrios populares y que nada les llegaba, por lo que comenzó a participar en otros programas hasta que logró salir del que apoyaba a los emigrantes para acceder a uno que trabajaba con mujeres, a pesar de que los programas del gobierno para mujeres y hombres que no sólo eran risibles por el dinero que entregaban, sino por las labores que debían hacer los profesionales que se contrataban. Pero ya había comenzado a estabilizarse con la ayuda de su familia, que la cobijó durante el primer tiempo hasta que pudo arrendar un pequeño departamento para ella y el niño. Julián cumplió su palabra de apoyarla y mensualmente le enviaba una cantidad de dólares que le hizo posible sostenerse en esos momentos y decidió que había llegado el de buscar a Ernesto. Habló con el niño y le contó que tenía un hermano mayor, hijo de su papá y de una señora que no ella no conocía, que había nacido antes que él se fuera a Suecia. Que lo buscaría para que se conocieran.

En ese tiempo ya había establecido un nexo con la familia de Julián, pero no encontró mayor eco y Alfredo no les causó ninguna impresión afectiva. Se limitaron a encontrar divertido como hablaba el español por el acento extraño y la relación se enfrió más cuando ella preguntó acerca de Ernesto. Por la extrañeza que manifestaron se dio cuenta que ese niño estaba fuera de sus vidas y sin manifestar molestia alguna insistió en preguntarles si sabían dónde se encontraba o con quien podría contactarse, que Julián quería tener noticias de él. Nada le dijeron porque nunca se habían preocupado por el niño y que tampoco él, Julián, les había pedido noticias suyas las pocas veces que escribía o que llamaba por teléfono en los primeros años de su partida, porque después se fueron distanciando y alguna postal de fin de año o un saludo de cumpleaños fueron la relación que mantuvieron. Valeria se dio cuenta, por algunos comentarios, que el hijo menor había sido un dolor de cabeza y que su opción política lo había marginado de la familia, lo que se le hizo patente cuando le reclamaron el comportamiento del gobierno sueco con Chile. Le quedó claro que estaban con la dictadura, por lo que desistió acercarse a ella y optó por alejar a su hijo de esa familia. Entendió que el desapego de Julián hacia su hijo podía explicarse con el que su familia pudo haber tenido con él, pero ya no era el tiempo de hacer interpretaciones ni buscar excusas para disculparle su abandono. Había cumplido una parte de lo que quería hacer para normalizar la vida de su hijo, al menos sabiendo que tenía otros familiares además de los maternos. Pero ahora tendría que buscar a la hermana de la madre de Ernesto, que sería más difícil.

Había guardado en una cartera de cuero los documentos más importantes que debía preservar para ella y Alfredito. Creía que sus pasaportes, el certificado de nacimiento del niño, los certificados de matrimonio y fallecimiento de su marido, las dos hojas en que Julián había escrito sendas direcciones, la de su familia y la de la tía de Ernesto eran documentos que respaldaban su vida y la del niño. Había

sacado la primera dirección y la había vuelta a guardar. Ahora retiraría la otra, la que quizás ya no servía.

El día sábado ubicó la calle en el mapa de la guía telefónica y alrededor de las once de la mañana partió con el niño hacia el sector sur de Santiago. No le fue difícil llegar porque la avenida cercana era una principal y la calle que buscaba estaba a unas cuadras de donde habían descendido del microbús. El número que llevaba correspondía a una casa pequeña con antejardín y decidida tocó el timbre. En la puerta apareció una mujer madura, de pelo oscuro, con delantal que caminó hasta la reja y le preguntó qué deseaba. Valeria miró el papel y le dijo que buscaba a la señora Eugenia. Ella le dijo que sí, que era ella. Todo lo que había pensado decir al encontrarse con la mujer de ese nombre desapareció. No se sintió intimidada sino que temerosa de generar una reacción que no sabía cuál sería una vez que le dijera a qué iba.

-Mucho gusto. Lamento molestarla a esta hora en que me imagino que está preocupada de la casa, pero necesitaba hablar con usted. Me llamo Valeria y él es mi hijo Alfredo. Llegamos de Suecia y traía su dirección porque Julián me la dio para que la ubicara.

La mujer abrió sus ojos y se llevó la mano a la boca, ahogando una exclamación. Luego reaccionó y como secándose las manos en el delantal abrió la puerta y la hizo pasar. Caminó apresurada para adelantarse, ordenar algo y permitir que se sentaran alrededor de una mesa baja que estaba entre unos sillones. Les pidió disculpas por el desorden y luego dijo que iba a la cocina a apagar el fuego en el que tenía unas ollas. Al volver se sentó frente a ella y la quedó mirando. Valeria le sonrió y volvió a excusarse por la hora y quiso decir algo pero la mujer se le adelantó.

-Creía que había sido inútil que escribiera esa carta a un desconocido, pero usted no sabe lo que me costó encontrar a quien me diera su dirección. Porque teníamos el nombre y nada más, que mi hermana nunca nos pudo dar sus datos, no sé si no los sabía, los había olvidado y simplemente no quiso. Pero llegó un momento en que nos dimos cuenta que sería imposible que nos los dijera si es que los conocía. Tenía una amiga que cuando iba a mi casa siempre pasaba con ella y después se iban a la suya a estudiar. Era a cuadra y media de donde vivíamos nosotros. Todavía vivía ahí porque no se casó y se quedó con los padres. Y se me ocurrió recurrir a ella por si acaso sabía algo de él, pero lo único que me pudo decir de ese tiempo fue que la familia tenía un negocio de muebles, una mueblería, en la calle Arturo Prat. Y lo sabía porque mi hermana le había pedido que la acompañara porque Julián le dijo que fuera a ver una cuna para la guagua que esperaba, que hablara con la persona que estaba a cargo que ya sabía que tenía que entregársela y llevarla al domicilio que ella dijera. Que era mi casa, donde vivíamos con mi marido y el primer niño que teníamos. La encontramos preguntando por el apellido de Julián, suponiendo que el dueño era su padre. Y la encontramos. Pero la habían ven-

dido y el nuevo dueño nos dio en nombre de la calle en que vivían, pero no el número. Empezamos a buscar en la guía telefónica y encontramos la dirección. Hablamos en la puerta con una mujer y después con un hombre, ambos de edad, que de mala manera nos atendieron cuando les dijimos a qué íbamos con mi marido y solo cuando los amenazamos con que haríamos un escándalo por negarse a dar la dirección de quien había abandonado a su hijo para arrancar al extranjero nos la dieron. Pero en fin, usted viene de allá y quiero saber qué me quiere decir.

-Señora, el niño es hijo de Julián y me enteré hace muy poco tiempo atrás que tenía un hermano que se llamaba Ernesto y que su padre es el mismo de él. Y la verdad es que me vine de Suecia por eso. Quiero saber todo respecto al niño y como verlo para conocerlo y que mi hijo se encuentre con su hermano.

-No sé qué decirle –respondió la mujer-. Hay tantas cosas que tendría que contarle respecto a él y lo que ha pasado el pobre, pero de una u otra manera estuvimos arreglándolas durante un tiempo, pero se nos fue haciendo cada vez más difícil con la situación en que estamos que tuve que escribir esa carta. No es que no queramos a Ernesto, pero no es justo que esté pasando lo que pasamos todos aquí, teniendo un padre en el extranjero que podría ayudarlo. Porque ya no nos da para más.

Cuando calló, Valeria le preguntó con suavidad: -¿Qué pasó con la mamá del niño?

-Ay, señora. Mi pobre hermana. Le tocó la mala suerte de sufrir lo indecible y los médicos pudieron ayudarla hasta cierto punto, porque después pareciera ser que ella no quiso saber más de nada. Lo único que le daba algo de vida era Ernestito pero después hasta él se dio cuenta que la mamá estaba enferma y que no podía estar con ella. Mire. Ella era estudiante cuando quedó embarazada y no se hizo problema en continuar con el embarazo porque decía que era capaz de tener un hijo como tantas mujeres solteras y que para eso tenía un compañero que la amaba. Pero ese amor duró hasta que el niño nació porque en medio de lo que estaba pasando él desapareció y ella se llevó al niño a la casa de nuestros papás, en Chillán. A pesar de los problemas que le pusieron al final se encariñaron con el niño, y ella viajaba los fines de semana casi semana por medio, y a veces se quedaba por más días dependiendo lo que pasaba en la universidad. Así y todo se metía en las huelgas, marchas y peleas contra los enemigos del gobierno. Sin embargo cuando sabía que las clases se pararían por las tomas o huelgas partía al sur a estar con el niño. Nunca lo abandonó. Pero al final, cuando las cosas se complicaron ella encontró a alguien con quien compartía una relación y se veía contenta, a pesar de todo. Pero vino el golpe de estado y echó por tierra todo: las ilusiones, la seguridad que daba el creer que se estaba a luchando por un mundo mejor. Es que éramos jóvenes e ilusos. Y mi hermana lo resintió, más cuando se dio cuenta que estaba sola, que a su lado no tenía a nadie y que el futuro de su hijo ahora sería incierto. Y una mañana me avisaron que estaba grave en la Asistencia Pública. Después de

eso nunca más fue como era: alegre, inteligente, simpática y linda. Se volvió retraída y aunque intentó retomar su vida para titularse, trabajar y estar con Ernestito, tuvo varias crisis que obligaron a internarla. Los psiquiatras que la atendieron en la clínica de la universidad la trataron durante un tiempo de manera ambulatoria, la medicaron y nos dieron todas las instrucciones para que viviera tranquila evitándole crisis y que si llegaban a ocurrir, de inmediato llamar o llevarla de urgencia a un centro asistencial para que le administraran la medicación que le recetaron para esos momentos. No las tuvo, por fortuna, pero comenzó a ensimismarse a tal punto que terminó encerrada en su pieza en la casa. Salía a comer, al baño y después volvía. No miraba la televisión porque a veces algunas imágenes la alteraban y había que cambiar de canal. Ahora está sola con mi mamá, que ya está cansada y anciana, pero no le causa problemas ni es una carga, porque se fueron estableciendo algunos hábitos, como que barra, haga el aseo y arregle el jardín trasero, donde sembraron algunas hortalizas para su consumo y para que ella se entretenga. El niño la va a ver seguido y ella lo mira, le hace cariño, le habla algunas cosas pero no sale con él. Pero no podemos seguir ayudándolas como antes. Por eso le escribí a Julián, diciéndole que mi madre había fallecido para ver si ello servía para algo, pero la verdad es que está viejita y viven a duras penas con su montepío y lo poco y nada que le mandamos con el niño cuando va..

Valeria permaneció en silencio y abrazó a Alfredo. Vio la tristeza en el rostro de la mujer que carraspeando logró liberar su garganta. Se acercó a ella y le pidió un vaso de agua. Cuando volvió traía los ojos con lágrimas y al recibir el vaso lo dejó sobre la mesita y la abrazó. El llanto de Eugenia la conmovió y tratando de no llorar con ella le habló tranquilizándola:

-Mire. Yo vine a ayudar a Ernesto y, por supuesto, a ustedes. Las cosas que son irremediables no las podemos evitar pero sí hacerlas llevaderas. La enfermedad de su hermana al parecer está controlada, pero con el dinero que me enviará Julián podemos remediar en parte sus necesidades. Me gustaría conversar con más tranquilidad con usted y si quiere, con su marido para ponernos de acuerdo en lo que les quiero proponer. Pero para eso usted tiene que estar tranquila y tener confianza en que haremos lo mejor por Ernesto y su madre. Y por supuesto, ayudarlos también a ustedes, si puedo. Le propongo que una vez que hable con su marido me llame o nos ponemos de acuerdo para juntarnos en alguna parte. Pero quiero pedirle un favor.

Eugenia la miró y le dijo: –Sí, dígame.

-Quiero conocer a Ernesto y que mi hijo también lo vea. Es importante que antes usted le diga que hemos venido y lo prepara para que nos encontremos. Me gustaría que fuera lo más pronto posible, ojalá mañana. Veamos cómo reacciona el niño y después vemos otras cosas. Lo que más me importa es que se conozcan ambos ¿Podría hablar con su marido cuando llegue?

-Hoy llega como a las seis de la tarde porque atiende un pequeño negocio que tenemos en un mercado y que nos ayuda a sobrevivir, porque con nuestros sueldos nos resulta complicado. Los niños andan en una cancha de fútbol por aquí cerca y llegan después de las dos a almorzar. Yo soy secretaria en una empresa constructora y él es empleado público. Trabaja en el Ministerio de Salud como administrativo, así que imagínese nuestros sueldos. Pero por lo menos nos alcanza para comer. Apenas llegue le contaré todo y la llamaré esta misma noche porque a mí también me gustaría que los niños se conocieran. No sé cómo es Julián pero el niño no se parece a usted, así que me hago una idea; en cambio Ernestito se parece a su madre y es pecoso como ella.

Valeria se levantó y le estiró la mano a manera de despedida, le acercó la cara y la besó, gesto que Eugenia correspondió. Luego se agachó y besó a Alfredo:

-Me gustó conocerte. Ya verás que tu hermano te querrá mucho –le dijo, acariciándole la cabeza.

Cuando se marcharon le preguntó al niño si había comprendido lo que conversó con Eugenia y el niño le dijo que sí, que la mamá de su hermano que no conocía estaba muy enferma y que él no vivía con ella. En seguida el mismo niño le dijo que podría irse a vivir con ellos, lo que sorprendió a Valeria.

Al día siguiente Eugenia la llamó y la invitó a tomar onces con ellos, para que Ernesto y Alfredo se conocieran, así como con sus primos. Y que ahí podían conversar con su marido presente, lo que fue aceptado por ella. En la tarde dominical hicieron el mismo camino que el día anterior y al llegar a la casa salieron la pareja, los tres niños y Ernesto, que inmediatamente fue hacia Alfredo y le estiró su mano.

–¿Así que tú eres mi hermano? Me gusta conocerte. –Luego se acercó para abrazarlo y Alfredo se quedó quieto. Cuando lo soltó los otros tres niños lo saludaron y después lo hicieron con Valeria.

Eugenia dijo a sus hijos que llevaran a Alfredo a la plaza del barrio porque ellos iban a conversar, pero que no se quedaran mucho rato porque iban a poner la mesa muy luego. Acto seguido se sentaron y quien inició la conversación fue Manuel, el marido de Eugenia:

–Mi señora me contó lo que habían conversado ayer, por lo que es innecesario que repitamos lo mismo. A mí me gustaría saber si usted tiene algún plan o trae alguna propuesta de Julián para su hijo, porque el venir a conocernos debe tener una razón, me parece.

-Por cierto. Pero no vengo a hablar en nombre de Julián, sino por mí y mi hijo. Si él quisiera algo o se ha puesto en contacto con ustedes yo no lo sé, pero igual a mí no me importa porque cuando me vine le dije que yo resolvería la situación porque mi hijo tenía un hermano que debía conocer. Quedamos de acuerdo en que él enviaría mensualmente una cantidad de dinero para sus dos hijos y para mí. Pero al enterarme de la situación de la madre de Ernesto creo que a ella también debo

ayudar, es decir, compartir parte de lo que a mí me envíe para sufragar sus gastos esenciales. No tengo ningún problema pues es lo menos que puedo hacer por ella. Eso es lo que creo que debo hacer en lo económico. Pero hay algo más que creo que ustedes sí deben resolver con nosotros y se refiere directamente con Ernesto. Ayer, cuando nos fuimos de aquí le pregunté a mi hijo si había comprendido lo que conversamos y me dijo que sí, que la mamá de Ernesto estaba muy enferma y luego me preguntó si él podía vivir con nosotros. Me sorprendió porque no me imaginaba que podría decir algo semejante, máxime si no lo conocía, pero me parece que es algo que ustedes pudieran considerar.

Manuel fue quien habló primero:

-La verdad es que cuando Eugenia escribió lo hizo después que conversamos de qué manera podría ayudarnos el padre porque nosotros estamos medio ahogados. Desde que envió la carta y ahora han pasado algunos meses y la situación no se mejora, más bien va de mal en peor, por lo que esa ayuda nos habría venido muy bien. Pero lo que nos propone, por lo menos a mí, me parece mejor, porque sería una boca menos y todos los gastos que significa un niño de la edad de Ernesto, porque para nosotros es otro hijo más.

Cuando terminó Eugenia le tomó la mano a Valeria y le habló mirándola a los ojos:

-No vaya a creer que no lo queremos. Es como un hijo más. Nos apena que no pueda estar con su mamá, aunque cuando la ve ella pareciera mejorar por un momento. Sé que usted lo va a querer y que él aprenderá a querer a su hermano chico. Pero le quiero pedir algo: eso sí: no lo aleje de nosotros. Cuando quiera venir tráigalo para que nos vea o avísenos cuándo nos va a visitar. Nuestra casa está abierta para ustedes, así que no tenemos problemas.

Valeria se impresionó con sus palabras y le aseguró que también ellos podrían visitarlos, porque eran todos una misma familia. Y si ella no era la madre de Ernesto trataría de asumirlo como un hijo más. Pero que les pedía que hablaran con él y le preguntaron si estaría de acuerdo en vivir con su hermano y esta nueva tía que le aparecieron de la noche a la mañana.

Se levantaron y Eugenia fue a preparar las cosas para las onces, acompañada por Valeria mientras que Manuel iba a buscar a los niños. Cuando llegaron todos hablaban y hacían que Alfredo les contara cómo era Suecia y se reían de su forma de hablar, sin que él se enojara de sus comentarios, participando de las bromas que se hacían entre ellos aunque no las entendiera.

Llegada la hora de partir todos abrazaron a Alfredo y lo trataron como a un par, a pesar de tener unos años más que él.

-Chao, primo, -le dijeron los hijos de Eugenia y Manuel, en tanto que Ernesto lo abrazó diciéndole "Chao, hermanito, espero que nos veamos seguido".

Sus tíos lo besaron y Valeria se despidió con besos de todos. A Ernesto, que ya había entrado a la adolescencia, lo abrazó y jugó con su cabello. Al despedirse

del matrimonio les dijo que los esperaba el sábado en su departamento, a la misma hora que habían venido ellos, y que durante la semana Eugenia la llamara si quería conversar algo, pero en la noche, porque todo el día estaba en su trabajo.

En la noche del miércoles recibió una llamada de Eugenia para decirle que habían conversado con Ernesto y que él también estaba contento de irse a vivir con ellos. Que si quería podrían llevarle su ropa y algunas de sus cosas el sábado o esperar hasta cuando ella dijera. Valeria le dijo que estaba bien y que le prepararía un espacio en el dormitorio que por un tiempo tendría que compartir con Alfredo. Al comentarle al niño lo que le había dicho Eugenia se alegró y le dijo que ordenaría sus cosas para dejarle espacio a su hermano. Valeria le avisó a la señora que a diario iba a trabajar a la casa que a partir de la semana siguiente llegaría otro niño al departamento, por lo que más adelante hablarían de arreglarle el pago mensual.

Desde el día que Ernesto llegó al departamento se abrió un nuevo horizonte para Valeria, que comenzó a vivir para los dos niños que a medida que crecían se iban complementando y reconociéndose como el hermano mayor y el hermano menor, y aunque Ernesto no le decía mamá sino tía, la relación se fue haciendo similar a la de Alfredo y ella. El niño le preguntó por su padre y por qué no se había quedado con su madre, a pesar que ya su tía le había tratado de explicar la situación que les había tocado vivir; inquiría acerca de su relación con el padre y por qué lo había conocido en Suecia; por qué se habían venido los dos y no él, todas preguntas que Valeria trataba de dilucidar y que fueron abriendo más interrogantes. Antes de que se cumpliera un año del regreso le dijo a Julián que era necesario que los niños viajaran, no solo porque Alfredo quería verlo y lo echaba de menos, sino porque debían conocerse con Ernesto y el niño debía recibir de sus labios las respuestas a sus preguntas. Así comenzaron a viajar ambos todos los años en el período de vacaciones, siempre con los pasajes que les mandaba Julián, pero Valeria no volvió y ellos nunca manifestaron interés en quedarse a vivir con él.

Se encontró con Julián cuando viajó a Chile para el casamiento de Ernesto y después, cuando nació el primer nieto. Ya no mantenían ninguna relación, salvo las tarjetas impresas para las fiestas y una que otra llamada cuando quería saber de los hijos.

Y al paso de los años se afianzó la amistad entre los hermanos y sus primos así como la de ella con Eugenia y Manuel. Se enteraba de lo que acontecía con la madre de Ernesto, quien la visitaba mensualmente y le llevaba lo que necesitaba para vivir, siempre volviendo con el pesar de verla sola y encerrada, pues había partido su abuela y le tocó vivir la pena de su madre, quien llamó a la hermana para decirle que la anciana estaba grave y había que llevarla a un hospital. Y en esa soledad tampoco quería salir a pasear con él y continuaba preguntándole lo que le sucedía en la escuela aunque él le dijera que estaba en la universidad.

Le correspondió aconsejarlos con sus amores, ayudarlos con sus frustraciones, acompañarlos en sus logros. Alfredo se hizo profesor y Ernesto veterinario, uno

con aspiraciones académicas que lo tenían estudiando el doctorado y el mayor establecido con una pequeña clínica que le permitió casarse y ayudar a su madre hasta que también partió. Valeria era feliz y cuando los dos hijos dejaron la casa que había comprado y se independizaron, ella decidió venderla para trasladarse a un departamento pequeño, que permitiera recibir sus visitas y tener espacio para sus nietos, cuando llegaran. Creía haber cumplido con la tarea que la vida le encomendó. Fue el tiempo en que comenzó a salir con compañeras de trabajo a bailar a la discoteca de adultos.

LOS CAMINOS DEL ENCUENTRO

No estés lejos de mí un solo día, porque cómo
 Porque, no sé decirlo, es largo el día,
 Y te estaré esperando como en las estaciones
 Cuando en alguna parte se durmieron los trenes.
 (Neruda)

El silencio que se hizo entre ellos fue largo, hasta que Valeria le preguntó si después de partir supo algo más de la mujer herida.

-En un comienzo le escribía a mi hermana para que me informara acerca de ella, de tal manera que me mantenía al tanto de lo que pasaba en el hospital. Me contaba cómo llegaban heridos a bala que eran sacados por los militares y llevados sin decir adónde, o la manera en que llegaban a allanar algunas salas a ver quiénes estaban internados y por qué. Tuvieron que redoblar los turnos porque se habían sacado a médicos, enfermeras y auxiliares que suponían eran partidarios del gobierno constitucional, ya por sospechas o por delaciones de los mismos colegas. Me comentó que en esos días estuvo más cerca de ella y logró que le dijera cómo ubicar a su hermana para que supiera qué tenía que hacer, porque lo más seguro era que la dieran de alta aun sin terminar su tratamiento. Como el control militar estaba destinado a la vigilancia y persecución de quienes todavía continuaban intentando oponerse a los golpistas, a ella no le dieron importancia, por lo que pudieron dejarla hasta que se recuperó y pudo caminar sin que nadie la apoyara. Además se preocuparon de los puntos que tenía en la cara y en el pecho. Lo difícil fue la parte psicológica, porque ferrocarriles, extrañamente, había hecho un sumario y seguido un procedimiento como si en el país hubiera normalidad. Tenían que dilucidar si había sido un accidente o un intento de suicidio para los efectos del seguro, cuestión de la que nadie se había preocupado. En una de las últimas cartas mi hermana me dijo que después de unas sesiones con el psiquiatra él había concluido que ella se había lanzado del tren, aunque no señaló las razones por la cual había tomado esa decisión. Pero que privadamente le informó que la joven se había manifestado abiertamente en contra de los “militares asesinos” y que, por supuesto, eso no lo podía escribir en el reporte médico. Lo último que me escribió fue que la habían dado de alta como al mes de haber ingresado y que después no supo nada más de ella. Incluso cuando estuvo en Francia conversamos acerca de lo acontecido y me señaló que el médico le había señalado que el episodio estaba relacionado con un estallido esquizoide y que era muy posible que ella tuviera esa condición, pero que no se le podía tratar en el hospital de urgencia. Y por cierto, cuando volví no hice ningún intento de buscarla porque ya casado y con familia volver a revivir lo que había pasado en casi tres meses y hacía ya tantos años no tenía sentido. Aunque, a decir verdad, nunca se me ha olvidado.

Valeria se había puesto de pie y se sirvió un vaso de vodka con agua tónica. Le preguntó a él si le servía. Le respondió que no, porque después manejaría. Pero igual se lo sirvió. Se lo pasó y se sentó en otro sillón, frente al sofá en que él había quedado.

-Hay algo que no entiendo en lo que me contaste. Si la viste tan mal ¿por qué no te quedaste?

-Porque tenía que irme a Francia. Un amigo del ministerio que no era partidario del gobierno me llamó días antes para avisarme que estaban citando a la gente que tenía responsabilidades políticas en el servicio, y que no me presentara porque un abogado de su mismo partido me había denunciado como el cuadro responsable de mi partido en el ministerio, lo que era falso. El día anterior al que me fue a buscar mi hermana habían ido a dejar a mi departamento una notificación para que me presentara en la repartición el día de mi partida, a las nueve horas, para hacer entrega de la documentación que estaba bajo mi responsabilidad, dar cuenta de los vehículos a mi cargo y responder por los fondos que se me habían asignado para desarrollar los proyectos. Nada de eso correspondía a mis funciones porque trabajaba en el departamento de recursos humanos y tenía que ver con el personal. No era ingeniero ni técnico. Es decir, mi responsabilidad era administrativa, por lo que era muy posible que se me quisieran hacer cargos por cosas inexistentes y detenerme como sabía que había sucedido con otros compañeros. Más aún si ya tenían la información de mi militancia y que era parte del equipo político de apoyo al ministro. Por cierto que no tenía alternativa y fue la decisión que tuve que adoptar. Creo que eso es lo que me ha acompañado como si fuera un sentimiento de culpa, pero en ese momento no podía hacer otra cosa. Sí me tranquilizó que estuviera consciente y fuera de peligro. Pero mi preocupación fue y siguió siendo la causa de su determinación.

Valeria quedó pensativa y luego le pregunto:

-Pero dime la verdad ¿la querías?

-Fueron tan pocos los momentos que compartimos que difícilmente podría haber nacido amor, como lo planteas. Hubo un acercamiento afectivo, por cierto, tanto como físico. Era muy bonita, atractiva y muy tierna en los momentos de intimidad que tuvimos. Pero dime tú por qué me haces esas preguntas.

-Lo que me pasa es que no quiero verte como irresponsable, aunque sé que no tenías alternativa. Pero quedan otras cosa que aclarar, como por ejemplo ¿conociste a su familia?

-No. Sabía de una hermana que tenía en Santiago, pero de nadie más. Ella era muy reservada con su vida y no hacía comentarios respecto a sus padres, por ejemplo. Tampoco supe si tenía más hermanos. Como te dije, lo último que me contó mi hermana fue que le dieron el alta y después nunca más supo de ella.

-La última pregunta: ¿Cómo se llamaba?

-Elvira Marín.

Valeria se puso de pie y volvió a llenar su vaso, que en medio del relato de Lafont había vaciado. Nuevamente se sentó y le tomó una mano. Lo miró un instante y luego lo besó. Cuando se separó le habló lentamente.

-Me había hecho el firme propósito de no volver a tener un compromiso sentimental. Durante mucho tiempo los esquivé y a pesar de tener uno que otro romance ocasional, no me acosté con ninguno porque temía, justamente, volver a otra frustración. Es complicado esto de rehacer el interés en el amor, especialmente hacia un desconocido, que es lo que comúnmente sucede. Porque eso es lo que pasa contigo. Hasta hace unos minutos eres un perfecto desconocido, más allá de la noche que pasamos juntos y de los momentos de alegría que hemos tenido bailando. Pero ahora la cosa es muy diferente.

Se volvió a levantar y Lafont también se puso de pie sin saber lo que haría, temiendo que se iba por lo que le había contado o creyendo que se alistaba para ir a la discoteca, pero Valeria le dijo que no se levantara, que se quedara sentado porque tenía que decirle algo más. Fue hacia la cartera que había dejado colgada a la entrada y extrajo algo de ella. Se volvió a sentar al lado del hombre y le mostró lo que había sacado.

-Mira esta foto. Ese es Alfredo, mi hijo menor. Este otro es Ernesto, el hijo de Elvira y de Julián.

Lafont la miró sorprendido y no supo qué decir. Pero Valeria continuó:

-No sé si será el destino o el azar. No sé si la suerte, los astros o qué diablos mueven las vidas, pero después de tantas vueltas y de saltar de una parte del mundo al otro venir a caer en un salón de baile y encontrar que las nuestras estaban conectadas desde hace tanto tiempo, es algo que no podemos desechar. Sí sé, ahora, que esta noche no iremos a bailar. Quiero que nos emborrachemos aquí, los dos, para que mañana al levantarnos me vuelvas a ofrecer café e impidas que me vaya a mi departamento para que volvamos a hacer el amor. Que me retengas. Que digas que soy la mujer que esperabas. Que me pidas despertar conmigo a tu lado. Pongamos música. Me dijiste que te gustaba Jacques Brel. Si tienes un disco de él bailemos "Ne me quittes pas", como nuestra promesa de amor.

BAILANDO CON EL PASADO

Cuando la mujer dice desconocer si fue el destino o el azar, la suerte, los astros o simplemente la vida lo que movió las suyas desde una calle en una fría y lluviosa tarde de invierno hasta un local de baile, muchos años más tarde, es la pregunta que queda sin respuesta al ver de qué manera se entrelazan los acontecimientos que los llevaron a descubrirse como protagonistas de historias que les tocó vivir con dolor. El día que se sublevó el regimiento y aparecieron los tanques rodeando La Moneda se iniciaron los hechos que fueron marcando sus vidas, pasando por el golpe de estado y su posterior salida del país. Relaciones construidas sobre la mentira o el ocultamiento, otras nacidas desde el entusiasmo más que del amor, no se lograron consolidar como futuro porque además de lo que les significó la derrota política y la pérdida de las ilusiones por un mundo nuevo, en lo personal arrastraron el fracaso como pareja hasta el regreso, negándose a mirar o pensar en un nuevo futuro. Desde la distancia que dan los años los juicios acerca del pasado suelen ser duros, pero cuando se develan secretos la verdad que aflora posibilita transformarlos y asumir que la vida puede dar otra oportunidad. Pero también está la desconfianza en el riesgo de un nuevo error, que inmoviliza los sentimientos e impide llegar a la plenitud afectiva.



Es lo que les ocurrió a quienes se vieron envueltos en conflictos que terminaron en dolor e infelicidad y que al final deben resolver cómo enfrentar la otra realidad, aquella de encontrarse de frente con hechos que las circunstancias en el pasado les impidieron conocer. Para muchos de quienes sufrieron las consecuencias de la derrota política y tuvieron que sobrevivir a ella, la vida no tuvo nada de heroísmo ni su existencia ribetes épicos. Al contrario. Trataron de recomponerse de acuerdo con lo que les tocó vivir dadas sus circunstancias sin hacer más de lo que podían y adecuar sus mínimas necesidades a reconstruir sentimientos destrozados. Y en ese intento no siempre se encontró lo que se buscaba sino que, al contrario, bien podrían golpearse con otra derrota.

— Otros libros del autor —

Operación Pelnetá, 1991.

Dos cuentos, 1994.

Cuentos del vino y otras sustancias, 1995.

Pecado mortal, 2000.

Maestra vida, camará..., 2006.

Tierra es solo tierra. Patria, la libertad, 2014
(coautor de novela).

El Liceo Municipal: crisis del orden educativo y del modo pedagógico, 1999.

El curriculum oculto y lo oculto del curriculum, 2005

Asistencialidad e incentivos: las políticas compensatorias y la calidad de la educación, 2008.

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 265.674

© Rodolfo Gómez Cerda, 2016

ISBN. 978-956-362-625-4